

Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright

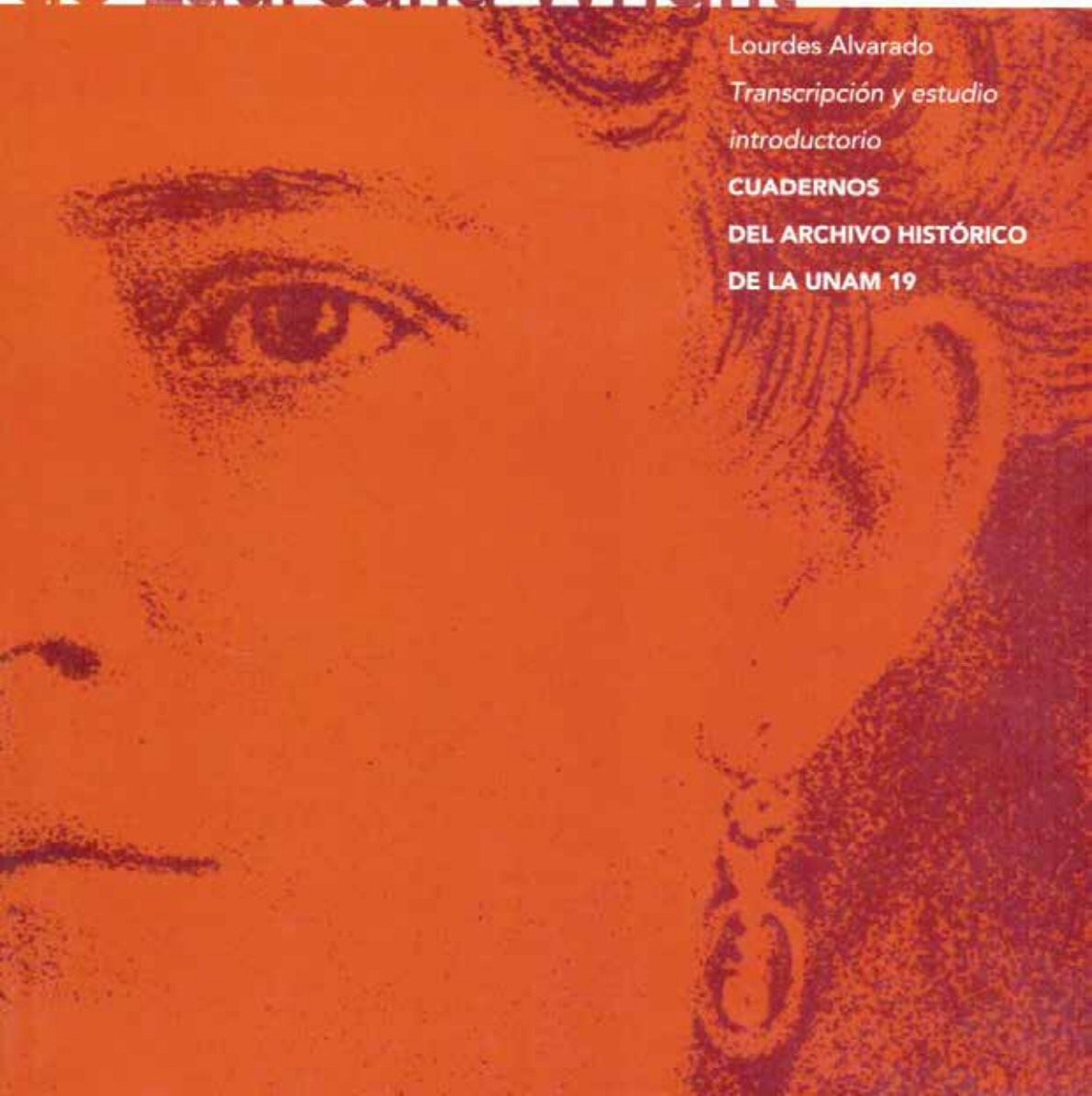
Lourdes Alvarado

*Transcripción y estudio
introdutorio*

CUADERNOS

DEL ARCHIVO HISTÓRICO

DE LA UNAM 19



En México, durante las postrimerías del siglo XIX, Laureana Wright, destacada poetisa y escritora de su tiempo, desafió los convencionalismos y prejuicios dominantes en torno a la imagen ideal de las mujeres, al abogar por la superación sociocultural de este género. Dicha transformación sólo podría llevarse a cabo mediante una educación más amplia y de mayor calidad que la que hasta entonces se había brindado a tal sector. Hoy, injustamente, la obra de esta autora es poco recordada y valorada, junto con la de otras pioneras de la liberación femenina. Para poner remedio a esta omisión, Lourdes Alvarado hace un escrupuloso rescate de dos trabajos de Wright, inéditos desde hace más de cien años, que están precedidos por un excelente estudio introductorio y cuentan con una edición ágil y fidedigna. Los especialistas encontrarán aquí abundante material académico sobre los albores de la lucha de emancipación de la mujer y la vida durante el Porfiriato, mientras que el lector en general hallará información atractiva y depurada, a más de la posibilidad de apreciar, en su justa medida, la vitalidad y la actualidad del pensamiento de esta escritora.

Descarga más libros de forma gratuita en la página del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México.

**www.
iisue.
unam.
mx/
libros**

Recuerda al momento de citar utilizar la URL del libro.



COLECCIÓN
FUENTES PARA LA **HISTORIA**

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN
Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM

Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright

Lourdes Alvarado

Transcripción y estudio

introdutorio

CUADERNOS

DEL ARCHIVO HISTÓRICO

DE LA UNAM 19



iiue

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
México, 2016

Coordinación editorial
Emma Paniagua Roldán

Edición
Enrique Saldaña Solís

Diseño de cubierta
Diana López Font (basado en un retrato anónimo de Laureana Wright)

Traducción a PDF
Jonathan Girón Palau y Diana Moctezuma

Primera edición impresa: 2005
Primera edición digital en PDF: 2016

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, México, D. F.
<http://www.iisue.unam.mx>
Tel. 56 22 69 86
Fax. 56 64 01 23

ISBN (Impreso): 978-32-2724-4

ISBN (PDF): en trámite



Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons:
Atribución-No Comercial-Licenciamiento Recíproco 2.5 (México).
Véase el código legal completo en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/mx/legalcode>

Hecho en México

ÍNDICE

Introducción	9
Normas de transcripción	10
Laureana Wright: vida y pensamiento	13
Los años iniciales	14
<i>Violetas del Anáhuac</i>	19
Laureana Wright: ¿teórica de la educación femenina?	22
Biografías de mujeres	26
De historia y otros temas	31
Su área de influencia	34
La emancipación de la mujer por medio del estudio	37
Parte primera	37
Parte segunda	50
Educación errónea de la mujer y medios prácticos para corregirla	61
Capítulo I. La mujer contemporánea	61
Capítulo II. La mujer ignorante	63
Capítulo III. La mujer indolente	66
Capítulo IV. La mujer atrabiliaria	69
Capítulo V. La mujer contraproducente	72
Capítulo VI. La mujer inexperta	75
Capítulo VII. La mujer fanática	78
Capítulo VIII. La mujer consentidora	81
Capítulo IX. La mujer presuntuosa	84

Capítulo x. La mujer frívola	87
Capítulo xi. La mujer coqueta	90
Capítulo xii. La mujer ilustrada	93
Capítulo xiii. La mujer timorata	96
Capítulo xiv. La mujer del hogar	100
Capítulo xv. La mujer digna	103
Capítulo xvi. La mujer esposa	106
Capítulo xvii. La mujer madre	109
Capítulo xviii. La mujer artista y artesana	112
Capítulo xix. La mujer científica	115
Capítulo xx. La mujer perfecta	118
Capítulo xxi. La lectura	121
Capítulo xxii. Los libros	124

Introducción

La presente publicación tiene por objeto reproducir dos importantes y poco conocidos trabajos sobre educación femenina, ambos de la pluma de Laureana Wright de Kleinhans (1846-1896), *La emancipación de la mujer por medio del estudio y Educación errónea de la mujer y medios prácticos para corregirla*, publicados en 1891 y 1892, respectivamente.¹ Además de su importancia historiográfica y su actualidad, estos ensayos representan una fuente de primera importancia para acercarnos, desde una perspectiva femenina, a los principales problemas y avances en torno a la educación de las mexicanas hacia finales del siglo XIX, a la vez que nos permiten observar las ideas y los obstáculos que continuaban frenando el desarrollo de este sector de la sociedad. Pese a la fuerza de estas trabas, durante el porfiriato tuvo lugar una serie de elementos que permitieron la apertura de nuevos espacios para las mujeres, lo que, junto a su creciente presencia en el ámbito educativo y laboral, modificó modos de pensar y patrones de conducta ancestrales. Sin duda las ideas aquí presentadas son un claro ejemplo de esta importante aunque difícil transición.

Desafortunadamente, no pudimos consultar la versión original de los textos de Wright pues, aunque aparecen registrados en el catálogo del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional como encuadernados en un solo volumen, en realidad están perdidos. No obstante, gracias a los hermanos Francisco y Susano Ziga Espinoza, académicos de esa institución, tuvimos acceso a una copia de las obras, lo que nos permitió conocer su contenido y acercarnos al pensamiento pedagógico y educativo de su autora.

Con todo, hicimos una revisión exhaustiva de las diversas bibliotecas de la ciudad de México que, por sus características, podrían resguardar los títulos antes citados; pero, seguramente por lo reducido de la edición, ninguna de ellas conta-

¹ Se agradece a la licenciada Elizabeth Becerril Guzmán su valioso y desinteresado apoyo en la transcripción y cotejo de los textos que reproducimos en este trabajo.

ba con algún ejemplar de los trabajos sobre educación femenina de Wright. Entre los acervos consultados destacan los de las siguientes bibliotecas: Gregorio Torres Quintero (Universidad Pedagógica Nacional), Instituto José María Luis Mora, Francisco Xavier Clavijero (Universidad Iberoamericana), Daniel Cosío Villegas (Colegio de México), Ignacio Cubas (Archivo General de la Nación), Eusebio Dávalos Hurtado (Instituto Nacional de Antropología e Historia), y Guillermo Bonfil Batalla (Escuela Nacional de Antropología e Historia). Dentro de las dependencias de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) extendimos nuestra búsqueda a las bibliotecas Samuel Ramos (Facultad de Filosofía y Letras), Central, Rafael García Granados (Instituto de Investigaciones Históricas), Eduardo García Maynez (Instituto de Investigaciones Filosóficas), Rubén Bonifaz Nuño (Instituto de Investigaciones Filológicas), la del Instituto de Investigaciones Sociales y, por último, la del Centro de Estudios sobre la Universidad.

Además de su obvia importancia para los historiadores de la educación y, en especial, para los interesados en los avances y carencias educativas de las mujeres de finales del siglo XIX, creemos que el desconocimiento de estos ensayos, así como la total imposibilidad de consultarlos, justificaba plenamente su reproducción impresa.

Normas de transcripción

Como corresponde a dos impresos de la última década del siglo XIX, la tarea de transcripción de los materiales antes citados fue relativamente sencilla, aunque la mala calidad tipográfica de la versión original, plena de errores de diverso tipo, complicó un tanto nuestra labor. El hecho no es sorprendente pues, de acuerdo con Enrique Fernández Ledesma,² durante ese periodo, “los malos productos forman torrentes, por más que entre ellos se debatan algunas muestras de relativo decoro”. Por lo que pudimos observar, la Imprenta Nueva, encargada de editar los trabajos de Wright y al parecer bastante poco conocida en su momento, no fue la excepción de la regla. Así, para la realización de nuestra labor y con el objeto de facilitar la tarea del lector, seguimos algunas normas generales de las cuales damos cuenta a continuación:

- a) Se respetó la ortografía original.
- b) Se modernizó el uso de acentos, de mayúsculas y, en las oraciones demasiado largas —y por ende confusas—, características de la época, se hicieron algunos cortes mediante un adecuado uso de los signos de puntuación. Asimismo, se

² *Historia crítica de la tipografía en México*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB)-UNAM, 1991.

- incluyeron algunos signos de interrogación o admiración faltantes o se corrigieron los que se usaron en forma equivocada. Además, se eliminaron los puntos y aparte superfluos utilizados al final de títulos y subtítulos.
- c) Se conservaron palabras escritas con inicial mayúscula cuando tenían alguna connotación religiosa, como por ejemplo *Año Cristiano*, *Providencia*, *Creador Supremo*, por citar algunas.
 - d) Se corrigieron los constantes errores tipográficos, las más de las veces consistentes en alguna letra faltante o en el uso equivocado de alguna de ellas, aunque se presentaron algunos casos en que las grafías originales estaban al revés. Por ejemplo, en lugar de *ogtpe* se dejó *golpe*, de *utensillos*, *utensilios*; de *qce*, *que*; de *cnales*, *cuales*; de *uuverso*, *universo*, entre otros.
 - e) Se incluyeron entre corchetes algunas palabras faltantes, casi todas artículos o preposiciones. En consecuencia, se cambiaron por paréntesis los corchetes que venían en el original.
 - f) Se hizo la vinculación de líneas muy cortas cuando éstas presentaban un mismo sentido.
 - g) Se utilizó letra *cursiva* en las palabras en otro idioma y se respetaron las que venían indicadas en el original. También se usó en títulos de obras.
 - h) En los márgenes de la transcripción se indicó el número de página del texto original, y cuando éste no aparecía, como sucede en los inicios de capítulo, optamos por anotarlo entre corchetes. Los finales de páginas se indicaron por medio de dos líneas diagonales (//).
 - i) Se suprimieron las viñetas que acompañaban a algunos títulos pues su carácter era meramente decorativo.
 - j) Para una mejor comprensión del texto se aplicaron criterios tipográficos modernos (como distintos tipos de letra en títulos, sangrías, separación en citas de textos ajenos, categorías dentro de títulos y subtítulos), y se incluyeron diversos elementos (como folios, cornisas), los cuales, huelga decirlo, no estaban presentes en el original.
 - k) Se omitió transcribir los pies de imprenta que ostentaban las portadas, que decían, a la sazón, “México «Imprenta Nueva» 1891” en *La emancipación de la mujer por medio del estudio*, y “Edición de la Gaceta Popular México «Imprenta Nueva» 1892” en *Educación errónea de la mujer y medios prácticos para corregirla*.
 - l) Por último, dado que el interés por esta obra puede rebasar los límites de la academia, creímos conveniente incluir algunas notas aclarativas a pie de página, las cuales no aspiran a la erudición sino, simplemente, a esclarecer las partes demasiado oscuras o poco familiares para el lector contemporáneo no especialista. Valga enfatizar que el original carece de notas.



Retrato anónimo de Laureana Wright de Kleinhans, tomado de José María Vigil, *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX* (edición facsimilar), México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios-Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, p. 100.

Laureana Wright: vida y pensamiento

Lourdes Alvarado

Dada la trascendencia literaria y periodística de Laureana Wright, así como la amplitud y riqueza de su obra, poco común en una mujer de la época, se optó por elaborar un estudio biográfico que, a manera de introducción, dé cuenta al lector de las circunstancias personales y sociales que rodearon el quehacer de la escritora, así como de los rasgos más generales y representativos del mismo y en el que, por supuesto, ocupan un lugar prioritario sus reflexiones en torno a la educación de sus congéneres. Consideramos que, de esta forma, los interesados en el tema no sólo tendrán un panorama más completo de esta excepcional mujer sino también del conjunto de su obra, así como de los esfuerzos realizados por el grupo de colegas que compartieron con ella sus afanes intelectuales y su profunda preocupación por la superación educativa, cultural y política de su género.

Además de su rica actividad en campo del periodismo y de la literatura, Laureana Wright fue una decidida defensora de la mujer e incansable luchadora por su superación o “emancipación”, como ella decía, por medio del estudio. A esta última labor dedicó buena parte de su producción literaria, trabajo que la acredita como una temprana, quizás la primera, teórica de la educación femenina en México.

Reconstruir su vida, por lo menos hasta donde las fuentes disponibles nos lo permitan, y rescatar sus principales ideas en torno a los diversos asuntos que atrajeron su interés, representan el objetivo del presente trabajo. Sin embargo, la tarea no es fácil: la independencia que caracterizó la actividad profesional de Wright, y la consecuente falta de información institucional sobre su persona dejan en blanco pasajes importantes de su labor intelectual. En contraste, su abundante obra escrita permite adentrarnos en las distintas facetas de su pensamiento, así como conocer al grupo de escritoras, poco conocidas en su mayoría, que la apoyaron y acompañaron en su empresa periodística y educativa.

Los años iniciales

Hija del estadounidense Santiago Wright y de la mexicana Eulalia González, Laureana nació en Taxco por mera casualidad pues sus padres, dueños de una mina, decidieron hacer una visita a la propiedad cerca de la fecha del alumbramiento, el año de 1846. La primera parte de su vida transcurrió en la ciudad de México donde, de acuerdo con las posibilidades económicas de la familia y las costumbres de la época, la joven recibió una esmerada educación de tipo privado, conformada básicamente por el aprendizaje de lenguas extranjeras y los “primeros elementos de la ilustración”.³

Para poca fortuna de los interesados en el tema, las minucias de esta primer etapa de la vida de Wright se pierden en la indiferencia y el olvido. Las escasas referencias que la escritora dejó impiden conocer detalles y anécdotas de su infancia que, sin duda, colaborarían a una mejor comprensión de su entorno familiar y de sus inquietudes iniciales. No obstante, gracias a uno de sus escritos, se sabe de la fuerte influencia ejercida por su padre, quien, desde niña, estimuló su gusto por la lectura y el estudio (p. 66).⁴ De acuerdo con uno de sus biógrafos, hacia 1865 la joven escribió sus primeros versos y empezó a destacar por sus dotes literarias y por su marcado patriotismo, sentimiento que se fortaleció durante la invasión europea y el ensayo imperial encabezado por Maximiliano de Austria.⁵

A los 22 años, Laureana contrajo matrimonio con el alsaciano Sebastián Kleinhans, por lo que, al menos durante un corto tiempo, abandonó sus ocupaciones literarias, seguramente abocada a los oficios domésticos y a preparar el nacimiento de Margarita, única hija de la pareja.⁶ Sin embargo, muy pronto se

³ Miguel Bolaños Cacho, *El Liceo Mexicano*, núm. 13, México, *apud* Mateana Murguía de Aveleyra, “Laureana Wright de Kleinhans”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 10 de junio de 1888, p. 314. Recuérdese que durante buena parte del siglo XIX ninguna institución de educación superior admitía mujeres, por lo que su única posibilidad de continuar estudios de más alto nivel estaba en la educación privada, siempre y cuando las condiciones económicas de la familia lo permitieran. La Escuela Secundaria de Niñas, primer plantel oficial de estudios “superiores” para el sector femenino de la población fue fundado 20 años después del nacimiento de Laureana, por lo que dicho recurso, de haber contado con la anuencia familiar, no estuvo a su alcance. Sobre el tema: Anne Staples, “Panorama educativo al comienzo de la vida independiente”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Ensayos sobre historia de la educación en México*, México, El Colegio de México, 1981, p. 147; Luz Elena Galván, *La educación superior de la mujer en México: 1876-1940*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología (CIESAS), 1985; Lourdes Alvarado, “Liberalismo y educación secundaria femenina en México (1857-1867)”, en *Revista Universidad de México*, núm. extraordinario, México, UNAM, abril-mayo, 1998, pp. 43-48; “Abriendo brecha. Las pioneras de las carreras liberales en México”, en *ibid.*, núm. 596, septiembre de 2000, pp. 11-17 y *La educación “superior” femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, México, CESU/Plaza y Valdés, 2004.

⁴ En adelante, las páginas citadas entre paréntesis corresponden a la presente edición.

⁵ Miguel Bolaños Cacho, *op. cit.*

⁶ Margarita se tituló como profesora de primeras letras en 1883, colaboró como traductora en *Violetas del Anáhuac* y, en junio de 1891, se graduó como maestra en el Conservatorio Nacional de

reintegró a la vida profesional, sumándose a diversas asociaciones culturales y científicas de la época. En 1869, a moción de Gerardo Silva y Manuel Acuña, fue miembro honorario de la Sociedad Netzahualcóyotl, tres años después ingresó a la sociedad científica El Porvenir y al prestigiado Liceo Hidalgo, propuesta, entre otras destacadas figuras, por Ignacio Ramírez y Francisco Pimentel. Por último, se incorporó, también como socia honoraria, al Liceo Mexicano y al Liceo Altamirano, de Oaxaca, nombramientos que denotan el distinguido lugar que la escritora llegó a ocupar dentro de la comunidad académica y literaria de la época.⁷ Es importante destacar que, en términos generales, los miembros de estas agrupaciones se esforzaron por encontrar las vías hacia una literatura propia, nacional.

Como sucede con otros capítulos de su vida, se desconocen los altibajos de su participación en el mundillo intelectual de la época, excepcionalmente abierto a alguna presencia femenina. Contadas y breves referencias hemerográficas dan cuenta del sitio que Wright llegó a ocupar dentro de este sector. Ejemplo de ello es su intervención en una velada literaria efectuada el 25 de agosto de 1873, en honor del poeta cubano Juan Clemente Zenea, en la que compartió créditos con Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Acuña, entre otros. Por la misma fuente se tienen noticias, aunque aisladas, sobre los trabajos que presentó en las veladas literarias organizadas por el Liceo Hidalgo durante 1874 y 1875. En la primera de ellas, dedicada a sor Juana Inés de la Cruz, además de la poetisa guerrerense, participaron Josefina Pérez, José Rosas, Aurelio Horta, Francisco Sosa, José Ma-

Música. Un año después, en 1892, conformó una orquesta de mujeres con el propósito de concurrir a la exposición de Chicago, donde ofrecerían algunas audiciones. "Gaceta", en *El Correo de las Señoras*, 18 de septiembre de 1892.

⁷ Mateana Murguía de Aveleyra, *op. cit.* Aunque buena parte de estas agrupaciones literarias tuvieron una vida efímera, como fue el caso de la Sociedad Netzahualcóyotl, ideada por Manuel Acuña en 1867, las hubo mucho más longevas, entre las que sin duda ocupó un lugar especial el Liceo Hidalgo que, fundado en 1851 por Francisco Zarco, era considerado como una prolongación de los ideales y trabajos de la Academia de San Juan de Letrán. Pese a la inestabilidad del país durante la primera parte del siglo XIX, el Liceo Hidalgo, en honor al prócer de la Independencia, tuvo una larga y fructuosa vida —40 años—, salvo dos interrupciones considerables, motivadas por disturbios políticos. Sin embargo, su interés por impulsar una literatura autónoma pervivió a lo largo del periodo. Gracias a la fuerte influencia popular de sus discursos y a las estrechas conexiones gubernamentales de muchos de sus integrantes, llegó a servir de vehículo al Estado para sostener los principios liberales. Contaba con tres categorías de asociados: activos, honorarios y corresponsables y en todos los casos deberían ser propuestos por tres miembros de la Sociedad y presentar una composición en prosa o en verso que habría de someterse a la aprobación de una comisión *ex profeso*. Los socios activos tenían que pagar una cuota de inscripción de dos pesos y mensualidades de 50 centavos. Véase Enrique Olavarría y Ferrari, *El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores por...*, Madrid, Espinosa y Bautista Editores, s.f., pp. 137-138; Guadalupe Monroy, "La instrucción pública", en *Historia moderna de México, vol. 3, La República Restaurada. Vida social*, México, Hermes, 1956, pp. 759 y 767; Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias de la ciudad de México. Siglo XIX*, México, Imprenta Universitaria, 1957.

ría Vigil y José de Jesús Cuevas. En una segunda velada, en memoria de Francisco Zarco, Laureana compartió el *presidium* con Guillermo Prieto, mientras que, un año después, en noviembre de 1875, intervino en otra más, esta vez para recordar la obra de Juan Ruiz de Alarcón.

Una de las notas descriptivas de dichas sesiones muestra lo extraño y cuestionable que para entonces resultaba la participación femenina en este tipo de reuniones, así como el creciente reconocimiento del gremio al valor mostrado por la escritora y a la calidad literaria de sus trabajos:

Nunca admiraremos lo bastante ni ensalzaremos debidamente, el valor que han necesitado poseer algunas señoras para sobreponerse a las necias, pero no hace mucho casi universales preocupaciones que las retraían de tomar una parte activa en las fiestas públicas. Ese valor lo tiene, y en un grado no común, la Sra. Wright, que ha tenido la amabilidad de aceptar siempre las invitaciones que se le han dirigido para que contribuya al esplendor de las fiestas que celebra el Liceo

En alguna de las bellas composiciones de la Sra. Wright, la hemos oído expresar con firmeza, mostrando que ellas son el fruto de sus más profundas convicciones, ciertas ideas que pudieran calificarse de atrevidas y que no hace muchos años hubieran vacilado en manifestar públicamente aun los hombre más enérgicos y despreocupados. Y a este valor, notable por mil títulos, reúne la Sra. Wright un talento tan claro, una inspiración tan elevada y una modestia tan encantadora, que con justicia el Liceo se envanece de contarla entre el número de sus miembros [...]⁸

Paralelamente a estas actividades iniciales, Wright daba cauce a su vocación periodística, interés que, como se sabe, la acompañó gran parte de su vida. Hacia mediados de los setenta del siglo XIX se encontraba colaborando con algunos poemas en *El Monitor Republicano* y en la sección literaria de *El Bien Público*. Fue también en este último cotidiano donde posiblemente se airearon los primeros incidentes motivados por su “liberalismo” en materia religiosa, particularmente reprobado en una mujer y mucho más cuando éste se expresaba en público, pues se corría el riesgo de que “contaminara” a alguna que otra lectora. La reacción no se hizo esperar, al decir de uno de sus colegas, quien por desgracia no abundó en el incidente: “el fanatismo católico, que nunca perdona” reprobó su poesía “Dios”.⁹

Con todo, no faltaron plumas decididas a defender a la poetisa, a quien, además, erróneamente se atribuía origen extranjero:

¡Lástima de elocuencia y de talento
que así el criterio y la verdad profana,

⁸ R. Manterola, “Breve descripción de la velada, tomada del siglo XIX”, en *Velada pública celebrada por El Liceo Hidalgo. La noche del 13 de abril de 1874, para honrar la memoria del Sr. Francisco Zarco*, México, Imprenta de El Porvenir, 1875.

⁹ José Patricio Nicol, “La mujer poeta”, en *El Bien Público*, México, 3 de septiembre de 1876, p. 1.

que así la fe con el sofisma altera!
 Esa dama ilustre es extranjera.
 Pero allí estaba yo, noble Laureana,
 y a riesgo de exponer mi fe creyente
 a la duda tal vez, exclamé ufana:
 esa ilustre mujer es mexicana [...]
 y su saber fascina y enajena [...]¹⁰

Hacia la década de 1880 encontramos a Wright colaborando en el semanario *El Álbum de la Mujer*, dirigido por la española Concepción Gimeno de Flaquer, vieja ya en los avatares de la profesión, pues en su país de origen había editado el periódico *La Ilustración de la Mujer*, así como varias novelas, verdaderos *best-sellers* de la época.¹¹ Seguramente Laureana supo aprovechar estas primeras incursiones en el mundo de la prensa para ir conformando el equipo de sus futuras colaboradoras. Tal fue el caso de Mateana Murguía, fundadora del periódico *Violetas*, y después activa partícipe de *Violetas del Anáhuac*, dirigido por la propia Wright,¹² o de María del Refugio Argumedo, redactora de *El Álbum* y, posteriormente, miembro del cuerpo de redacción del semanario a cargo de la guerrerense.

Como sucedió con gran parte de la *intelligentsia* del periodo, los intereses de Wright abarcaron el campo de la política, al punto que, de acuerdo con Elvira Hernández Carballido, sus críticas hacia la administración de Manuel González en *El Diario del Hogar* pusieron en riesgo su permanencia en el país.¹³ Sin embargo, “problemas de salud”, que al parecer la acompañaron buena parte de su vida, la

¹⁰ Guadalupe Prieto de Arrijoja, “A la Sra. Laureana Wright de Kleinhans. Con motivo de haberla reputado extranjera algunos críticos que se ocuparon de su hermosa poesía titulada ‘Dios’”, en *El Bien Público*, México, 3 de septiembre de 1876, pp. 1-2.

¹¹ Entre las que destaca *La mujer juzgada por una mujer*, texto que de acuerdo con *El Álbum de la Mujer*, México, enero-junio, 1888, llegó a contar con ocho ediciones.

¹² *Violetas* inició en marzo de 1884, aunque no pudimos corroborar la fecha de su desaparición. Surgió como respuesta a una iniciativa de Mateana Murguía y Luz M. de Ramírez y, al parecer, se imprimió en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres. Su objetivo era “estimular y fomentar las brillantes disposiciones que, para el cultivo de la literatura poseen muchas de nuestras compatriotas”, *El Correo de las Señoras*, México, 24 de febrero de 1884, pp. 671-672; Laureana Wright, “Mateana Murguía de Aveyra”, México, *Violetas del Anáhuac*, 1º de julio de 1888. Por su parte, Wright se hizo cargo de la dirección de *Violetas del Anáhuac* poco más de un año (diciembre de 1887 a febrero de 1889). Por razones de salud tuvo que ceder su cargo a Mateana Murguía, quien sostuvo la edición hasta junio de 1889. Durante los primeros números la revista apareció con el título de *Las Hijas del Anáhuac*, pero con el objeto de diferenciarla de una hoja suelta editada con el mismo nombre a partir del 29 de enero de 1888 adoptó el de *Violetas del Anáhuac*.

¹³ La periodista sintió especial aprecio por *El Diario del Hogar*, inclinación que expresó con absoluta claridad al hacer un recuento de los principales publicaciones de la ciudad de México, “destinadas a difundir la ilustración entre todas las clases”. A su juicio, este periódico destacaba entre el resto “por la variedad de sus noticias y el atrevimiento de sus ideas”. Laureana Wright, “El periodismo en México”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 30 de septiembre de 1888, p. 505.

alejaron de dicho medio informativo e impidieron que continuara desarrollándose en una tribuna fundamentalmente masculina, hecho inusitado para su tiempo: “Dice el *Diario del Hogar* que la Sra. Laureana Wright, ilustrada redactora de aquel colega, se retira por algún tiempo de la prensa, a causa de sus últimos padecimientos que le impiden ocuparse de trabajos intelectuales [...]”.¹⁴

Al retornar las aguas de la política a su cauce, Laureana pudo dedicarse con mayor vigor a sus actividades literarias. La década de 1880 fue particularmente rica en la vida intelectual de la escritora, quien poco a poco se iba ganando el reconocimiento de sus colegas.¹⁵ Durante esta etapa Wright emprendió la dirección de la revista *América Literaria*¹⁶ y del semanario femenino *Violetas del Anáhuac*. Pese a la corta duración de este último (de diciembre de 1887 a junio de 1889),¹⁷ por el carácter de sus contenidos representó un importante avance respecto de otras publicaciones del mismo género. Además constituyó un excelente medio para que tanto su directora como la mayor parte de sus colaboradoras, y hasta alguna que otra lectora, expresaran sus ideas sobre diversos temas, entre los que destacan de manera particular las cuestiones educativas. Así, a través de las páginas de dicho semanario, este grupo femenino de avanzada intentaría informar y transformar a la mujer de su tiempo.

Para Laureana la literatura era una especie de termómetro que reflejaba el grado de adelanto o atraso de la sociedad, no sólo porque fungía como parámetro del nivel intelectual de quienes escribían sino, sobre todo, porque revelaba las tendencias, costumbres, gustos y caracteres de los lectores. Dentro de dicho universo, la intelectual en cuestión otorgaba especial valor al periodismo, tanto por su variedad temática como por la paulatina ilustración que difundía y que, de acuerdo con sus propios términos, representaba la enseñanza objetiva del pueblo al que, en pequeñas dosis, impartía las nociones esenciales a su educación. De ahí

¹⁴ “Noticias. Lo sentimos”, en *El Correo de las Doce*, México, 21 de diciembre de 1884, p. 3. Desafortunadamente no pudimos localizar los escritos de Laureana en contra de la administración de González a los que alude Hernández Carballido, como tampoco abundar en sus posibles desavenencias con dicho gobierno. Sin embargo, queda la posibilidad de que hubieran aparecido bajo algún seudónimo o en forma anónima.

¹⁵ Para entonces, Laureana y otras escritoras contemporáneas gozaban de cierta popularidad. Según nota de *El Diario del Hogar* del 30 de abril de 1884, una compañía dramática que se presentaba en el teatro Hidalgo dedicó una de sus funciones a tres destacadas mujeres, la baronesa de Wilson, Concepción Gimeno y Laureana Wright así como a las redactoras y colaboradoras del semanario publicado con el nombre de *Violetas* y citado con anterioridad.

¹⁶ Se cuenta con muy poca información sobre dicha publicación, aunque sabemos de su existencia por varias notas hemerográficas, entre las que hemos elegido la siguiente: “También ha llegado a nuestra redacción otra revista titulada *América Literaria*, que dirige la ilustrada escritora mexicana Laureana Wright de Kleinhans. ¡Largos años de vida para ambas publicaciones!” *El Álbum de la Mujer*, México, 22 de marzo de 1885, p. 118.

¹⁷ Laureana Wright, “El periodismo en México”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 30 de septiembre de 1888, p. 505.

la importancia que concedió a dicho género, en particular el dirigido a la superación cultural de las mujeres, objeto de su constante preocupación.

Y en cierta medida la escritora tenía razón. Ante las limitantes educativas que caracterizaron a las mexicanas decimonómicas, la prensa jugó un importante papel en cuanto difusor de conocimientos, función insuficientemente estudiada y valorada hasta nuestros días¹⁸ y de la cual, ya desde 1807, daba cuenta una asidua lectora novohispana:

Pero antes es bien sepa U. que se leer, escribir, y que procuro imponerme en lo que leo, y corregir lo que escribo: tengo, a más, fuerte afición a la lectura, gracias a la buena educación que me dieron mis padres; en fuerza de esta loable inclinación, el rato que de noche me deja libre la aguja, lo paso útil y alegremente con una prima mía, leyendo el diario, que compra su marido: y hacemos crítica a nuestro modo de las predicciones que leemos, nos reímos de más, admiramos otras, y condenamos con sentencia irrevocable las que juzgamos dignas de recogerse.¹⁹

Violetas del Anáhuac

En diciembre de 1887 salía a la luz pública una nueva revista para mujeres que seguramente motivó reacciones encontradas entre la sociedad mexicana de fin de siglo. Si bien el ideal femenino continuaba apegado a los moldes tradicionales, el sector más progresista de la sociedad, en el que no faltaban algunas representantes del sexo femenino, pugnaba por la transformación e incorporación de ese

¹⁸ Consideramos que dicho medio representa una importante fuente de información para los historiadores de la educación. Incluso cobra especial significación cuando se trata de educación femenina ya que, a falta de suficientes recursos institucionales, periódicos y revistas, particularmente los orientados a las mujeres, fungieron como un medio informativo y educativo de primer orden. Afortunadamente, estudios recientes han emprendido el rescate de dicha fuente, por ejemplo, "La prensa femenina. La opinión de las mujeres en los periódicos de la Colonia en la América Española, 1790-1810", de Johana Mendelson y "La prensa feminista del siglo XIX y los derechos de la mujer en el Brasil", de June Hahner, ambos en Asunción Lavrín, *Mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1985; Teresa Bermúdez, "La docencia en oferta: Anuncios periodísticos y escuelas particulares 1857-1867", en *Historia Mexicana*, núm. 131, México, El Colegio de México, enero-marzo, 1984, pp. 214-253; Lourdes Alvarado, "La prensa como alternativa educativa para las mujeres de principios del siglo XIX", en Pilar Gonzalbo (coord.), *Familia y educación en Iberoamérica*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 267-284. Además de dichas publicaciones se cuenta con dos tesis de licenciatura dedicadas al tema, ambas con excelente información: Elvira Hernández Carballido, "La prensa femenina en México durante el siglo XIX", México, UNAM-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1986, y Elizabeth Becerril Guzmán, "Educación y condición de la mujer mexicana a través de la prensa", México, UNAM-FFYL, 2000.

¹⁹ "Impugnación al proyecto sobre las mujeres", en *Diario de México*, México, 20 de febrero de 1807, pp. 196-197.

género a la vida cultural e intelectual de su tiempo. *Las Hijas del Anáhuac*,²⁰ como inicialmente se denominó el semanario dirigido por Laureana Wright, nació (el 29 de enero de 1888) en condiciones bastante ventajosas; a lo largo del siglo y gracias a la recurrente participación femenina en revistas y periódicos, se había ido conformando un público que demandaba contenidos de más alto nivel, así como un grupo de mujeres instruidas, deseosas de hacerse oír públicamente y de influir en la forma de pensar y actuar de sus contemporáneas.

No obstante que *Las Hijas del Anáhuac* conservó la posición ambivalente de sus predecesores, siempre fluctuando entre preservar o transformar el estereotipo femenino, mantuvo una línea editorial mucho más coherente y progresista que otras publicaciones afines. Desde el número de presentación, Laureana Wright, su directora literaria, expuso abiertamente la necesidad de crear un espacio adecuado para que las mexicanas pudieran ampliar o difundir sus conocimientos. Consideraba que sólo así ellas podrían integrarse al “siglo del progreso” y, aún más importante, podrían contribuir a su futura grandeza.²¹

Aunque originalmente la revista se conoció con el nombre de *Las Hijas del Anáhuac*, a poco de su fundación adoptó el de *Violetas del Anáhuac*, título que la acompañó hasta su desaparición. De acuerdo con Laureana Wright las razones del cambio eran simples: por la misma fecha, salió a la luz pública “una pequeña hoja suelta” del mismo género y con idéntico título, por lo que, para evitar equivocaciones y disputas inadecuadas “con nuestro carácter de señoras”, se optó por elegir otra denominación.²² Una vez superado el incidente, *Violetas del Anáhuac* caminó sin contratiempos, aprovechando la simpatía y el apoyo económico que le prodigó el régimen porfirista. Como otras tantas revistas y periódicos de la época, la dirigida por la guerrerense gozó de una subvención gubernamental por 22.50 pesos anuales, equivalentes al valor de 30 suscripciones.²³

A través de sus diversos artículos, el semanario cuestionó el *modus vivendi* de las mexicanas, proponiendo, casi obsesivamente, la educación femenina como único vehículo para su deseada transformación.²⁴ Pero, además de este ambicioso objetivo, *Violetas* debía “sostener los intereses, los derechos y las prerrogativas

²⁰ Como se vio con anterioridad, la denominación no era nueva. Hacia 1873 surgió en la ciudad de México un semanario con el mismo título, dirigido por Concepción García y Ontiveros, profesora de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, y al parecer impreso en los talleres de dicha institución. Entre otras razones, dicho periódico destacó por haberse redactado íntegramente por mujeres, muchas de ellas alumnas de la misma escuela, y por su insistencia en la superación femenina por medio de la educación.

²¹ “Prospecto”, en *Las Hijas del Anáhuac*, México, 4 de diciembre de 1887, p. 2.

²² “Aviso” en *ibid.*, 22 de enero de 1888, p. 79.

²³ Archivo General de la Nación, México (AGNM), ramo Instrucción Pública y Bellas Artes, vol. 235, exp. 14, f. 1.

²⁴ Por supuesto, ni la directora literaria de *Violetas del Anáhuac* ni sus colaboradoras pretendieron romper radicalmente con el estereotipo tradicional femenino. En todo caso, buscaron conjugar las funciones tradicionales con las que consideraron propias de una mujer moderna.

sociales de nuestras compatriotas”, esto es, mejorar en todos sentidos la condición sociocultural de las mexicanas. Para lograrlo se propuso estimular su interés por el arte y la ciencia, afirmar sus principios morales y cultivar sus aptitudes literarias, amén de proporcionar un espacio donde pudiera explayar sus ideas. En síntesis y según sus propios términos, debería animar a dicho sector para que emprendiera “la noble campaña del pensamiento contra la apatía, del estudio contra la ignorancia, del progreso contra el atraso”.²⁵

Pero Laureana Wright no fue la única interesada en tales asuntos. Dentro del mismo tenor, María de Alba, colaboradora de la revista, explicaba la razón de ser del semanario: “Venimos al estudio de la prensa a llenar una necesidad, la de instruirnos y propagar la fe que nos inspiran las ciencias y las artes”.²⁶

Tal declaración de principios no quedó en letra muerta, de lo cual fueron prueba los múltiples títulos presentes en el periódico dedicados a analizar y discutir diversos aspectos vinculados con la condición y educación femeninas, entre los que sobresalieron “La ilustración y la educación de la mujer”, de María de la Luz Murguía; “Mujeres de nuestra época”, de Concepción Manresa de Pérez; “El profesorado en México” y “Educación doméstica”, ambos de Mateana Murguía de Aveleyra; “Instrucción femenil”, de *Elisa*; “La Escuela Nacional Secundaria de Niñas”, de Dolores Correa; “La educación del hogar” y “Las academias y los idiomas”, de Laureana Wright; “Educación”, de Ignacia Padilla de Piña y, sin precisar la autora, “La Escuela de Artes y Oficios”.

La tónica de los artículos variaba de acuerdo con los matices ideológicos y preocupaciones concretas de sus respectivas autoras. Algunas, como la profesora Mateana Murguía, hicieron énfasis en problemas educativos muy concretos, como la situación del profesorado, “esa importante cuanto desatendida colectividad”.²⁷ Otras, de corte más tradicional, dejaron claro su interés por educar a las mujeres, pero con cuidado e inteligencia, para no hacer de las jóvenes unas “marisabidillas vanidosas e inútiles”.²⁸ Eso sí, la mayoría coincidía en reprobar su tradicional ignorancia, “fuente de vicios y superstición y máscara de la esclavitud”, y en celebrar su entrada al mundo de la cultura y de las instituciones de educación superior.²⁹

²⁵ “Prospecto”, en *Las Hijas del Anáhuac*, México, 4 de diciembre de 1887, p. 2.

²⁶ “Aquí estamos”, en *ibid.*, p. 4.

²⁷ “El profesorado en México”, en *ibid.*, 11 de diciembre de 1887, pp. 17-18.

²⁸ María de la Luz Murguía, “La ilustración y la educación de la mujer”, en *ibid.*, 4 de diciembre de 1887, pp. 6-7.

²⁹ [Anónimo] “Madres e hijas”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 18 de marzo de 1888, p. 184. Recuérdese que por estas fechas (1887) Matilde Montoya, egresada de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Escuela Nacional de Medicina, presentó su examen profesional, iniciando el grupo de mexicanas que se atrevieron a seguir alguna de las carreras liberales. Sobre el tema: Lourdes Alvarado, “Matilde Montoya: primera médica mexicana”, en *Ciencia y Desarrollo*, México,

p. 13
→ En cuanto a Laureana Wright, sabemos que el asunto constituyó uno de los puntos cardinales de su trabajo y, en cierta medida, razón de ser de *Violetas del Anáhuac*. Empero, no fue el periodismo el único medio del que Wright se valió para propagar sus ideas en torno a la educación femenina. A su pluma debemos los dos interesantes ensayos que reproducimos en este trabajo, ambos directamente relacionados con el doble problema de la condición y educación de la mujer y, muy posiblemente, los primeros en México en plantear a la luz del día la inconformidad femenina ante las reglas sociales vigentes. Se trata de *La emancipación de la mujer por medio del estudio*, editado en 1891 por la Imprenta Nueva y, un año después, *Educación errónea de la mujer y medios prácticos para corregirla*.³⁰

Laureana Wright: ¿teórica de la educación femenina?

La importancia de ambos trabajos salta a la vista pues, además de ser los primeros en su género escritos por una mexicana, representan un interesante testimonio de las aspiraciones culturales y sociales de la vanguardia intelectual femenina del siglo XIX, de la que Laureana Wright fue una de sus más decididas voceras. El interés que mostró por la problemática educativa de su sexo la convierte en una de las primeras teóricas del tema en México, cuya riqueza de ideas y propuestas ofrece una rica veta para la reflexión.

Como tantos intelectuales y políticos de la época, Wright confiaba en el progreso de México y celebraba los avances educativos realizados en los últimos tiempos.³¹ Sin embargo, su optimismo desaparecía cuando abordaba el problema de la condición y educación femeninas. Para la escritora no había dudas, el sometimiento de “la mujer instrumento”,³² tal y como calificaba a la mayor parte

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), septiembre-octubre, 1994, pp. 70-73, y “Abriendo brecha...”; Gabriela Cano, “De la Escuela Nacional de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras, 1910-1929. Un proceso de feminización”, tesis doctoral, México, UNAM, 1996.

³⁰ Parte del primer trabajo fue reproducido parcialmente por *La Mujer Mexicana*, en julio de 1905. En cuanto al segundo, se editó en 1892 por la *Gaceta Popular*.

³¹ Sus palabras al respecto son bastante elocuentes: “mucho se ha avanzado en este ramo, próximo casi a su perfeccionamiento, si se tiene en cuenta que hace muy poco que se fundaron las escuelas nacionales y municipales, y que antes de esto sólo existían en el país unos cuantos establecimientos montados bajo el régimen de la palmeta y los ayunos”, “La educación del hogar”, en *Las Hijas del Anáhuac*, México, 11 de diciembre de 1887.

³² Laureana fue sumamente dura al enjuiciar a sus contemporáneas, tal y como puede observarse a lo largo de su obra. Un buen ejemplo son las siguientes palabras: “abrigamos la firme esperanza de que el día que se la emancipe del oscurantismo en que generalmente vegeta, el día en que se le dé una perfecta educación, ella llevará a la exageración lo benéfico en todos sentidos, así como hasta ahora ha llevado lo nocivo”. Destaca también aquel otro en el que condena la condición social de las mexicanas: “En México más que en ninguna otra parte, es donde la mujer se encuentra casi exclusivamente reducida a la condición de criada de honor o cuando más de administradora gratuita” (p. 108).

de su género, se debía básicamente a su falta de cultura y educación. Heredera de la tradición ilustrada y de las más recientes ideas positivistas, sólo vislumbraba un recurso capaz de revertir tal situación: una mejor instrucción para sus congéneres. Justificar y convencer de tal propuesta, es decir crear conciencia en sus contemporáneos —hombres y mujeres— de su importancia es, en resumen, el objeto de ambos textos. Sólo que mientras *La emancipación de la mujer por medio del estudio* aborda el tema desde un plano más conceptual y general, *La educación errónea de la mujer* se dirige a los padres y madres de familia para que, al tanto del problema, trataran de evitar los errores y vicios más comunes en la educación de sus hijas.

En ambos títulos sorprende el atrevimiento de sus juicios y conclusiones parciales. De manera excepcional para la época, rompió con el consabido estereotipo femenino pleno de cualidades morales, tan común a lo largo del siglo XIX y aun del siguiente. Laureana Wright asigna a la mujer dimensiones más humanas, equiparables en todos sentidos a las del sexo opuesto, verdadero desacato conceptual, sobre todo si, como era el caso, éste procedía precisamente de una mujer: “No por esto nos atrevemos a suponer que ésta [la mujer] llegue a presentar un tipo de rara perfección; pues si la creemos dotada de toda las cualidades del hombre, debemos creer que adolece también de todos sus defectos, y quizás esta ilusión de superioridad nos haya sido sugerida por el hombre mismo” (p. 42).

En cuanto a la trillada tesis de la “inferioridad” física e intelectual femenina con respecto de los varones, la posición de Wright era tajante: el dominio masculino no tenía razón de ser pues, en su opinión, no había diferencias morales o intelectuales que lo justificaran (véase p. 39). La única preponderancia real que aceptaba en el sexo opuesto era de carácter físico, producto exclusivo de su forma de vida y no, como siempre se había sostenido, de características naturales. Para probarlo, la escritora se remitía a las mujeres del pueblo y a las campesinas, cuya capacidad para ejecutar idénticos trabajos que los hombres era ampliamente conocida (p. 41).

Por tanto, considerando las limitaciones seculares impuestas a su género, la autora afirmaba que éstas no sólo resultaban equiparables sino incluso superiores intelectualmente al sexo opuesto.³³ Pero entonces, se cuestionaba la autora, ¿a qué

³³ Sus palabras textuales son la siguientes: “Pues como la capacidad intelectual femenina hasta hoy no ha sido experimentada en ninguna de las materias que se le han impedido cursar; como jamás se ha preguntado a la mujer si se siente capaz de seguir el mismo camino científico que el hombre, y como a pesar e todo esto, cuando ella por excepción, sola y sin estímulos ni apoyo alguno, ha dado algunos pasos fuera del límite común que le había prefijado la sujeción rutinaria de la opresión y la costumbre, ha, no sólo igualado sino a veces superado al hombre. Podría suceder muy bien que esa diferencia denotase superioridad, y que llegase un día en que el hombre [...] tenga que confesar, examinando con el escalpelo de la imparcialidad la inteligencia viviente [sic], no sólo la igualdad sino la supremacía intelectual de la mujer”. (p. 42; cursivas nuestras); la idea también está presente en *Educación errónea de la mujer...* (p. 119).

se debía tal situación de sometimiento? Su respuesta fue contundente: tres eran las causas de fondo de tal estado: abandono intelectual, sumisión y desamparo legal, factores que a lo largo del tiempo habían aniquilado su capacidad pensante y la habían sumido en una situación de gran debilidad. Y, a su juicio, la más grave de todas era la marginación educativa a la que por siglos estuvo sometida. Colegios, universidades, seminarios y academias, en fin, toda institución orientada a propagar conocimientos científicos o artísticos le había cerrado sus puertas. No obstante, acaso mera cortesía de la escritora hacia el gobierno de Porfirio Díaz, aceptaba que algo se había ganado durante dicha administración, pues aunque no se había impulsado de manera oficial la educación femenina, tampoco se le había impedido a este sector “acercarse a los luminosos focos de donde esas luces emanan”. En todo caso, reflexionaba Wright, era la natural timidez de su género lo que continuaba frenando su desarrollo intelectual.³⁴

Si bien a juicio de nuestra autora el verdadero responsable de la marginación educativa y cultural de las mexicanas era el egoísmo masculino, que tradicionalmente se habían negado a compartir con ellas sus conocimientos y descubrimientos (p. 45), no dejó de señalar la parte de culpa que correspondía a las propias mujeres, generalmente conformes con el papel de “criada de honor o, cuando más, de administradora gratuita” que había tenido a bien designarle el hombre (p. 108).

Consciente de moverse en un mundo masculino, la autora hacía un doble llamado: el primero iba dirigido al hombre ilustrado y progresista para que, en el futuro, propiciara el crecimiento intelectual del sexo opuesto (p. 53); el segundo lo orientaba a las mismas interesadas, para que superaran sus prejuicios y timidez ancestrales y se decidieran a reclamar sus derechos: “Si para ella no hay escuelas de carreras profesionales, tiene que penetrar por el sólo esfuerzo de su voluntad en las pertenecientes al hombre; para ponerse a su altura, tiene que introducirse *velis nolis* en todos los centros del trabajo, de la sabiduría y del adelanto humanos [...]” (p. 57). En esta cruzada tocaba a las madres de familia desempeñar el papel protagónico; de ahí su exhortación para que, atendiendo únicamente a las aptitudes infantiles, llevaran a sus hijas a los planteles de educación científica, literaria o artística, hasta entonces exclusivamente masculinos.

La autora tenía cierta razón pues seguramente estaba al tanto de que en la Escuela Nacional Preparatoria, importante establecimiento educativo de la épo-

³⁴ La explicación de Laureana Wright resulta muy semejante a la expresada en 1875 por José Díaz Covarrubias y ambos casos revelan el desconocimiento generalizado de la serie de obstáculos ideológicos que impedía a las mexicanas y en general a todas las mujeres de esa época aprovechar las alternativas educativas a su alcance. José Díaz Covarrubias estuvo a cargo del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública durante el gobierno de Manuel González y fue autor del primer balance sobre educación en México: *La instrucción pública en México. Estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República*, México, Imprenta del Gobierno, 1875. El texto cuenta con una edición facsimilar, México, CONACYT/Porrúa, 1993.

ca, no existía ningún impedimento formal que prohibiera a las mujeres incorporarse a sus aulas. No obstante, sólo hasta 1882, más de una década después de su fundación (diciembre de 1867), se animó a inscribirse la primera alumna. A partir de entonces y aunque en número reducido, fue incrementándose la presencia de preparatorias, ya sea para cubrir el plan de estudios completo y, posteriormente, inscribirse en alguna de las escuelas profesionales, o para cursar algunos de los idiomas o materias prácticas impartidas en el plantel.³⁵

Por supuesto, las ideas de Laureana no eran representativas de la mayoría. A manera de contrapunto, y quizás para valorar en su justa medida a la periodista, baste citar la posición de Pilar Sinués, escritora contemporánea y colaboradora de varias publicaciones femeninas, quien sentenciaba: “lo que hace falta en nuestra vieja y dolida sociedad son mujeres buenas, para todas las carreras científicas sobran hombres”.³⁶ Juicios tales provocaban la indignación de Wright, quien se dolía de que, en materia de educación, las mexicanas no sólo tenía que enfrentar: “ese pequeño mundo idiota compuesto del hombre retrógrado [...] sino los ataques, las sátiras y las arraigadas necedades del vulgo de su sexo que la hostiga, poniendo en práctica la célebre sentencia de que el peor enemigo de la mujer, es la mujer” (p. 93; cursivas en el original).

Los dos textos de la presente edición concluyen con un llamado a sus contemporáneas para que recobraran la energía y la dignidad personales y, sobre todo, para que dejaran de considerar la instrucción, el adelanto y la ciencia como bienes exclusivos y hereditarios del hombre. Por fortuna, pensaba la escritora, para llevar a cabo tan importante tarea se contaba ya con diversas instituciones educativas como la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Normal de Profesoras, el Conservatorio de Música y las academias de Bellas Artes y de Artes y Oficios. Así, muy al estilo del *credo positivista* de Horacio Barreda, Wright, ideó una especie de *oración feminista*, reflejo de su obsesivo interés por la superación de su género: “creo que la mujer es apta y tiene derecho de seguir todas las profesiones que sigue el hombre; creo que sus facultades intelectuales son iguales a las de éste, a pesar de la observación anatómica de un médico que asegura que el cerebro de la mujer es más pequeño que el del hombre, *creo en fin, en la mujer* [...] (pp. xx, cursivas en el original).

³⁵ Sobre la matrícula femenina en la Escuela Nacional Preparatoria: Lourdes Alvarado, “Abriendo brecha...”, pp. 11-17, y *La educación “superior”...*, pp. 266-272.

³⁶ “Carta a una madre”, en *El Correo de las Señoras*, México, 28 de octubre de 1888, p. 337.

Biografías de mujeres

Laureana Wright gustó particularmente del género biográfico. La vida de mujeres distinguidas constituyó uno de los temas que más atrajo su atención y que, como tantos otros autores, utilizó como un importante recurso pedagógico. Aunque sabemos que su interés por este tipo de trabajos se remonta muy atrás,³⁷ en *Violetas del Anáhuac* se convirtió en una práctica sistemática, que llegó a conformar una serie de biografías de mujeres. La idea no era nueva ni exclusiva, pero mientras otras revistas femeninas privilegiaron figuras europeas, distantes de la realidad nacional,³⁸ la dirigida por Wright se concretó a recordar a algunas mujeres mexicanas que, por sus circunstancias e idiosincrasia, resultaban mucho más acordes para servir de modelo a las lectoras porfirianas.

Con sus excepciones, la mayor parte de los “retratos” dibujados por Laureana corresponden a escritoras o profesionistas contemporáneas, muchas de ellas ligadas al periodismo o más específicamente al cuerpo editorial de su propio periódico. Seguramente ése fue un recurso del que se valió la autora para dar a conocer públicamente los méritos literarios, profesionales y familiares de sus colaboradoras y, así, enaltecer los notables avances de sus compatriotas en diversos campos de la actividad humana.

El hecho resulta por demás explicable si se consideran los constantes y duros ataques que por entonces se dirigían contra las crecientes incursiones femeninas en el campo del periodismo. Tal posición indignaba a la directora de *Violetas del Anáhuac*, quien se afanaba en demostrar que actividades profesionales y deberes domésticos no eran tareas incompatibles; por el contrario, desde su punto de vista eran complementarias y permitían el pleno desarrollo de las facultades femeninas:

En cuanto a opiniones, además de la que como generalidad ha mencionado el Sr. Sosa, circulan a veces sobre este punto las más extravagantes, y no emanadas del vulgo, sino de personas instruidas, y por lo mismo progresistas.

Hace poco tuvimos ocasión de conocer la de un eminente profesor y literato que refiriéndose a un grupo de señoras que escriben para la prensa, las calificó de *mujeres que no tienen que hacer*, y esto cuando casi todas le son perfectamente conocidas y le consta

³⁷ Desde 1874 participó en una velada literaria organizada por el Liceo Hidalgo para conmemorar el natalicio de sor Juana Inés de la Cruz. Posteriormente (marzo de 1884), colaboró en el periódico *Violetas* en la sección “Mujeres Célebres Mexicanas”, con el artículo “La reina Xochitl”, antecedente de sus futuras semblanzas. Cabe destacar que por lo menos este primer artículo fue reproducido por *El Correo de las Señoras* del 23 de marzo de 1884, lo que indica la demanda y difusión de sus escritos.

³⁸ Durante sus primeros años de vida *El Álbum de la Mujer*, por ejemplo, dio a conocer biografías de heroínas españolas y mexicanas, aunque, de acuerdo con su clara tendencia europeizante, dio prioridad a las primeras, como Isabel la Católica y María Pita, entre otras.

que son esposas y madres, que no sólo llenan los prolijos cargos del hogar, sino que hay algunas de entre ellas que son profesoras de diversos ramos, y sostienen a su familia con el producto de su honroso y digno trabajo.

Justamente la *mujer que no tiene que hacer* es la que se crea obligaciones de frivolidad, de vanidad y de lujo que la impiden cumplir con las de la familia [...] ³⁹

Es obvio que, tanto por sus actividades como por sus ideas, Laureana Wright representó un excelente blanco para esta clase de ataques. Por lo pronto, tocó a su colega, Concepción Gimeno de Flaquer, salir en su defensa: “Crean algunos hombres que la mujer, al tomar la pluma abandona la aguja y todos sus deberes domésticos. ¡Fatal error!”. Nadie mejor que la escritora mexicana Laureana Wright para demostrarlo, ya que consagraba su existencia a la educación de su hija y aún le alcanzaba el tiempo “para administrar con acierto y economía los intereses de su marido, sin que le falte para escribir”. ⁴⁰ Por su parte, Laureana Wright no se dejaba amedrentar y respondía abiertamente a “las necias apreciaciones de algunos escritorillos de gacetilla, que vergonzantes de sus retrógradas ideas, se ocultan tras el pseudónimo para decir en pleno siglo XIX que no son partidarios de la ilustración femenina, que no les agrada la mujer científica, que optan por la mujer maniquí que pueden manejar a su antojo”. ⁴¹

La selección de retratos femeninos muestra gran parte de las constantes ideológicas y literarias que caracterizan la obra de la escritora, es decir, amplia cultura, conocimiento de las fuentes disponibles y, cuando era pertinente, la utilización de algún otro recurso como el de la entrevista. Tampoco se concretó a la simple descripción de los hechos sino que, en determinados casos, intervino con alguna opinión personal, como por ejemplo cuando reprochó la posición asumida por Guillermo Prieto al discutirse en la Cámara el monto de la pensión que debía otorgarse a Agustina Ramírez de Rodríguez, víctima de las guerras de Reforma e Intervención. ⁴²

Más a manera de justificación que de explicación, la autora se refería al orden seguido en la serie de biografías, pues, pese a que inicialmente se había propuesto obedecer a un estricto criterio cronológico, la imposibilidad de obte-

³⁹ Laureana Wright, “Esther Tapia de Castellanos”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 11 de marzo de 1888, pp. 170-171; cursivas en el original. Dentro del mismo tenor *cf.* “Ignacia Padilla de Piña”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 22 de julio de 1888, p. 386.

⁴⁰ “La Literatura”, en *El Diario del Hogar*, México, 28 de septiembre de 1883, p. 1.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 56-57.

⁴² “Amigas afectuosas y admiradoras del Sr. Prieto, del popular vate, del demócrata por excelencia, del gran orador reformista, sentimos no obstante que en el fin de esta discusión su opinión hubiese prevalecido contra la del Sr. Macedo; pues esta opinión dictada por una idea noble en favor de la agraciada, vino a degenerar en perjuicio suyo como se ve por los resultados [...]”, en Laureana Wright, “Doña Agustina Ramírez de Rodríguez”, en *Las Hijas del Anáhuac*, México, 15 de enero de 1888, p. 77.

ner a tiempo la información requerida se lo había impedido; por otra parte, explicaba, había optado por iniciar con la vida de Carmen Romero de Díaz porque, precisamente por esas fechas, la esposa del presidente “acababa de hacer grato su nombre al pueblo” con la fundación de la Casa Amiga de la Obrera. Pero, por si quedaba alguna duda respecto de su “imparcialidad”, añadía: “No es, pues, una adulación ni una lisonja, con la cual jamás mancharíamos nuestros modestos pero dignos escritos [...] es un acto de justicia que debemos a su mérito, y que imparcialmente y sin interés alguno, le tributamos”.⁴³

Pero, además de las consabidas críticas, hubo algunas expresiones de apoyo hacia la directora de semanario femenino. *El Monitor del Pueblo*, por ejemplo, destacó la importancia del mencionado artículo pues —opinó— no se concretaba a elogiar a la primera dama sino que, con la habilidad y elegancia que caracterizaban a la autora, había sabido imprimirle un claro matiz sociopolítico.⁴⁴ Y, en efecto, entre alabanza y alabanza, Laureana Wright supo aprovechar la oportunidad para “llevar agua a su molino” y, tras subrayar “las tendencias verdaderamente progresistas” de la esposa del presidente, le proponía que influyera ante el primer magistrado de la república para que se suprimiera en México la pena de muerte, “negra sombra” de la civilización moderna. Era, sin duda, una cuestión más de las tantas que atrajeron la atención de la periodista.

El resto de la serie se conforma básicamente por escritoras y poetisas, muchas de las cuales supieron combinar las actividades literarias con el ejercicio de la docencia y del periodismo. Sin embargo, la autora explicó que, por falta de información oportuna, tuvo que intercalar alguna que otra “notabilidad” artística. Tal fue el caso de las cantantes de ópera Ángela Peralta o de Fanny Natali de Testa; esta última una vez retirada del espectáculo, fue colaboradora de *Violetas* y del *Diario del Hogar*, donde seguramente inició su amistad con Laureana Wright y con otras mujeres de este grupo de ilustradas mexicanas.

Entre las integrantes del cuerpo de redacción de *Violetas del Anáhuac*, presentes en la galería de retratos, estuvieron Mateana Murguía de Aveyra, profesora de gramática de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, además de directora fundadora del primer semanario *Violetas*, al que nos referimos con anterioridad⁴⁵ y directora de la escuela de párvulos anexa a la Normal de Profesores, también la profesora y escritora tabasqueña Dolores Correa Zapata;⁴⁶

⁴³ “La Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz”, en *ibid.*, 4 de diciembre de 1887.

⁴⁴ “Impresiones de la prensa”, en *ibid.*, 18 de diciembre de 1887, p. 36.

⁴⁵ Véase nota 12, *supra.*, Laureana Wright se refería a la promotora de dicha publicación (Mateana Murguía) con las siguientes palabras: “activa y diligente siempre, no obstante sus múltiples ocupaciones, en aquella época fundó y dirigió un periódico redactado por señoras y titulado *Violetas*, al cual tuvimos la honra de pertenecer”, “Mateana de Murguía de Aveyra”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 1º de julio de 1888, pp. 350-351.

⁴⁶ Joven autodidacta que, por falta de instituciones adecuadas en su estado natal, tuvo que trasladarse a la capital de la república para, tras los exámenes correspondientes en la Secundaria

Matilde Montoya, primera médica mexicana;⁴⁷ Refugio Barragán de Toscano, Francisca Carlota de Cuellar, *Anémoma* para las lectoras de *Violetas del Anahuac*, y a la ya mencionada Fanny Natali de Testa, *Titania*, encargada de la crónica cultural y social del semanario.

Asimismo, incorporó a algunas colegas del trabajo literario y periodístico, como la guanajuatense Micaela Hernández (1830-1887), Isabel Prieto de Landázuri, originaria de España aunque formada y educada en México; la morelense Esther Tapia de Castellanos y a la yucateca Gertrudis Tenorio Zavala, nieta por línea materna de Lorenzo de Zavala y miembro fundador de la sociedad *La Siempreviva* y del semanario con el mismo nombre, primer periódico de la república redactado exclusivamente por mujeres.⁴⁸ El conjunto permite al lector de hoy día conocer más a fondo esa generación de escritoras que, dando muestras de su apertura y deseo de transformación, lucharon desde diversas posiciones y lugares para abrirse paso en el campo profesional, y redefinieron las áreas de acción masculinas y femeninas.

Dentro de la serie de biografías destacan tres personajes, sor Juana Inés de la Cruz, “culminante escritora, siempre cara e interesante para todo corazón mexi-

Nacional de Niñas, obtener el título de profesora de instrucción primaria (1884). Un lustro después, se integró al personal académico de esa escuela con el cargo de bibliotecaria interina y, casi de inmediato, con base en sus “honrosos antecedentes” y en los servicios que había prestado a la Nacional Secundaria de Niñas, ocupó el de subdirectora de la Escuela de Instrucción Primaria, anexa a la Normal de Profesoras, en el que estuvo a cargo de instrucción cívica, moral y lecciones de cosas. Véase: Acta de examen general extraordinario de la Srita. Dolores Correa y Zapata, Archivo Histórico de la SEP (AHSEP), fondo Antiguo Ministerio, caja 5 239, exp. 109, f. 43. Entre sus principales obras recordamos las siguientes: *En el hogar y en la escuela*, texto oficial de la clase de economía doméstica y deberes de la mujer en la Normal de Profesoras; *Moral, instrucción cívica, nociones de economía política para la escuela mexicana*; *Nociones de economía doméstica y deberes de la mujer* y, por último, *La mujer en el hogar*. Laureana Wright, “Mujeres célebres contemporáneas: Dolores Correa Zapata”, en *El Correo de las Señoras*, México 10 de agosto de 1890, pp. 163-64 y *Mujeres notables mexicanas por la Sra. Laureana Wright*, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1910, pp. 394-402; Beatriz Ramírez Camacho, “Primeros intentos para la formación de maestros en el país” y “Escuela Normal para Profesoras de Instrucción Primaria 1890-1924”, en Concepción Jiménez Alarcón, *Historia de la Escuela Nacional de Maestros. 1887-1940*, México, SEP, 1987, pp. 13-23 y 49-76; Gabriela Cano, *op. cit.*, pp. 75-76 y María de Lourdes Alvarado, *La educación “superior” femenina en el México del siglo XIX...*, pp. 192-194.

⁴⁷ Montoya se distinguió por haber sido la primera estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria y la primera médica egresada de la Escuela Nacional de Medicina en 1887. Precisamente por ello fue una de las mujeres mexicanas más comentadas en la prensa de la época. Expediente de Matilde Montoya, AHUNAM, Archivo General, Expedientes de alumnos, exp. 10 726; Lourdes Alvarado, “Matilde Montoya, primera médica mexicana”, pp. 70-73 y “Abriendo brecha...”; Gabriela Cano, *op. cit.*, pp. 60-64.

⁴⁸ Hacia 1870 un grupo de profesoras, encabezadas por Rita Cetina Gutiérrez, fundó una de las primeras sociedades feministas del país, además de una escuela secundaria y un periódico para mujeres, todos con el nombre de *La Siempreviva*. Anna Macías, “Felipe Carrillo Puerto y la liberación de las mujeres en México”, en Asunción Lavrín, *op. cit.*, p. 330; Laureana Wright, *Mujeres notables mexicanas...*, pp. 342-343.

cano”; Agustina Ramírez de Rodríguez, heroína de las guerras de Reforma e Intervención, representante, según la autora, del *maximum* de patriotismo al que había llegado una mexicana y, por último, la figura de Jesucristo, cuyo manejo rebasa el enfoque religioso con que generalmente se le había abordado.⁴⁹ Y es que, como hemos visto con anterioridad, Laureana Wright gozó de fama liberal, y se destacó por su espíritu progresista y por el atrevimiento que llegó a mostrar en algunas de sus composiciones. Tal es el caso de las siguientes estrofas de su polémica poesía “Dios”.

¿Quién sabe lo que tú eres? ¿Quién ha visto
tu faz ni tu presencia?
¿Quién ha podido conocer tu forma
ni definir tu primitiva esencia?
¿Quién sabe si eres forma o un destello?
¿Si eres el Dios-espíritu, el Dios-genio,
o el Dios Naturaleza? [...]
¡Inútilmente el pensamiento humano
a investigar se lanza decidido
tu misterioso ser, todo es en vano!
Tú serás siempre lo que siempre has sido
la eterna duda el insondable arcano.⁵⁰

Sin embargo, su afición por el género biográfico no quedó ahí. Hacia el final de su vida, la escritora había reunido un considerable número de semblanzas femeninas, 124 en total, que ofrecen una panorámica de la historia de México a través de sus mujeres, desde el periodo prehispánico hasta el siglo XIX. Publicadas en forma póstuma (1910) bajo el título de *Mujeres notables mexicanas*,⁵¹ evidencian un doble interés por el tema femenino: el de la autora al realizar esa minuciosa y novedosa recopilación y el del gobierno porfirista, empeñado en integrar a su programa de celebraciones del centenario un texto sobre mexicanas sobresalientes de todos los tiempos.⁵²

⁴⁹ Laureana Wright, “Jesucristo”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 25 de marzo de 1888, p. 195.

⁵⁰ *El Diario del Hogar*, México, 26 de agosto de 1883, pp. 4-5. Cabe señalar que la poesía fue escrita varios años antes, pues ya desde 1876 había sido objeto de algunos comentarios.

⁵¹ Véase nota 45, *supra*. El texto incluye 33 mujeres de la etapa prehispánica, 27 de la colonial, 22 “heroínas de la independencia” como las llama la autora y 42 contemporáneas. Entre estas últimas predominan las nacidas de 1840 a 1860.

⁵² *Mujeres notables mexicanas...*, Sobre el tema: Graciela Monges Nicolau, “El género biográfico en *Mujeres notables mexicanas* de Laureana Wright de Kleinhans”, en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac (coords.), *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1991, pp. 357-398. Es interesante observar que Laureana Wright no fue excepción en este tipo de trabajos. Se sabe que hacia la década de 1870, *María de la Peña*, seudónimo de una escritora española, tradujo al español la obra *Mujeres sabias y mujeres estudiosas*,

Si bien este género fue bastante socorrido a lo largo del siglo XIX, la compilación de Wright, salvo excepciones, se caracteriza por la amplia cultura y capacidad profesional de las biografiadas. Con ello la autora daba un importante giro a las tendencias historiográficas de la época y, quizás sin saberlo, inauguraba en México una nueva manera de acercarse al estudio de Clío. En todo caso, la obra constituye una fuente de primer orden pues, además de su riqueza informativa, refleja los valores y aspiraciones tanto de la autora como de las figuras seleccionadas.

De las 43 contemporáneas que presentó, 16 eran profesoras, originarias de diversas regiones del país y ejemplo de profesionalismo y dedicación entre las mexicanas de fin de siglo. Además, la autora tuvo especial cuidado en incluir a algunas de las primeras profesionistas mexicanas, quienes dando muestras de gran perseverancia, abrieron brecha a las generaciones futuras. Gracias a este acucioso trabajo, conocemos las peripecias de Emilia Beltrán y Puga, cronista, escritora y bibliófila; Luz Benequí, primera estudiante de telegrafía de la Escuela Nacional Preparatoria, donde pudo inscribirse en 1883, gracias al decidido apoyo que le brindaron el ministro de Relaciones, Ignacio Mariscal, y el director de ese plantel, el naturalista Alfonso Herrera; Lucía Tagle, dedicada a la teneduría de libros, y Matilde Montoya, figura que por su especial importancia fue elegida para concluir el texto.

Es claro que la filosofía del libro coincidía con los valores que Justo Sierra, titular de Instrucción Pública y Bellas Artes, se afanaba por difundir entre el magisterio, sobre todo entre las mujeres a quienes, como sabemos, veía como “preceptoras obligadas de la niñez”. De ahí, sin duda, el interés gubernamental por distribuir el texto con la mayor rapidez posible.⁵³

De historia y otros temas

La riqueza temática de *Violetas del Anáhuac* y la seriedad y profesionalismo de su directora se hacen patentes en la variedad y alto nivel de la mayor parte de sus artículos y series. Entre ellos destacan cuestiones de historia de México, de interés social, avances científicos, consideraciones filosóficas⁵⁴ y artísticas, higiene do-

del obispo de Orleáns; asimismo, la escritora y periodista María del Pilar Sinués de Marco, publicaba por entonces el texto *Mujeres célebres* y Concepción Gimeno de Flaquer el intitulado *Madres de hombres célebres*. Muy dentro de la línea de su autora, este último se concretó a estudiar figuras europeas, como son las madres de Chateaubriand, Constantino, Rafael, San Fernando, Washington, Napoleón, Schiller, Goethe, entre otras. *El Álbum de la Mujer*, México, enero de 1885, p. 11.

⁵³ Para ello, entre julio y diciembre de 1910, se remitieron dos ejemplares del mismo a los directores de cada una de las escuelas primarias de la república. AGNM, ramo Instrucción Pública y Bellas Artes, vol. 303, exp. 1.

⁵⁴ La revista incluye una serie de cinco artículos anónimos bajo la denominación de “Ligeras consideraciones sobre el materialismo y positivismo reinantes”, publicados entre marzo y abril de

méstica, y alguno que otro asunto de índole política, como el problema de la independencia cubana o de la reivindicación civil de la mujer por medio del voto y de una legislación más justa e igualitaria,⁵⁵ sólo por citar algunas de los más importantes.

La historia patria, especialmente la relativa a la conquista y la Independencia, fue una de las materias que cautivaron a Laureana Wright; testimonio de esto fue la serie de 17 artículos denominada “Algo sobre la conquista y la independencia de México”, publicada entre enero y agosto de 1888. Su propósito, muy dentro de los lineamientos positivistas, era el de abordar el estudio del pasado en forma objetiva, lejos —nos dice— de las apreciaciones del vulgo, que dominadas por un exceso de amor patrio y odio, “convierte las debilidades en bajezas y los errores en crímenes”. Desde el punto de vista de la escritora, tal proceder no era exclusivo de las clases populares; historiadores de la talla de un Lucas Alamán o de un Carlos María Bustamante “no pudieron sujetarse a esta imparcialidad prescrita por la justicia y la verdad, y dejándose dominar por los distintos sentimientos de que se hallaban animados, hablaron en sus obras más con la voz de su pasión que con la voz de su conciencia”.⁵⁶

Afortunadamente, pensaba Laureana, esos tiempos y esas formas de hacer historia habían quedado atrás. El México de fin de siglo deploraba lo negativo y se enriquecía con la positiva herencia de sus fundadores; no habían ya conquistadores ni conquistados sino “una gigantesca epopeya, cuyas faltas disculpa y cuyas virtudes enaltece”.⁵⁷ Así, a tono con la tendencia historiográfica porfirista, intentó

1888. Aunque se desconoce la identidad de él o la autora de dichos escritos, consideramos que es muy probable que pertenecieran a Laureana Wright, quien desde principios de 1884 mostró interés por el tema con el artículo “Materialismo e idealismo”, publicado inicialmente en *El Diario del Hogar*, y posteriormente reproducido por la *Gaceta Jalisciense*. Véase *El Diario del Hogar*, México, 4 de abril de 1884, p. 3. En todo caso, e independientemente de la identidad precisa de la autora, el que una mujer se atreviera a abordar este tipo de cuestiones o, incluso, que las publicara en una revista femenina significaba un desacato a los usos tradicionales. Recuérdese que un sector social mayoritario estaba convencido de la inferioridad intelectual femenina, situación que las imposibilitaba para elevarse a la inducción y sistematización de conceptos, “características del verdadero genio filosófico”. Horacio Barreda, “Estudio sobre el feminismo”, en Lourdes Alvarado, *El siglo XIX ante el feminismo. Una interpretación positivista*, México, CESU-UNAM, 1991, p. 60.

⁵⁵ Hemos seleccionado el siguiente juicio por parecernos ilustrativos de este tipo de preocupaciones: “Habéis quitado ya a la mujer el hábito de la monja para convertirla en madre; os falta quitarle ahora el dogal de la esclavitud doméstica para convertirla en esposa; y la traba de la exclusión civil para convertirla en ciudadana” (p. 56). Wright también se valió del periódico para informar sobre los primeros movimientos feministas realizados en Estados Unidos de Norteamérica. “El sufragio de la mujer”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 24 de febrero de 1889.

⁵⁶ “Algo sobre la conquista y la independencia de México. Concluye”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 5 de agosto, 1888. Con todo, Laureana fue una tributaria más de la “historia de bronce” o “reverencial”, para usar los términos de Luis González, especialmente cuando se refiere a los caudillos de la Independencia, forjadores de “aquel gran acontecimiento nacional”.

⁵⁷ “Algo sobre... Inconvenientes y ventajas de la dominación española en México”, en *ibid.*, 22 de abril de 1888, p. 230.

concertar las posiciones indigenista e hispanista y comprender los intereses enfrentados en la guerra de Independencia. Congruente con tal posición, justificó la conquista, “ese género de guerra sin ejemplo en los anales de los tiempos pasados”, aunque no por eso deja de embestir contra los excesos cometidos, “reguero de sangre” les llama, para someter al mundo indígena.

No obstante, al abordar el presente, su posición difiere notablemente, terminando, como tantos otros intelectuales de la época, por justificar el exterminio de indígenas emprendido por el gobierno en turno. Para la autora, un rencor de siglos separaba a ambas razas e impedía toda unión, y obligaba a los “*generadores de una era efectiva de progreso* [...] a concluir por necesidad la obra de matanza que nuestros antepasados europeos comenzaron por torpeza y ferocidad”.⁵⁸ Y es que, al margen de sus reflexiones teóricas, Laureana Wright terminó identificándose con las tendencias ideológicas en boga (organicismo y darwinismo social) y con su propia identidad de clase. Basten las siguientes líneas para apreciar su punto de vista al respecto:

los actuales habitantes de la moderna ciudad de México nos resistimos a creer que este puñado de infelices y abyectos indios, que debilitados e indolentes se arrastran a nuestros pies, provocando el desprecio y la compasión, y bajo el peso de su miseria y su degradación van disminuyendo por momentos, sean los descendientes de aquellas poderosas tribus que nos han descrito con brillante colorido Bernal Díaz del Castillo, Gómara y Solís.⁵⁹

Sus fuentes de información fueron variadas y consistentes, aunque en *Violetas del Anáhuac* sólo ocasionalmente hace mención explícita de las mismas. Sin embargo, como hemos visto con anterioridad, en el artículo final de la serie sobre conquista e independencia, a manera de conclusiones ofrece un interesante balance historiográfico de dos clásicos del siglo XIX: Alamán y Bustamante.⁶⁰

Distinta suerte corre su libro sobre mujeres notables en el que la escritora, dando muestras de un rigor poco común para la época, constantemente alude al origen de su información. Incluso, cuando se presenta el caso, confronta versiones distintas o señala la falta de fundamentos de determinadas narraciones o anécdotas.⁶¹ En síntesis, sus fuentes varían de acuerdo con cada uno de los perio-

⁵⁸ *Ibid.*, 18 de marzo de 1888, p. 181. Subrayado nuestro.

⁵⁹ *Ibid.*, 15 de abril de 1888, p. 218.

⁶⁰ Como ya se mencionó, para Laureana Wright ambos historiadores, impulsados por el peso de los acontecimientos analizados, se habían alejado de la objetividad obligada, para “convertirse respectivamente en campeones de la insurgencia y del realismo”, actitud con la que, al menos teóricamente, no transigía la autora. *Ibid.*, 5 de agosto de 1888, p. 409.

⁶¹ Un buen ejemplo de su objetividad es el siguiente comentario de Wright en *Mujeres notables mexicanas...*, p. 5, sobre la vida de una princesa tlaxcalteca (Luisa Xicoténcatl): “lo anterior no tiene absolutamente ningún fundamento histórico. La historia trae sólo los siguientes datos, que copiamos a continuación [...]”:

dos estudiados (prehispánico, colonial, independiente y contemporáneo), de tal forma que, a lo largo del texto, desfilan los autores más conocidos de cada etapa, desde las crónicas indígenas de la conquista hasta documentos e información hemerográfica para la más reciente, llegando en ocasiones, como antes se indicó, a echar mano de algunas entrevistas.

Su área de influencia

Pese a los prejuicios existentes, en términos generales, la comunidad intelectual de la época otorgó su reconocimiento al trabajo literario y periodístico de Laureana Wright. *El Diario del Hogar* por ejemplo, reconocía la calidad litográfica del semanario y el profesionalismo de su cuerpo de redacción, características que contrastaban con “esas publicaciones que más que esto, son una superchería con que medran las gentes que las sostienen”.⁶² Por su parte, *El Correo de las Doce* le auguraba “un porvenir muy lisonjero”, mientras que *El Monitor del Pueblo* convocaba a los poderes políticos para que colaboraran con ese “grupo simpático que avanza hacia el porvenir”.⁶³ Sin embargo, el que se mostró más entusiasta fue *La Industria de Veracruz*, como puede apreciarse en los siguientes comentarios:

Hemos tenido la satisfacción de ver el primer número de esta interesante publicación mexicana, que dirige la eminente escritora y poetisa Sra. Laureana Wright de Kleinhans, honra de la literatura nacional. Dicho primer número, tan sólo en el saludo que, con el símbolo de la paz y como muestra de la regeneración intelectual de la mujer, dirige a todas las clases sociales, a la prensa en general y a los hombres del poder y del Estado, basta para dar una muy elevada idea de la ilustración de las distinguidas redactoras de *Las Hijas del Anáhuac*.⁶⁴

Como puede observarse, la revista no se limitó a la ciudad de México sino que llegó a diversos estados de la república (Puebla, Veracruz, Guanajuato, Oaxaca, Yucatán, Hidalgo y Sonora, entre otros), y a alguna que otra localidad del extranjero, como la isla de Cuba⁶⁵ o la ciudad de Nueva Orleans, en los Estados Unidos.⁶⁶

De acuerdo con sus objetivos iniciales, *Violetas del Anáhuac* abrió sus puertas a colaboraciones externas, con lo que propició la comunicación entre mujeres de

⁶² “Dice *El Diario del Hogar*”, en *Las Hijas del Anáhuac*, México, 11 de diciembre de 1887.

⁶³ “Impresiones...”, en *ibid.*, 18 de diciembre de 1887, p. 36.

⁶⁴ *Ibid.*, 25 de diciembre, 1887 de p. 48.

⁶⁵ Hay varias referencias sobre los vínculos que hubo entre *Violetas del Anáhuac* y las lectoras cubanas: “Carta de “María Alba” al cuerpo editorial de *Violetas del Anáhuac*”, en *Violetas del Anáhuac*, 6 de mayo de 1888, pp. 257-258.

⁶⁶ Desde esta última ciudad una suscritora de origen cubano dio cuenta de su asiduidad a la prensa femenina de México, la que, según decía, había leído por espacio de 20 años: “A las *Violetas del Anáhuac*”, en *ibid.*, 11 de marzo de 1888, p. 173.

diversas regiones y fomentó su participación en actividades de carácter intelectual. Decía una nota editorial, “Mucho nos alegramos de que nuestras compatriotas adictas a la literatura, tomen como suyas las columnas de este semanario, y de nuevo las excitamos a que sigan cultivando sus nacientes dotes intelectuales”.⁶⁷

Periodismo y educación fueron sinónimos para Wright y motivo de su vida profesional, aunque las dificultades enfrentadas debieron agotarla física y moralmente. Por ejemplo, se refería a la primera de estas actividades en los siguientes términos:

El periodismo en México es una de las más penosas e ingratas tareas; y comúnmente se convierte en un sacrificio para los que a él se dedican. Sin embargo, los que se han impuesto la misión de contribuir con sus buenos deseos al adelanto de sus semejantes, ofreciéndoles el contingente de su saber, de su talento, o cuando menos de su trabajo personal, no retroceden ante las contrariedades que experimentan, y sosteniéndose una veces, desistiendo temporalmente otras, *siguen en su conjunto propagando por medio de la prensa la noble difusión de la enseñanza pública, que debe ser como en todas partes del mundo la regeneradora y moralizadora de nuestro pueblo.*⁶⁸

A los problemas naturales del oficio, entre los que no faltaron los de orden económico,⁶⁹ debió sumarse su mala salud, limitante que, al parecer, la acompañó parte de su vida, provocando en diversas ocasiones el abandono temporal de sus tareas profesionales: “Nuestra querida Directora literaria, la Sra. Doña Laureana Wright de Kleinhans, se encuentra enferma hace días y postrada en el lecho. Las fiebres intermitentes tan rebeldes como majaderas impiden a Laureanita escribir para este número”.⁷⁰

Pese a todo, sus últimos años de vida fueron bastante productivos. Hacia 1891, junto con Matilde Montoya, y la madre de esta última, Soledad L. de Montoya, fundó la escuela-asilo para obreras El Obrero: Luz y Trabajo. El objetivo inicial

⁶⁷ *Ibid.*, p. 179. Entre los nombres que aparecen con cierta frecuencia en el semanario dirigido por Wright están Dolores Mijares, directora de la Escuela Municipal núm. 1 de Parras de la Fuente; Rosa Navarro, escritora, profesora y fundadora de la primer logia masónica femenina en la ciudad de Guadalupe; Guadalupe Rubalcaba, una de las primeras suscriptoras del semanario, y colaboradora ocasional del mismo; María Coyazoro, residente de Tacubaya; Concepción Zamora, de Guadalupe Hidalgo, Asunción Merino del Río, de San Cristóbal de Las Casas y Dolores P., de León, Guanajuato.

⁶⁸ “El periodismo en México, en *ibid.*, p. 507. Cursivas en el original.

⁶⁹ Con fecha del 26 de junio del año 1888, Ignacio Pujol, editor y administrador de *Violetas del Anáhuac* solicitaba al ministro de Justicia e Instrucción Pública que ampliara para el siguiente año económico el subsidio que otorgaba a la revista, porque —decía— “los gastos excesivos no los costea la suscripción popular”, AGNM, Instrucción Pública y Bellas Artes, vol. 235, exp. 14, f. 1.

⁷⁰ “Miscelánea”, en *Violetas del Anáhuac*, México, 11 de noviembre de 1888, p. 587. En otra nota periodística se indica: “Esta apreciable e ilustre dama, redactora de nuestro periódico, continúa enferma, previniéndole los facultativos se abstenga de trabajos intelectuales y procure el cambio de temperamento”. Cfr. “Laureana Wright”, en *El Diario del Hogar*, México, 19 de diciembre de 1884, p. 4.

de dicho establecimiento fue apoyar a las obreras para que pudieran dejar a sus hijos durante la jornada laboral, Es decir, adelantándose notablemente a su tiempo, las tres mujeres se esforzaron por echar a andar una especie de guardería para madres trabajadoras. Simultáneamente, se impartirían lecciones de oficios prácticos, como corte de vestidos y ropa blanca, tejido y otras labores semejantes, con lo que las mujeres desvalidas encontrarían “un nuevo recurso en sus afanes, una ayuda en sus tareas, y un elemento más de educación [...]”.⁷¹ Otro elemento del que la escritora guerrerense echó mano para ayudar y fomentar la preparación de sus compatriotas.

Además, entre su alejamiento de la dirección literaria de *Violetas* y su fallecimiento, acaecido en septiembre de 1896, Laureana continuó con su trabajo periodístico,⁷² redondeando sus textos sobre educación —que verían la luz pública entre 1891 y 1892— y actualizando la antología de mujeres célebres, trabajo que terminó “pocos días antes de morir”.⁷³

Como ya se ha señalado,⁷⁴ ni Laureana Wright ni su “equipo” de colaboradoras lograron romper radicalmente con las simbolizaciones de género dominantes. No obstante, sus propuestas fundamentales —la reivindicación civil de la mujer, así como su transformación y emancipación por medio del estudio— colaboraron a debilitar fronteras ideológicas ancestrales y a preparar el camino por el que habrían de transitar las siguientes generaciones.

⁷¹ Laureana Wright, “El Obrador ‘Luz y Trabajo’”, en *ibid.*, 11 de octubre de 1891, pp. 1-2. Sobre Matilde Montoya: Lourdes Alvarado, “Matilde Montoya. Primera...”, pp. 70-74.

⁷² En 1891, Laureana se reintegró al cuerpo de redacción de *El Diario del Hogar*, en el que, además de alguna poesía esporádica, se concretó a analizar diversos aspectos y vicios de la educación femenina, artículos que posteriormente conformarían su libro *Educación errónea de la mujer*. Colaboró también en *El Correo de las Señoras*, donde, a partir de 1890, publicaría algunas semblanzas biográficas o artículos sobre educación femenina, como “La mujer perfecta”, 5 de junio de 1893, p. 3.

⁷³ “Los funerales de la Sra. Laureana Wrigh de Kleinhans”, en *El Diario del Hogar*, México, 25 de septiembre de 1896, p. 2.

⁷⁴ Nora Pasternac, “El periodismo femenino en el siglo XIX. *Violetas del Anáhuac*”, en Ana Rosa Domelia y Nora Pasternac (coords.), *op. cit.*, pp. 399-448.

La emancipación de la mujer por medio del estudio

Por Laureana Wright de Kleinhans

Parte primera

[3]

Desde los primeros días del mundo pesó sobre la mujer la más dolorosa, la más terrible de las maldiciones: la opresión. Y era preciso que así sucediera, pues el hombre que se ha dado el pomposo título de “Señor de todo lo creado”, no podía conformarse con subyugar a todas las demás especies vivientes; era preciso que subyugase también a la suya, que redujese un cincuenta por ciento de su raza a cero, y este cincuenta, por la razón de la fuerza, debía ser la mujer.

Luego que el hombre halló arbitrios para legar su pensamiento a la posteridad, en todas las tradiciones de los pueblos atribuye a la mujer un origen inferior o procedente del suyo. Allí tenemos sin ir más lejos dos de las más conocidas: la mitología, que dominó la civilización antigua, y la Biblia, que ha dominado la civilización moderna. La primera después de presentar a Pandora creada por los dioses de segundo orden, hace recaer sobre ella la culpa de que los males se esparcieran sobre la tierra, por haber tenido la fatal curiosidad de abrir la traidora caja que le había regalado Júpiter. La segunda da a la mujer un origen más grosero y humillante; negándole hasta la tierra, madre común de todos los productos animados o inanimados del globo; haciéndola surgir del cuerpo mismo del hombre a quien ella debía crear, cuya madre debía ser, y que sin ella no podría existir de ninguna manera en lo sucesivo.

4

Estas ideas son el primer indicio de la esclavitud a que se vería reducida la mujer, porque ellas prueban dos cosas: primera, el necio orgullo del hombre incipiente empeñándose en explicar todo lo que no sabía y en atribuirse todos los derechos que no le correspondían; y segunda, su profundo egoísmo que lo llevó

hasta el extremo de colocar a Eva, la originaria de su raza, más abajo que la oruga y el insecto. Puesto que a todas las demás especies les concedió el honor de haber sido formadas por Dios mismo y con la misma substancia prima, y sólo a la mujer reservó un tan pequeño *Hacedor*, rehusando concederle hasta el pedazo de barro de que él se creía formado, por no verse obligado a confesar la igualdad que con él la enlazaba. //

- 5 Este fin se manifiesta claramente, no obstante haber en esta tradición desde el primer momento un contrasentido notable como es el de que el hombre, que al principio se presenta *fuerte y superior*, algunas líneas adelante aparece como víctima, dominado y vencido por la *débil e inferior* Eva, quien, por curiosidad también lo mismo que Pandora, *le obliga a comer el fruto prohibido* y causa su destierro del paraíso.

Quizá desde entonces y guiado por la venganza de su derrota, el hombre comenzó a meditar las leyes que promulgaría más tarde contra la mujer, diciendo en su interior: "Tú me pagarás muy cara la pérdida de mis alas; de hoy en adelante yo me convertiré para ti en seductor y en pecado, en serpiente y en fruto, y, lo que es más, en juez y en parte, asumiendo sobre ti toda soberanía. Te arrojaré del dulce paraíso de la sociedad, del honor y de la estimación, al lóbrego mundo de la degradación y del desprecio. Tu delito de amor será el único que se podrá sentenciar por la sola declaración del cómplice y el único que jamás alcanzará rehabilitación".

- 6 Sólo que el hombre, para ser equitativo en este punto, olvidó dos circunstancias // esenciales, como son las de no haber sido Eva la que juzgó y condenó después de haberle seducido, y la de que Dios al sentenciarle tuvo en cuenta que en aquella ocasión él había sido el *frágil*, lo cual atenuaba su delito, siendo por esto sin duda por lo que le impuso la menor pena. Pues no puede negarse que en aquel juicio, fuera de la sentencia común de la muerte, el hombre fue el mejor librado, puesto que ha hallado con el transcurso del tiempo la manera de eludir su sentencia, comiendo en muchas ocasiones el pan *sin regarlo con el sudor de su rostro*. Mientras que la mujer, además de llevar a medias esta pena común a la especie, jamás podrá eludir la de la maternidad, y la serpiente jamás volverá a tener el orgullo de caminar de pie, como parece que acostumbraba hacerlo en aquel entonces.

- A partir de las primeras épocas, las disposiciones y costumbres más arbitrarias y más inicuas fueron establecidas acerca de la mujer. En unas partes se la condenó, como Arabia y Tartaria, a ser enterrada entre las arenas del desierto en el acto de nacer, para evitar los gastos que erogase su manutención; en otras, a ser quemada viva con el cadáver de su marido para que // la propiedad no sobreviviese al propietario; en otras a ser vendida al hombre que quería poseerla; en otras a ser ignominiosamente arrojada del hogar conyugal, si no tenía sucesión, y en otras a ser cruelmente matada, si faltaba a los deberes que le prescribía un

honor que se le imponía, pero que no se le daba; que se le hacía acatar pero no se le hacía comprender, y el cual siendo un resultante de la dignidad, mal podía guardarlo quien carecía de esta cualidad, por haberse acostumbrado al envilecimiento que le marcaban el desprecio y la tiranía. Por lo demás, esta aberración ha sobrevivido en su mayor parte hasta nuestros días, y el marido sigue exigiendo la estimación y la custodia de su honor a la *mujer-instrumento* a la *mujer-autómata*, a la pobre ignorante a quien no ha enseñado ni la estimación de sí misma.

Al buscar algo que tenga visos de explicación en estas criminales anomalías, encontramos que la dominación del hombre sobre los otros animales tiene, si no una razón, un motivo de ser que es la reconocida diferencia que existe entre él y ellos, y puede llamarse superioridad. La dominación del hombre sobre el hombre tiene, a pesar de la injusticia y la iniquidad que la hacen repugnante, algo atrevido porque hay en ella una lucha que emprender y una victoria que ganar, y puede llamarse la ley del más fuerte. La dominación del hombre sobre la mujer no tiene razón ni motivo de ser, pues no hay diferencia moral ni intelectual entre ambos, ni tiene nombre, porque no puede llamarse superioridad a la usurpación de los derechos naturales, ni ley de la fuerza a la tiranía ejercida sobre un ser que nunca ha luchado, que nunca se ha defendido, y al que no se le ha permitido ni conocer siquiera las aptitudes de que se halla dotado. 8

La mujer, hundida siempre en el obscurantismo, no ha hecho más que seguir dócil y obediente la senda que le ha trazado el hombre, y marchar de humillación en humillación por el triste camino de la obediencia, vendida unas veces, comprada otras, sierva las más, y sacrificada siempre, según el carácter de las diversas épocas porque han ido atravesando los pueblos. En Roma ha sido sucesivamente el mueble que se traspasa, el ornato de la bacanal y el holocausto del fanatismo; en España fue al mismo tiempo reina de ornato en la justa y esclava en el hogar; en // Arabia prisionera del placer, y en Turquía la mansa oveja destinada a llenar los serrallos de los sultanes, sin que en nada haya cambiado aún su suerte en los tiempos presentes. 9

Si la mujer se halla plagada de defectos capitales, de todos ellos es responsable el hombre, porque habiéndola tenido constantemente bajo su tutela y dirección, él ha asumido la responsabilidad de sus actos y es a él a quien ha correspondido en todas ocasiones hacerla producir los útiles resultados de que es susceptible, y a los cuales la predisponen ya la dulzura peculiar de su carácter, ya su exquisita sensibilidad, ya su abnegación y natural tendencia al bien, casi en su totalidad. Pues si bien es cierto que hay como en todo conjunto, mujeres que se embajecen [*sic*], que caen y se degradan, si bien se examina, son pocas las que por mera inclinación delinquen, y forma relativamente una excepción muy pequeña en la generalidad de su sexo.

El hombre de los tiempos pasados jamás quiso comprender que elevando a la mujer se creaba una compañera digna, y en lugar de mejorar su condición a

- medida que los horizontes del adelanto y de la ciencia se fueron ensanchando para él; en // lugar de llevarla a su lado como su compañera natural en todas las ascensiones de su espíritu, en todos los adelantos de la inteligencia; en lugar de tenderle la mano diciéndole: “Tú eres un ser igual a mí; tú has debido nacer en la tierra como yo; tú eres mi madre protectora y cariñosa, mi dulce hermana, mi amante fiel, mi obediente hija, ven conmigo; el mundo es nuestro, compartamos su dominio”; el hombre le dijo solamente: “Tú has nacido de mí, me debes el ser, yo soy tu superior y tu deber es someterte siempre a mi voluntad. Te prohíbo tomar parte en todas las empresas del genio, porque tú no puedes entrar en este terreno; porque tu pensamiento es limitado, porque tu cerebro está conformado de otra manera que el mío. Tú sólo sirves para atender a mis necesidades materiales; para cuidar de mi hogar, hacer calceta, prevenir todos mis deseos y complacer todos mis gustos: ésta es tu misión. Te doy mi protección como padre, pero no te sacaré de la esfera que debes ocupar; te doy mi respeto como hijo, pero al salir de las aulas ya no escucharé tu opinión ni tu juicio, porque tú no sabrás nada de lo que yo habré aprendido; por último, te doy mi mano y mi nombre //
- 11 como esposo, pero en cambio tú debes darme cuanto tienes y cuanto eres: tu salud, tu vida, tu inteligencia y tu libertad. Yo quedo libre y tú encadenada para siempre, pues las faltas que yo cometa no me deshonrarán, y en ti la primera falta será el último crimen. Esto me ha enseñado mi ciencia anatómica, esto han dictado mis leyes, y tú no tienes más arbitrio que someterte a mi infalible fallo.”

Tal fue el destino que el hombre marcó a la mujer en los países civilizados, donde el progreso le concedió al menos la gracia de cambiar la cadena material que sujetaba su cuerpo, por la cadena moral que debía sujetar su alma.

- En vano la elocuente voz del saber, del talento y de la conciencia han insinuado la plenitud de los derechos de la mujer, en vano Michelet¹ la ha defendido contra la iniquidad, dedicándole los más hermosos destellos de su genio; en vano Girardin² la ha declarado “la igual a su marido y la dueña de sus hijos”; en vano Pelletán³ la ha proclamado “la mujer ciudadana”; en vano el hombre humanitario, el hombre ilustrado y el hombre demócrata han protestado contra este abuso
- 12 de la fuerza y del egoísmo. Todo ha sido inútil. El *hom / bre vulgo* no ha querido oír, porque sabe que la libertad de la mujer será el límite de su libertinaje y de su tiranía, y es por esto por lo que la ha acusado sin delito, la ha juzgado sin proceso y la ha condenado sin apelación, negándole las facultades que la naturaleza le ha concedido, y declarándola parte puramente pasiva en la especie humana.

¹ Jules Michelet (1798-1874) uno de los principales historiadores románticos de Francia.

² Émile de Girardin (1806-1881), periodista y político francés, conocido como *El Napoleón de la Prensa*, por haber publicado periódicos exitosos y de enorme circulación.

³ Probablemente Charles Camille Pelletan (1846-1915), político y periodista francés, notable defensor de la república y ministro de Marina, trabajo que perdió por sus posturas radicales.

La única preponderancia que el hombre efectivamente posee sobre la mujer es la física, y aun ésta suele más bien ser efecto del género de vida que sigue, que efecto de su propia conformación, puesto que al nacer no es menos grande ni menos fuerte que el hombre. Cuando los músculos de la mujer han sido sometidos a idénticos tratamientos, han igualado en fuerza a los del hombre; y para corroborar nuestro dicho, no necesitamos remontarnos a los pueblos primitivos ni a los pueblos bárbaros, donde la mujer compartía y comparte aún con el hombre todas las rudas faenas del trabajo y de la guerra. Sin apelar a estas pruebas, allí tenemos a la mujer del pueblo, a la gimnasta y a la campesina de nuestros días que ejecutan trabajos que requieren una fuerza física igual a la del hombre, sin contar con que en la mujer la abnegación // suple a la fuerza en todas las vicisitudes de la vida.

13

Mas a pesar de esta comprobada y comprobable verdad, la mujer ha cedido y cede gustosa al hombre este privilegio que ni le ha disputado ni tratará de disputarle jamás. Porque ella, que es naturalmente apreciadora de lo delicado y de lo bello y posee por innata intuición el instinto de agradar, sabe perfectamente que la rudeza de la fuerza no le sienta bien, como no sentaría bien el tallo del arbusto a la azucena, y sabe también que su principal atractivo es su debilidad.

Por este lado podéis estar tranquilos, vosotros los que, temiendo perder algo de vuestro poderío, atacáis con el ridículo la emancipación de la mujer. Ella no os desalojará de los buques de guerra, perded cuidado, no la veréis nunca calarse el yelmo del conquistador, ni las botas de campaña de Federico el Grande.⁴ Ella tomará más bien por modelo a Venus que a Hércules. No es este lado material de vuestro trono el que ella anhela escalar; es el otro, el más alto, el más difícil quizá, pero el más bello, el más poético, el más sublime y el que más concuerda con sus tendencias. Es decir, el lado intelectual, cuyo pa//so no podréis interceptarle el día en que ella comprenda que le corresponde de derecho y que debe sentarse con vosotros en ese trono.

14

La mujer, como antes hemos dicho, ha sido reducida a cero en la gran aritmética del mundo y en la gran familia de la humanidad, y los motivos que para esto se han tomado o por mejor decir, las disculpas que después de haberla anulado y declarado *incapaz*, se han interpuesto, son su menor tamaño y la diferencia que algunos sabios, de los que buscan las aptitudes de la vida en los despojos de la muerte, han creído hallar en su masa cerebral comparada con la del hombre. Respecto de lo primero, creemos poder asegurar, sin temor de equivocarnos, y tomando por apoyo la experiencia de la historia, que la inteligencia no consiste en la talla individual, porque si ésta se midiese por las dimensiones del cuerpo, San-

⁴ Federico II, el Grande (1712-1786), rey de Prusia, sus métodos modernos de administración y su gusto por las artes (fue autor de *El antimaquiavelo* y llevó a su corte, entre otros, a Voltaire) lo convierten en la quintaesencia del déspota ilustrado.

- són debería haber poseído el mayor talento del Universo y, muy al contrario, según nos cuenta la Biblia, si asombró por su estatura, no brilló por su genio, y los honores del triunfo, aunque de mala ley, fueron concedidos a Dalila, que debe haber tenido, de seguro, muchas pulgadas de altura menos que él. Respec//to de lo segundo, diremos que no conociendo de la anatomía sino el nombre, y guiándonos únicamente por el raciocinio, creemos que estos dos seres que forman una sola especie, que poseen los mismos instintos, las mismas aspiraciones, idénticas funciones e idénticos destinos, y que son complementos el uno del otro, son iguales moral e intelectualmente, sin que puedan desvirtuar en manera alguna esta igualdad las pequeñas diferencias físicas que les distinguen y que son comunes a todas las especies, entre las cuales no existe más desigualdad que la del sexo. Fuera de esta particularidad que separa un género del otro, ningún naturalista ha encontrado jamás que el masculino posea un grado más de inteligencia que el femenino. Ésta siempre se revela a la misma altura en ambos géneros; y aun siguiendo la escala descendente de la naturaleza hasta los seres de más notoria inferioridad, llegando hasta los productos del reino vegetal, el botánico podrá señalar las diferencias que distinguen a la *flor hembra* de la *flor macho*. Pero nunca podrá manifestar que el perfume, que es la emanación del vegetal, como la inteligencia es la emanación del animal, es superior o inferior en una de // ellas. Sólo al anatómico estaba reservado hallar tal diferencia entre el hombre y la mujer; por lo cual nos es permitido dudar, primero, de su existencia, y luego de su significado. Pues como la capacidad intelectual femenina hasta hoy no ha sido experimentada en ninguna de las materias que se le han impedido cursar; como jamás se ha preguntado a la mujer si se siente capaz de seguir el mismo camino científico que el hombre, y como a pesar de todo esto, cuando ella por excepción, sola y sin estímulo ni apoyo alguno, ha dado algunos pasos fuera del límite común que le había prefijado la sujeción rutinaria de la opresión y la costumbre, ha no sólo igualado sino a veces superado al hombre. Podría suceder muy bien que esta diferencia denotase superioridad, y que llegase un día en que el hombre que ha visto hasta ahora la idea de la emancipación de la mujer como una loca y ridícula utopía, el hombre que se ha concretado únicamente a estudiar en el cerebro inerte el lugar que ocupó la inteligencia, tenga que confesar, examinando con el escalpelo de la imparcialidad la inteligencia [*sic*] viviente, no sólo la igualdad sino la supremacía intelectual de la mujer.//

- 17 No por esto nos atrevemos a suponer que ésta llegue a presentar un tipo de rara perfección; pues si la creemos dotada con todas las cualidades del hombre, debemos creer que adolece también de todos sus defectos. Y quizá esta ilusión de superioridad nos haya sido sugerida por el hombre mismo, cuando habiéndose constituido en regulador de todos los actos de la mujer, ha asumido la responsabilidad de sus errores, dejándole el realce del mérito particular en las grandes

obras que ella por sí sola y sublevándose contra la oposición masculina ha ejecutado. Por lo demás la naturaleza a su vez parece haberla juzgado así, puesto que le ha encomendado el empleo más arduo y más grandioso sobre la tierra, el de creadora y madre del género humano, cada uno de cuyos seres significa un conjunto de sacrificios suyos, y lleva en su frente el innegable bautismo de sus lágrimas y la eterna protección de sus cuidados.

La mujer, no obstante las trabas que se le han impuesto, ha figurado a veces por su propio esfuerzo al lado del hombre, y ha llenado gloriosamente la lista de sus grandezas bajo todas las facetas de las sociedades, de las costumbres, de las religio//nes, etc. Su nomenclatura no es desconocida en la historia, a pesar de la total carencia de elementos instructivos a que se ha visto reducida desde sus primeros días. En todas las épocas y en todas las manifestaciones de sublimidad intelectual y moral, la mujer se encuentra representada por Séfora, Veturia, Santa Mónica⁵ y tantas otras que sería largo enumerar, y que aun en medio de los odios políticos y religiosos se hicieron admirar, tanto entre los diversos bandos guerreros de la edad media, como entre las diversas sectas del paganismo y el cristianismo.

Los colegios, las universidades, los seminarios, las academias, todos los templos, en fin, donde se ha levantado un altar a la ciencia o un pedestal al arte, han estado siempre cerrados para la mujer, que nunca ha llegado a pisar los dinteles de una Sorbona. Y sin embargo, de esa masa inculta y oprimida, relegada a los oscuros rincones del hogar y a las austeras prisiones del convento, la mujer se ha levantado reflejando luminosas siluetas, como el astro que en noche tempestuosa logra brillar un momento entre la densa oscuridad del cielo.

Allí donde la ley sálica no le ha impe//dido empuñar el cetro, que según las instituciones por herencia le correspondiera, ella ha sabido presentarse al mundo demostrándole que no son incompatibles en su ser la belleza y el genio, la dulzura y la energía, la virtud y la decisión. Ella ha sabido manifestarse grande y sabia, ya salvando a la patria en Juana de Arco, ya gobernando con acierto y cordura bajo el respetado nombre de María Teresa de Austria,⁶ ya subiendo al cadalso con la entereza del héroe representada por María Antonieta y Juana Roland,⁷ ya empu-

⁵ Séfora o Zipora, según la Biblia (Éxodo 2: 21-22, 4:25 y 18:26), fue hija de un sacerdote midianita, esposa de Moisés y madre de sus dos hijos. Veturia fue, según Tito Livio, la personificación de las virtudes femeninas romanas: alrededor del año 488 a. C. impidió que su hijo Coriolano (Greco Maricio), al frente de un ejército volusco, destruyera Roma. Santa Mónica, nacida en Tagaste, en África del Norte (332-387), es famosa por haber sido la madre de san Agustín y por haber conseguido la conversión de éste mediante la piedad y la devoción.

⁶ (1638-1683) reina de Francia de 1660 a 1683.

⁷ Jeanne Manon Philipon (conocida simplemente como madame Roland [1754-1793]), su gran ambición y sus contactos políticos (así como su extrema cultura y su inteligencia) la llevaron, junto con su esposo, Jean Marie Roland de la Platière, a convertirse en figura prominente del movimiento girondino y de la Revolución Francesa. Tras su caída, fue llevada a la guillotina, donde proclamó "¡Oh, libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!".

ñando la espada de la autonomía nacional bajo el modesto manto de doña Isabel la Católica, quien venció con ella las dos terribles hidras de la guerra civil y la dominación extranjera, que sus antecesores teniendo mayores elementos no habían podido vencer; quien impartió a las letras y a las artes una protección que tanto se había descuidado, y por último, quien tendió su mano al genio para ayudarle a pasar la inmensa barrera de la preocupación y la ignorancia que le separaba de un mundo que ella no concebía, cuyas probabilidades de existencia nadie le había enseñado, pero que no obstante, con su natural penetración adivinaba.//

20 Allí donde, a través del obscurantismo y la reclusión, un vislumbre de arte ha penetrado, el alma de la mujer, ávida de adelanto, le ha recogido para devolverlo luego convertido en los melodiosos versos de Sapho, Santa Teresa de Jesús y Sor Juana Inés de la Cruz. Allí, en fin, donde el hombre, no pudiendo obrar solo, ha asociado a la mujer en sus empresas artísticas, ésta ha correspondido a sus esperanzas, y en el canto, en la música, en la dramaturgia, ha logrado producir verdaderas notabilidades que han contribuido al desarrollo de todos los ramos en que ha tomado parte.

Ahora bien, ¿por qué el hombre que con tan buen éxito ha introducido a la mujer en los coliseos y en los conservatorios de música, no la ha introducido también en todas las demás escuelas de instrucción? ¿Sólo para estos ramos ha encontrado aptitudes en ella? ¿La que ha penetrado en los templos de Talía, Melpómene y Euterpe⁸ y ha recogido los laureles del triunfo, es indigna de penetrar en los demás templos del saber? Creemos que no. Entonces, ¿por qué esa detención; por qué ese inexplicable *hasta aquí* que ha parado las alas de su inteligencia // al tender su vuelo hacia la verdadera vida, que es el pensamiento; hacia la verdadera grandeza, que es el infinito? Porque el hombre no ha llamado a la mujer a su lado sino cuando la necesita para su propio engrandecimiento; porque Roscio⁹ solo no valía nada sobre la escena, no podía representar las tiernas emociones del amor sin que estuviese a su lado la hermosa que le enamoraba, ni los terribles sufrimientos de los celos sin presentar, a su vez, la ingrata fementida; porque Weber y Mozart, al convertir en armoniosas notas la voz de la humanidad, no podían dejarla incompleta y era preciso que hicieran responder al varonil acento del hombre el suspiro tenue y melancólico de la mujer. He aquí por qué en estos dos ramos del arte, el hombre dio participio en su adelanto y asoció a su gloria a la mujer. Mientras que en la estatuaria, la pintura, la literatura, la química, la física, la astronomía, la geología y todas las artes y las ciencias en que podía pasarse sin ella, no la llamó, porque no quería cederle una parte de sus descubri-

⁸ Las musas de la comedia, la tragedia y la música, respectivamente.

⁹ El más grande actor de la época romana, vivió en el tiempo de Cicerón (106-43 a.C.) y fue notorio por representar gestualmente las palabras de este último.

mientos ni un laurel de su corona, y porque además, abusando del privilegio del exclusivismo y del monopolio, tenía derecho a usar de su cooperación material, // sin necesidad de hacerla partícipe de sus triunfos.

22

Por ejemplo, Fidias traspasó al mármol sus bellas formas, sin cederle nunca el cincel; Miguel Ángel y Rafael tomaron su sonrisa, su mirada, su cabellera, para ornar con ellas los semblantes de sus vírgenes, sin poner jamás entre sus manos el pincel intérprete del genio. Ariosto, Dante y Petrarca, pudieron cantar las esperanzas, los ensueños y los idilios que ella les inspiraba a cada paso, sin creerse por esto obligados a prestarle su lira para que ella cantase los suyos. Hipócrates y Galeno examinaron en ella el organismo femenino y no tuvieron por conveniente darle cuenta de su examen, así como el químico, el físico, el astrónomo y el geólogo no tuvieron motivo para introducirla en el santuario de su saber, porque para ser grandes en la ciencia no necesitaban de su auxilio y podían bastarse a sí mismos. Verdad es que la mujer tampoco necesitaba saber nada de esto, para desempeñar el papel de ama de cría y doncella de labor que tuvo a bien designarle el hombre.

¡Pobre mujer! Para ti hasta estos momentos, en que comienza a iniciarse tu reacción, el mundo no ha avanzado. A ti // no se te ha enseñado, para que lo resguardes mejor, cómo está formado tu cuerpo ni qué substancias son nocivas o benéficas a tu naturaleza. Aislada intelectualmente del hombre tu mentor, sólo te ha sido permitido buscar la clave de tus sufrimientos en el triste libro de tu dolorosa y solitaria experiencia. A ti no se te ha concedido saber de qué se compone el aire que respiras, qué significa el cielo que te cubre; cuáles son las propiedades del globo que habitas; ni cuáles las leyes que rigen la sociedad en que vives. A ti no se te ha permitido nutrir tu alma, como ninguna combatida, con la savia potente de la instrucción que fortalece y sostiene; alimentar las largas veladas de tus cuidados maternos con el estudio de los fenómenos naturales que pudieran dar explicación a tus excepcionales situaciones, ni entretener las penosas vigiliás de tu enfermedad con la contemplación grandiosa de lo infinito, que levantando el espíritu de la prosa de la materia, lo hace flotar, purificado y risueño, por los azules espacios sidéreos. No, tú no has podido gozar con estos placeres espirituales, porque tu deber ha sido ignorar hasta los más elementales conocimientos del mundo exterior, ya sean // físicos, filosóficos o astronómicos, y no has podido clasificar ni el rayo de luna que penetra por la estrecha ventana de tu alcoba. A ti, en fin, a quien los tiempos pasados relegaron a la más crasa ignorancia, no te ha quedado más campo de expansión que la frivolidad y la ligereza, ni más deber reconocido que la sujeción absoluta y la automática docilidad; ni más mundo que tus afecciones íntimas, circunscritas al laborioso circuito del hogar doméstico, donde se te ha dejado la libertad del corazón para sentir, pero no la libertad de la inteligencia para pensar.

23

24

Y lo más particular es, que a la vez que se ha educado a la mujer lejos del mundo externo, ajena a las costumbres y tendencias de la sociedad en que mora, se le ha exigido que evite y prevenga el mal sin conocerlo, al mismo tiempo que se le ha impelido a él con todos los arbitrios de la seducción.

25 Acechada y perseguida paloma al ocultarse bajo el manto de Lucrecia;¹⁰ vil y repugnante creatura al vestir el *peplum* de Mesalina;¹¹ despreciada y nunca creída penitente al derramar sus ojos las lágrimas de Magdalena, para ella no ha existido una protección efectiva. La fuerza la ha // subyugado, el abandono intelectual ha aniquilado su potencia pensadora, la sumisión ha embotado su energía moral y las leyes la han desamparado en su debilidad.

26 Para la mujer no ha habido fueros, privilegios, ni derechos; en vez de alimento y estímulo, sólo ha encontrado imposibilidad, menosprecio y oposición, sin que haya para ello el menor motivo que alegar; pues si recorremos su pasado la hallaremos digna y capaz en muchas circunstancias de las que ha recorrido en su anómala existencia. Se le ha negado el voto civil, el derecho de ciudadanía que como a miembro activo de la sociedad le corresponde en cualquiera nación civilizada, declarándola inepta, indiferente y pusilánime, sin recordar que en Granada ella ayudó al hombre a defender las conquistas de sus mayores, y disputó a los Ponce y a los Córdova la posesión de Loja y Alhama; que en Zaragoza empuñó la mecha del cañón y defendió ante el enemigo extranjero la autonomía nacional; que en Francia sostuvo la independencia, tanto ante las terríficas cohortes de Julio César, como ante los aguerridos ejércitos de Inglaterra, y que subió sonriendo a la hoguera que la esperaba por premio de su valor. Que ella lo // mismo que el hombre fue arrojada a las fieras en los circos romanos por sostener las nascentes ideas del cristianismo; que ella cuando el hambre y la miseria aquejaban al pueblo, fue la primera que arrojando las fatigas del camino y llevando a sus hijos en sus brazos, marchó sobre las Tullerías pidiendo a Luis XVI trabajo y pan; que ella también presentó su pecho a la metralla en las batallas de Jemappes y de Valmy,¹² y aunque injuriada con el epíteto de "calcetera de Robespierre",¹³ y destituida de

¹⁰ Después de ser violada por Tarquino Sexto, esta mujer romana se suicidó en aras de su honor, hecho que precipitó el fin de la monarquía en Roma (509 a.C.).

¹¹ Valeria Mesalina (25-48 d.C.), célebre por su extraordinaria belleza y por su total carencia de escrúpulos, con sólo 16 años desposó al emperador romano Claudio. Sus excesos en crueldad y sus desenfrenos sexuales ocasionaron que el emperador —a pesar de amarla profundamente— tuviera que liquidarla. El *peplum* es un vestido de origen griego.

¹² La primera tuvo lugar en Bélgica (6 de noviembre de 1792), cuando el ejército francés atacó al austriaco; gracias a su número superior las fuerzas del general Dumouvier derrotaron a los 13 mil austriacos, los cuales sufrieron 1 500 pérdidas; tras esta victoria, los franceses capturaron Bruselas. La segunda consistió en la aplastante derrota del ejército prusiano a manos del francés (20 de septiembre de 1792) la cual consolidó el poder del nuevo gobierno revolucionario.

¹³ Puesto que los tribunales de la Revolución Francesa estaban obligados a legitimar sus decisiones mediante el voto popular, pagaban la asistencia a sus sesiones a mujeres de muy baja extracción (las

sus prerrogativas civiles, llevó su contingente de ideas a la Asamblea Nacional y su contingente de sangre a la plaza de la Gréve.¹⁴ Que ella, siempre sin autorización y a pesar suyo, ha seguido al hombre en todos los peligros, se ha presentado junto a él en los campamentos como ángel salvador, ya bajo el hábito de hermana de San Vicente de Paul,¹⁵ ya simplemente bajo el augusto velo de madre, de esposa o de hija, y entre el humo del combate le ha levantado del campo de la muerte, ha restañado su sangre y le ha devuelto a la vida cubriéndole de lágrimas y caricias. Que ella, en fin, ha marchado siempre tras él, y muchas veces delante de él, sacrificándose por su amor, por sus intereses, por sus derechos, por sus creencias y hasta por sus errores y sus fanatismos, puesto que en los martirologios de cada religión aparece su hombre al lado del suyo en todas las épocas. Esto es lo que la mujer ha hecho en las convulsiones políticas de los pueblos, no por excepción sino en masa, y comprobado por las páginas fehacientes de la Historia. 27

En el estado civil, el hombre ha desheredado a la mujer del derecho natural de pensar y de obrar que tiene todo ser racional, vedándole la entrada en todas las carreras intelectuales; convirtiéndola de persona en cosa, de entidad en nulidad; quitándole todo arbitrio para atender directa y particularmente a sus necesidades de subsistencia, negándole la igualdad concedida por la naturaleza, y relegándola ante la sociedad, como padre, esposo y hermano, al papel de sierva y protegida suya. Para esto la ha acusado de incapacidad intelectual y de debilidad moral, y otra vez ha faltado a la verdad, porque ella es la que ha desempeñado en la gran familia humana el oficio más difícil; ella es la que ha llevado sobre sus hombros las más pesadas cargas; ella es la que ha asumido la responsabilidad de los resultados sin tener la dirección de los hechos; por // que ella ha sido la encargada de resolver los más intrincados problemas del haber insuficiente del hogar doméstico, la economista de la hacienda, la directora de la vida común; porque además de soportarlas, ha enmendado las faltas masculinas, y cuando el caso ha llegado, ha sabido cumplir con los deberes propios y ajenos, sosteniendo el domicilio conyugal de donde él ha huido, alimentando al hijo que él ha abandonado, con el miserable pan del ímprobo trabajo manual, de la mendicidad o la prostitución, únicos tristes medios que se han dejado a su alcance. 28

En la familia, lo mismo que en la nación y que en la sociedad, el hombre que ostensiblemente ha cumplido con sus deberes, interiormente ha sometido a la

cuales estaban autorizadas a tejer durante las mismas, de ahí su nombre: *tricottenses*), para que aprobaran sin chistar, y sin entender, cuanto decreto les pusieran enfrente —entre éstos varias miles de sentencias de muerte—. Además, solían acompañar a los condenados y presenciar las ejecuciones mientras tejían. Su apasionamiento les valió el mote de “Les furies de la guillotine”. Charles Dickens las retrató en *Historia de dos ciudades*.

¹⁴ En este sitio de París (la actual place de l' Hotel de Ville) se ejecutaron las primeras víctimas de la Revolución Francesa: el alcalde de la Bastilla, Launay, y el último preboste de París, Flesselles.

¹⁵ Sacerdote francés (1581-1660) que creó a los lazaristas y, con santa Luisa de Marillac, a las Hijas de la Caridad.

mujer a la misma supuesta inferioridad, privándola hasta de los derechos íntimos que le concede el privilegio de la maternidad. Allí la ha convertido de señora en sirviente, de compañera en tutoreada, de madre en niñera; se ha abrogado sobre los seres que ella forma a costa de su salud y que alimenta con su sangre, todos los privilegios que no le corresponden; le ha negado la dulce recompensa de dar su nombre a los que da su vida, y el noble orgullo de diri//gir por sí misma y libremente a la familia que ella produce, proclamándose su protector y su sostén, cuando la mayor parte de las veces no ha sido sino su tirano y su dueño.

Para erigirse en árbitro soberano del hogar, el hombre ha alegado contra la mujer los motivos de siempre: *debilidad física e incompetencia de criterio y de juicio*, y en esto como en lo demás, ha faltado también a la verdad, porque al tomar la supremacía la ha despojado de sus derechos sin disminuir en nada sus deberes; de lo que ha resultado que, físicamente, ella ha tenido que resistir a un trabajo más minucioso, más continuo y más penoso que él. Sus faenas no terminan nunca y su decantada *debilidad* se ha connaturalizado con la vigilia, con el ayuno y con todos los padecimientos inherentes a su naturaleza y a su heroica misión. Ella, la débil, ha pasado la vida inclinada sobre la cuna de las generaciones, y a pesar de la flaqueza de sus fuerzas, ha velado sin quejarse ni cansarse nunca, al pie del lecho del hijo o del esposo enfermo; mientras él la entrega a mercenarios cuidados cuando la falta de salud la postra; porque él, el fuerte y el superior, no puede ocuparse en esas *pe/ / queñeces*, en esas *frivolidades*, que son las grandezas y las cuestiones profundas reservadas a la mujer.

En la parte moral, mientras él ha hecho alarde de su fuerza corpórea, ella, la apocada, la *pobre de espíritu*, le ha probado a cada paso la fortaleza de su alma; mientras él, ilustrado y sabio, ha hecho gala de su buen criterio y sano juicio, ella le ha probado, sin más filosofía que la que lleva en el corazón, que él no sabe amar, sentir y sufrir como ella.

En cuanto a la constancia y la honradez en el cumplimiento de los mutuos deberes, la mujer ha sido la que, en gran mayoría, ha tenido que apelar a los tribunales, exigiendo al hombre el cumplimiento de los suyos hacia sus propios hijos, deberes que ella, casi sin excepción, cumple con la más espontánea voluntad, y hallando en ellos la más grata satisfacción, por dolorosos que sean.

Las inclusas,¹⁶ si bien se examina este punto, no han sido fundadas para recoger a las víctimas de la indolencia femenina, sino a las víctimas de la ingratitude y la desmoralización masculinas. Siendo la mujer la primera de ellas, al hallarse obligada por el abandono del seductor, la deses//peración, la impotencia, la miseria y el estigma social de la deshonor, que ella sola reporta, a recurrir, para allanar su situación u ocultar su falta, a esos hospicios de la caridad pública, tristes invernaderos del alma, donde el amor criminal y perjuró, impele al amor desgra-

¹⁶ Casas donde se recogían y criaban los niños expósitos.

ciado a esconder los más divinos rayos de su felicidad, y los más puros sentimientos de su alma.

Las faltas de la mujer en todos sentidos, pero en éste más que en alguno otro, no han sido siempre sino una consecuencia forzosa de las del hombre. Jamás se ha sabido que éste haya tenido que reclamar a la esposa o a la amante el abandono de un hijo, si él no los ha abandonado a ambos, colocando a la mujer, por medio del hambre y la vergüenza, en la terrible situación de aquella madre que en el juicio proverbial de Salomón, cedió su hijo, para salvarle la vida, a la impostora que lo reclamaba.

Los seres infelices que crecen en la inclusa, son aquellos a quienes el hombre ha negado oficialmente su paternidad y su nombre en una partida de bautismo, aquellos a quienes fría y calculadamente han declarado sus leyes *bastardos* o *hijos naturales*. Y cada uno de ellos significa una // tragedia materna, una existencia 32 femenina agostada en su primavera, un corazón muerto, un raudal de lágrimas que sólo llegará a extinguirse con la conclusión de la vida.

Y aún así, si se hiciese el cómputo de las mujeres que han vivido y viven abandonadas por el hombre responsable de su suerte, se vería que son muy pocas las que apelan a este terrible recurso. Se vería que las nueve décimas partes de las mujeres burladas, arrostran el deshonor, el descrédito, el desprecio, la indigencia y todo el cúmulo de miserias que en tales casos se ceban en la mujer que ha sido víctima del engaño y la felonía, antes que separarse de los seres que desde el momento en que nacen anulan su personalidad, convirtiéndose en el único y solo objeto de su vida.

Por este amor inmenso, infinito, supremo y peculiar sólo a las madres, es por lo que casi siempre ha sido el hombre, y nunca la mujer, quien ha faltado a las uniones por hecho o por derecho contraídas. Ella ha sido constantemente la víctima expiatoria de las comunes faltas, la responsable de ajenos actos y la que ha reportado las consecuencias fatales de todos los extravíos // a que se la ha 33 predispuerto por su falta de educación, a que se la ha inducido por la seducción y el predominio moral y físico, y a que se la ha arrojado impunemente, prevaliéndose de la poca protección que las sociedades le han concedido.

No ha sido mucho más satisfactorio ni placentero el estado íntimo y social de la mujer *feliz*, es decir, de la mujer que ha tenido la fortuna de no caer en las deshonras amorosas, únicas de que hasta ahora se la puede acusar. No ha sido mucho más feliz el destino de la hija o de la esposa que han tenido la fortuna de no perder la tutela de un jefe obligatorio, pues sólo han obtenido la tranquilidad y el aseguramiento de la subsistencia a costa de la sumisión, del vasallaje y de la total abdicación de su libre albedrío y su inteligencia. Para la mujer, lo repetimos, no ha habido costumbres, administración, religiones ni moral propias. Los pocos destellos de luz que hasta su apartado retiro han penetrado, han llegado a sus ojos

de segunda mano y opacados por la constante interposición de la voluntad masculina, opositora de la suya. Ella se ha visto reducida a dos obscuridades: la natural de las épocas porque ha ido atravesando y la impuesta por el // hombre para retenerla en una esfera de relativa degradación.

Tal es la biografía general de la mujer en la historia, y tal el resumen de los hechos que denotan en ella la docilidad, la abnegación y, si se quiere, la sumisión de la ignorancia, pero nunca la inferioridad intelectual, que el pasado lleno de sombras, errores e iniquidades, ha venido acumulando sobre su destino, como último baluarte de una tiranía que al soplo de la razón y la justicia, tiene que desaparecer de la faz de la tierra, como uno de los postreros sonrojos de la humanidad.//

[35] *Parte segunda*

De todas las imposiciones antiguas, de todas las esclavitudes y de todas las leyes que la han oprimido en las eras pasadas, quedan sólo a la mujer en las presentes, con los vestigios de su anterior abyección, las tristes costumbres del menosprecio de sí misma, la indiferencia y la resignación de la servidumbre. Conforme, en apariencia, con su suerte, sufre y calla en general ante las duras exigencias de la sociedad y la familia, como calló antes ante las rudas crueldades del cautiverio, el claustro y el verdugo. Lo que antes se la imponía por fuerza, ahora lo ejecuta ella por rutina y de esto también el culpable es el hombre, pues si las sociedades modernas, después de haber declarado a la mujer débil de cuerpo y alma e incapacitada para cuidar de sí misma y de sus asuntos; después de cerrarle todos los caminos de que para arbitrase la subsistencia y la seguridad personal dispone el hombre, y después de haber concedido libertad, privilegios y derechos sólo al hombre, fuesen al menos justas y equitativas // con ella, habrían decretado leyes que como a débil e inerme la amparasen. Y ya que nunca debe pasar en todos sus estados, de ser una niña grande que no puede vivir sin el apoyo masculino, habrían desplegado toda la severidad de esas leyes contra el seductor y el perjuro que abusase de su candor; contra el padre desnaturalizado que retirase su protección a sus hijas antes de casarlas, y contra el que dejase a sus hijos pequeños entregados a la impotencia de la madre tan inepta y desvalida como ellos. En suma, estas sociedades que han tolerado y aprobado el anulamiento de la mujer, debían obligar al hombre en todos casos a cumplir con el protectorado que sobre ella ejerce, o castigarlo duramente toda vez que faltase a él. Aun previstos estos tres casos, todavía el Estado estaría en el deber de fundar hospicios para recoger a la huérfana y a la viuda, cualquiera que fuese su edad, puesto que para ella nunca llega la perfecta mayoría civil.

Si se considera a la mujer como niña, que como a tal se la proteja y se la ampare; si se la considera como mujer, que se le den todos los elementos educativos y todos los derechos sociales de que disfruta el hombre. Desgraciadamente, no sucede ni // lo uno ni lo otro, especialmente en México, donde la mujer conserva casi todas las prescripciones del feudalismo paterno y marital, donde el hombre monopolizador de la instrucción y de la luz, al ir desprendiéndose de sus errores, supersticiones y fanatismos, ha tenido especial cuidado de refundirlos y depositarlos en ella. 37

Una sola nación, los Estados Unidos del Norte, y justamente la única que marchando a la vanguardia de la civilización ha dado ya a la mujer casi todas las prerrogativas que le corresponden, es la que la ha puesto a salvo de la opresión, haciendo que se la respete y se la cuide; que los compromisos, deberes y obligaciones que con ella se contraigan sean los primeros que se cumplan, imponiendo las penas marcadas por la ley al que abuse de ella, y haciendo que se la indemnice de cualquier daño o perjuicio que se la cause.

En las demás naciones, por el contrario, sigue sosteniéndose la desmoralización y la iniquidad masculinas sobre la inercia y la debilidad femeninas, alegando para ello las sofisticas razones de costumbre, de las cuales la principal es que siendo la mujer la piedra angular de la familia, su emancipación es imposible, teniendo que vivir // bajo la inmediata vigilancia del hombre, porque sus faltas son de grave trascendencia en el hogar, puesto que ella puede llevar su traición hasta el grado de hacer que el esposo engañado dé su nombre a un extraño y deposite el beso paternal sobre la frente del hijo espurio, que simboliza su deshonra. A esto contestaremos que si el hombre de los presentes tiempos puede avenirse a desempeñar el papel de carcelero en el matrimonio, si se conforma con la posesión de un cuerpo autómatas y de una inteligencia muerta, y si juzga a la mujer incapaz de cuidar y conservar ileso su honor, ha hecho mal en abolir el sistema de los cerrojos y las celosías, pues con ellos podría evitarse tan penosa y degradante tarea. Si, por el contrario, aspira a poseer una alma que le comprenda y un corazón que le ame, debe considerar que la guarda de la mujer nadie debe efectuarla mejor que ella misma; que su conducta depende de la educación que se le dé y de la dignidad, los conocimientos y la moral que se le infundan; que no serían nunca la opresión y la ignorancia las que le indiquen el camino de su propia perfectibilidad, cuando ellas han sido y son la causa de todos sus extravíos y desaciertos. // Además, como todos los actos de la mujer son modelados y provocados por el hombre, debe éste, en primer término, renunciar al privilegio que se ha reservado de introducir en el hogar ajeno los hijos que tanto le escuece que introduzcan en el suyo; dictar en seguida penas mayores aún que para la incauta adúltera, para el audaz seductor, para el infame ladrón que ha cometido el peor de los robos, el que nunca puede restituirse; el de la paz, el amor y la dignidad de 38 39

una familia. Y todo esto sirviéndose de los mismos fueros que la ilustración y la libertad masculinas le han facultado para desplegar contra la torpeza, la ceguera y la servidumbre femeninas.

Claro es que, en todos estos casos, el hombre emplea contra la mujer todos los argumentos y astucias de la fuerza intelectual y, quizá, de la física, y la mujer, que no ha desarrollado ninguna de las dos; la mujer a quien no se han dado nunca armas ningunas para su defensa, cede ante ambas, por razón de su mala o ninguna educación, de su atraso mental y de la falta de estimación individual en que se la ha formado.

- 40 Entre estos dos culpables, ¿quién lo es // más, el seductor o el seducido? ¿Quién merece mayor castigo, el que obliga o el que cede; el que con premeditación y ventaja comete el mal, o el que se rinde a la carencia de energía, víctima de su fomentada debilidad? Indudablemente, el más culpable es el primero; que se le castigue, entonces, como merece, para ir destruyendo el injusto criterio de la sociedad, acostumbrada a ver como faltas de poca monta en el hombre las deshonras que aprecia como crímenes en la mujer.

Desgraciadamente, mientras el marido se jacte en los cafés de sus conquistas amorosas, y aplauda las aventuras galantes de los demás y celebre la impunidad de que disfruta el adúltero; mientras tenga a su lado una esposa inexperta, inculta y cuya dignidad natural ha quebrantado él mismo, a cada paso se verá expuesto a representar el triste tipo de Rigoletto.¹⁷ Y no podrá, en justicia, ni exigir a la esposa el cumplimiento de respetos abstractos que no le ha dado a conocer bajo su verdadero punto de vista, ni reclamar a la sociedad, uno de cuyos miembros le ha ofendido, la satisfacción de una ofensa que recíprocamente le corresponde.

- 41 La segunda objeción que el hombre, // siempre en provecho de sus gustos particulares, opone a la emancipación de la mujer y a la rehabilitación social y civil que la ponga en posesión de todos los cargos, empleos, oficios, artes y ciencias que hasta hoy se han dado únicamente al hombre, es, primero, el temor de que la médica o la abogada debiliten su ilusión, si llega a verlas con un instrumento quirúrgico o con un libro de leyes en la mano. Segundo, que le parezca ridículo ver a la astrónomo subir a un observatorio meteorológico, o [a] la farmacéutica penetrar en un laboratorio de química. Y, tercero, ver que la mujer pierda los encantos que hoy le prestan la impotencia, la sumisión, la nulidad, la ligereza y la coquetería, en que, expresamente para comodidad y deleite del hombre, se la ha formado, de la misma manera que Napoleón formaba soldados que estuviesen a propósito para servir de *carne de cañón*.

Respecto del primero de estos puntos, contestaremos: que cuando esto suceda, el hombre volverá a robustecer poco a poco su ilusión, y la mujer científica no le causará peor impresión que la nodriza, la costurera y la cocinera actuales.

¹⁷ Nombre del bufón jorobado del duque de Mantua en la ópera homónima de Giuseppe Verdi.

Respecto del segundo, que el ridículo sólo consiste // en la falta de costumbre que para juzgar cualquiera innovación se tenga, que la ilustración sólo puede aparecer ridícula ante la estupidez, que es la que generalmente ríe en tales casos, como rió del primer ensayo del vapor y del primer aeronauta que se elevó en los aires, quedando después sobrecogida de asombro ante los resultados de semejantes obras. En los Estados Unidos nadie ríe ya de la mujer que está al frente de grandes negociaciones comerciales, que dirige oficinas telegráficas, periódicos, que pleitea en los tribunales, que cura profesionalmente, y ni aun siquiera de la que monta en una máquina para conducir un tren, o de la que sube a los andamios de una casa para ejecutar un plano de arquitectura. Respecto del tercero, objetaremos que la mujer será siempre bella, siempre espiritual, siempre interesante, cualquiera que sea la carrera que abrace; que todas sus cualidades naturales aumentarán cuando a su hermosura física se una la cultura intelectual de que carece; que en lo concerniente al alma, jamás perderá sus cualidades morales, porque éstas son innatas en ella; jamás se amortiguarán en su seno la dulzura, el sentimiento, la abnegación y el instinto de // sacrificarse por todo lo que ama. En una palabra, que en lo concerniente al amor, a la ternura del hogar y a los lazos íntimos de la familia, la mujer nunca dejará de ser mujer, como el hombre no dejará de ser hombre por haberse dedicado a las artes, las ciencias o las letras.

Hombres, aquellos de entre vosotros que cumpliendo con los sagrados deberes del hogar y con la protección que habéis ofrecido a la mujer juzgáis innecesaria e inútil su emancipación y os oponéis al adelanto de su sexo, buscad en torno vuestro la enorme cifra de mujeres solas, víctimas, abandonadas, degradadas e indigentes que os rodean, y no os opongáis a que aquellas que no protegéis ni protege nadie, se protejan a sí mismas asegurando su bienestar y su dignidad, por medio del saber y del trabajo, a los cuales tienen tanto derecho como vosotros.

El hombre ilustrado, el hombre progresista, ha comprendido ya, y comprenderá más cada vez, que cuando esta gran obra de la civilización se verifique, cuando esta gran justicia de la humanidad se cumpla, la mujer ganará mucho y él ganará también, pues sólo entonces tendrá a su lado una compañera completa a quien poder // confiar sus intereses, comunicar sus proyectos y entregar la dirección de su familia y de su hogar. Sólo entonces podrá llenar el gran vacío de su mente, que la ignorancia de la mujer no le ha permitido llenar hasta hoy; podrá, al enlazarse con ella, tener la certidumbre de su amor, que ahora no tiene, pues no sabe si la mujer, al unírsele en matrimonio, ha cedido únicamente a la imperiosa necesidad de asegurar una subsistencia que sólo él puede garantizarle, idea que debe ser muy poco satisfactoria para el hombre, y que, sin embargo, por el estado actual de la mujer, se realiza con más frecuencia de la que él puede imaginar. Podrá en vez de encargarla por inepta a un albacea, entregarla, al morir, la dirección de su hacienda y su familia, seguro de que ella sabrá administrar los bienes

que le legue, o sabrá, teniendo una profesión, atender al sostenimiento del hogar. El hombre prostituido, el hombre déspota e inicuo, perderá en este cambio, porque ya no hallará el pobre placer de ultrajar a la debilidad de reinar sobre la miseria y avasallar a la impotencia, pero lo repetimos, el hombre digno, el hombre de corazón, el esposo honrado, el padre amoroso, ganarán mucho teniendo la noble satisfacción de llevar a su lado una compañera, bajo todos conceptos digna, y el supremo consuelo de poder asegurar el porvenir de sus hijas, a la par que el de sus hijos.

La tercera y más estupenda objeción del hombre a este respecto es que la mujer misma no quiere emanciparse; que ella misma se opone a su libertamiento, lo cual prueba que está muy contenta con la condición que se le ha asignado en sociedad.

Esta frase es admirable en vuestros labios, señores sabios de todos géneros, historiadores, fisiólogos, filósofos, socialistas, que conocéis a fondo las flaquezas, temores, vicios y debilidades de la humanidad por haber sido no sólo testigos sino actores en sus vacilaciones y alternativas. ¿Por ventura habéis olvidado ya, cuán poco a poco habéis ido admitiendo las novedades del adelanto, las innovaciones del progreso? ¿No recordáis cuánto os resististéis, no sólo en el Antiguo sino en el Nuevo Mundo para atreveros a murmurar la palabra *libertad*, que bullía sofocada en vuestros cerebros; cuánto vacilastéis antes de seguir aquí las banderas que Hidalgo, Bolívar y Washington se atrevieron a enarbolar; cómo fuisteis entrando des//pacio y de puntillas en el santuario de la conciencia libre que os abrieron allá Voltaire y Rousseau, y cómo todavía en el momento de poner en práctica la República, obcecados por la manía, dominados por la rutina aquí y allá, aún cantábais los estribillos de la esclavitud: ¡Viva Fernando VII! ¡Viva Enrique IV! ¡Viva el rey valiente! ¿Ignoráis acaso que una de las más tristes, de las más funestas consecuencias que la servidumbre trae consigo, es la abyección, que forma una costumbre difícil de desarraigar por más nociva e infame que sea? Pues si nada de esto habéis olvidado, si todo esto sabéis, ¿por qué os admira que la mujer vacile cuando vosotros habéis vacilado al poner el pie en la senda de lo desconocido; por qué os admira que la mujer dilate en reclamar sus derechos, como vosotros habéis dilatado, y por qué, en fin, suponéis que la mujer no quiere participar de esa libertad tan amable que vosotros habéis conquistado aun a costa de nuestra sangre?

Vuestro descuido a este respecto, vuestra indolencia o vuestro ingrato egoísmo, han retardado la marcha del mundo; pues, como ha demostrado Mr. Case, “uno de los primeros cuidados de todo buen ciudadano debe ser el arrancar la mujer a la influencia preponderante siempre de los adversarios del progreso”, y mientras esto no sea, estos búhos que gustan de las tinieblas, estas cornejas del

retroceso, os opondrán siempre la invencible barrera de la ignorancia en la mujer, que os impedirá llegar al punto culminante de vuestra gloria.

Precisamente a vosotros, hombres ilustrados y progresistas, a vosotros que habéis declarado la igualdad civil del hombre con el hombre, es a quienes toca declarar y poner en vigor la misma igualdad entre el hombre y la mujer; sin esto, vuestra obra de engrandecimiento humano quedará incompleta. Habéis dado el primer paso en esta vía, dad el segundo; habéis introducido ya en las escuelas destinadas a la mujer las nociones de algunas ciencias, introducidlas todas por completo. Si la mujer es incapaz, convencedla de su insuficiencia, y habréis cumplido con vuestro deber; si es capaz, ayudadla a desarrollar sus facultades, dadle el lugar que le corresponde, alzadla al nivel de su marido. Si hay leyes que la protejan, cumplidlas; si no las hay, dictadlas, poniendo así un dique a los abusos del hombre per//vertido, cometidos contra ella; dadle, en fin, las armas de la ilustración, para que se defienda en la lucha que continuamente tiene que sostener, proporcionándole la misma educación práctica y preventiva que a vuestros hijos varones, con objeto de que pueda afrontar sin peligro el porvenir, ya sea para sí misma, ya para cumplir dignamente con sus difíciles tareas de esposa y madre.

Y si a pesar de esto delinque; si falta a los sagrados deberes conyugales; si no llena la augusta misión de honrar y ennoblecer el santo hogar en la familia; como no es impunidad sino justicia lo que para ella pedimos; entonces, parodiando a Alejandro Dumas (hijo), repetiremos: la que de tal manera obra, la que no se estima a sí misma, la que se convierte en baldón del matrimonio, la que arrastra por el lodo el nombre de esposa y de madre y salpica con él las inmaculadas frentes de sus hijos, ésa no es la mujer, no es siquiera una mujer, es la mona del país de Nod,¹⁸ la hembra de Caín. ¡Allí la tenéis! ¡Castigadla!

No diremos con aquel ilustrado escritor ¡matadla! porque en ningún caso sancionaremos el asesinato, ni reconoceremos en // nadie razón ni derecho para erigirse en acusador, juez y verdugo. Pero sí diremos: ¡allí la tenéis! ¡dadle la pena que su culpa merece! Arrojadla del hogar poniéndola, como los antiguos romanos, la *stola* de las cortesanas; segregadla de la sociedad que mancha con su impura presencia; arrancadle a los hijos que no ha sabido conducir con su virtud; encerradla en la prisión, ya que no ha podido usar debidamente de los nobles atributos de la libertad. Pero dad también su parte de castigo y de vergüenza al cómplice, al principal actor en esta tragedia del amor infame, el cual generalmente en el último acto permanece oculto entre los bastidores del gran teatro del mundo, y absuelto *in mente* por el fallo social. Y cuando la mujer honrada y santa se presente ante vuestros tribunales pidiendo satisfacción del mismo delito, castigad con mayor dureza aún, como seductor y delincuente, al bígamo, al turco de

¹⁸ La región a donde se dirigió Caín después de haber asesinado a Abel (Génesis 4:16).

las sociedades cristianas, al hipócrita mormón que no atreviéndose a presentarse como tal, hace mártir de su prostitución a la virtuosa e inocente esposa, que viene a convertirse en el blanco de sus ultrajes y en el velo que cubre sus vicios ante los
 50 ojos de los extraños. Consecuentes con vuestros principios de libertad e igualdad, dad a cada uno lo que es suyo, y habréis roto, de una vez para siempre, el último eslabón de la tiranía que hace tiempo venís demoliendo. Habéis quitado ya a la mujer el hábito de la monja para convertirla en madre; os falta quitarle ahora el dogal de la esclavitud doméstica para convertirla en esposa; y la traba de la exclusión civil para convertirla en ciudadana.

Desgraciadamente, en todas las naciones de origen latino, la costumbre del desprecio, la arbitrariedad y la injusticia hacia la mujer está tan arraigada que, no ya tratándose de la mujer culpable, sino de la mujer desgraciada que no ha cometido más delito que el de depositar su confianza en la caballerosidad masculina entregándole su honra y su porvenir, la ley o es impotente para castigar, o se elude con tanta facilidad, o impone al seductor penas tan leves, que son más bien una burla que una reparación para la ultrajada. Estos vacíos del Código Penal, en tales casos, causan que millares de infelices ni intenten siquiera quejarse, pues saben que cuando una mujer se presenta ante un tribunal llevando entre sus brazos
 51 al inocente fruto de su desventura, reclamando justicia por el engaño y la felonía de que ha sido víctima y designando al infame que le rehúsa una reparación, ante la negativa de éste todas sus gestiones son infructuosas, porque ella no puede evidenciar el delito que denuncia, y la justicia, sin detenerse a considerar que si ella no tiene pruebas para probar su verdad, tampoco él las tiene para negarla, transa la cuestión dejándola como estaba antes de ser promovida. Es decir, que la mujer se queda con la hiel del ultraje dentro del alma, la mancha de la ignominia sobre la frente y, de todas maneras, perdido el amparo que para su hijo buscaba, pues aunque el culpable confiese la paternidad, si no quiere legalizarlo, la ley no puede cubrir con su manto al pobre bastardo víctima inocente de una deliberada perversidad.

Generalmente es este mismo hombre que ha negado en el juicio su culpabilidad, el que haciendo gala de ella, la declara en los *corrillos de amigos*, para tener la gloria de arrojar sobre la mujer caída la primera piedra. Es también el que se reserva para el momento o para más tarde, el derecho de exigir que se respete a su esposa y a su hija; el que está destinado a servir de director a su familia, y el que
 52 no se avergüenza al pronunciar las palabras conciencia, honor y moralidad.

Añádase al abuso, a la indolencia y a la explotación de placeres que se efectúan con la mujer, su inercia, su ignorancia y su ineptitud para salvarse de las tristes situaciones en que la coloca el hombre, y hallaremos la suma completa de sus infortunios y del hundimiento de la mísera familia que de ella depende.

En vista de tantos casos de esta naturaleza que contemplamos en la sociedad, y de las tristes condiciones en que en todos estados y sentidos se encuentra la mujer en general, creemos que como primer arbitrio, haya o no haya leyes que equitativamente la protejan, ella debe comenzar por protegerse por sí misma, por ser cauta y precavida para con el hombre, y por asegurarse un porvenir independiente para salvarse del yugo de la tutela masculina, y no verse expuesta a la indigencia o [a] la prostitución, luego que esta tutela le falta. Para esto no vemos más medios que su propio esfuerzo, pues no serán aquellos que la oprimen los que vengan a ofrecerle los derechos que para dominarla le han usurpado.

De la misma manera que los esclavos, // los siervos y los colonos, sometidos a los diversos regímenes autocráticos, feudales y coloniales de las épocas pasadas, al despertar del letargo en que yacían e ir comprendiendo lo que debían y lo que podían para que les fueran concedidos, tuvieron que reclamar sus derechos por la fuerza de las armas. Entonces que no había más argumento que el combate, la mujer al comprender los suyos, tiene que reclamarlos por la fuerza de la razón y la justicia, poderosos argumentos que comienzan a dejarse oír en el presente. 53

La ley de la libertad tiene que ser igual y común para todos, y la mujer como cualquiera otra clase social, si no se le da, tiene que tomársela donde quiera que la encuentre; si no se le proporciona directamente, tiene que entrar en ella de través. Si para ella no hay escuelas de carreras profesionales, tiene que penetrar por el solo esfuerzo de su voluntad en las pertenecientes al hombre; para ponerse a su altura tiene que introducirse *velis nolis*¹⁹ en todos los centros del trabajo, de la sabiduría y del adelanto humanos, de donde antes se la arrojaba ignominiosamente primero, se la excluía terminantemente después, cerrándole las puertas y de donde hoy, a // medida que los cerrojos de la tiranía se han ido quebrantando, ya solamente se la retira no invitándola a entrar. 54

Queriendo ser justas en nuestras apreciaciones, hacemos constar y confesamos que si bien es cierto que la educación de la mujer ni se impulsa ni se estimula oficialmente; si bien es cierto que no comprendiéndose aún la alta significación moral y material que representa en la humanidad, no se le imparten aún todas las luces que para esclarecer su inteligencia necesita, también lo es que no se le impide acercarse a los luminosos focos de donde esas luces emanan.

Casi puede decirse que, en medio de la indiferencia y la insignificancia a que se la ha relegado, la muralla más alta que a su avance se opone es su timidez para salir del círculo de preocupación en que se la ha encerrado; su miedo a conocer el más allá del hogar, que se le ha vedado.

Es inconcuso que para que la mujer reclame sus fueros, es preciso que comprenda primero que los tiene, que se reconozca a sí misma y recobre la energía y

¹⁹ Quieras o no quieras, en latín.

- 55 la dignidad personal que casi por completo ha renunciado. Es necesario que trabaje por su regeneración intelectual ilustrando su // mente con la luz de nuevas ideas, fortaleciendo su alma con la fe de nuevos principios y nuevas aspiraciones. Es necesario que deje de considerar la instrucción como herencia particular del hombre y que en las horas que sus quehaceres domésticos le dejen libres, si tiene familiar que atender, o en su tiempo todo si carece de ella, trabaje por su mejoramiento renovando la viciada atmósfera que respira, regenerando su ánimo, ilustrando su mente con la luz de nuevas ideas, fortaleciendo su alma con la fe de nuevos principios y nuevas aspiraciones. Es necesario que deje de considerar la instrucción, el adelanto y la ciencia como bienes hereditarios del hombre, y que en vez de entregarse por completo a la molición de fútiles entretenimientos, como adulta, penetre en todas las cátedras del estudio; como madre, lleve a sus hijos sin distinción de sexos y según sus facultades a los planteles de educación científica, literaria, o artística que los pongan al corriente de todos los conocimientos teóricos y prácticos de que hoy sólo disfruta el hombre, colocándose ella en situación de cumplir gloriosamente con su verdadera misión de alma y guía de la humanidad, que tiene que desempeñar en el mundo. // La senda de la emancipación femenina, apenas naciente en México, ha sido abierta ya por dos heroínas de la ciencia, Matilde Montoya y Lucía Tagle²⁰ que se atrevieron a presentarse las primeras, en la Escuela de Medicina la una, y en la Escuela de Comercio la otra. Afortunadamente esa senda gloriosamente trazada no se ha cerrado tras ellas; y tanto en la Escuela Preparatoria como en la Escuela Normal, en el Conservatorio de Música, en las Academias de Bellas Artes y de Artes y Oficios, comienzan a presentarse algunas jóvenes inteligentes y estudiosas, que anhelan arrancar de sus ojos la espesa venda de la ignorancia que las falsas costumbres y las falsas religiones han impuesto por dogma, no sólo a la mujer, sino a la sociedad entera, y que las ortodoxias profanas, de *conciencia* o de *conveniencia*, aún siguen sosteniendo como un elemento de tiránica dominación.
- 56

La mujer del presente, sabiendo que tiene a su favor las respetables opiniones de todos los grandes pensadores de la época, no es ya en su totalidad la que retrocede ante las necias apreciaciones de algunos escritorillos de gaceta, que vergonzantes de sus retrógradas ideas, se ocultan // tras el pseudónimo para decir en pleno siglo XIX que no son partidarios de la ilustración femenina, que no les agrada la mujer científica, que optan por la mujer maniquí que pueden manejar a su antojo, por la mujer que sólo sabe cuidar la cuna y el *cosido*, y por la cortesana traficante de amor.

57

²⁰ Respecto de la primera, véase nota 29 en la introducción de este libro. Lucía Tagle (1854-1884) fue "la primera que se atrevió a estudiar Teneduría de Libros", Laureana Wright, *Mujeres notables mexicanas*, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1910, p. 417.

A los que así sienten y a tal círculo limitan sus tendencias, los consolaremos diciéndoles que su elección quedará libre y que habrá compañeras para todos los gustos. Pues no siendo el talento ni la perfección el tipo común a la humanidad, cuando la ilustración bajo todas sus formas y sin restricción, se halle por igual al alcance de ambos sexos, no por eso todas las mujeres seguirán una carrera científica, así como ahora no todos los hombres son médicos o abogados, habiendo muchos que a pesar de los elementos de que disponen, no son nada. Igual cosa sucederá con nuestro sexo, y el que quiera vulgo, vulgo hallará, y podrá escoger a su arbitrio entre sus múltiples variedades.

Entre tanto nosotras, tolerando entre dos males el menor, también preferimos la parte de vulgo masculino, que si bien no tiene ni la inteligencia ni los tamaños necesarios para impulsar y sostener la eman//cipación de nuestro sexo, tiene al menos las nociones de urbanidad e idalgúa suficientes para permanecer neutral, y no ofender ni injuriar a mansalva a las pocas mujeres que comienzan a tender el vuelo de su oprimida inteligencia. 58

Lo repetimos: sólo hallándose la mujer a la misma altura que el hombre en conocimientos, podrá levantar su voz, hasta hoy desautorizada, diciéndole: “Te reclamo mi reivindicación social y civil; te reclamo mis derechos naturales para poder cuidar de mí misma y de mis principales deberes que son los de la familia, de cuya educación, dirigida por mí, depende la sólida cultura de las generaciones futuras. Conozco el lugar que debo ocupar; yo no soy la esclava, sino la conductora de la humanidad. En suma, como padre, tienes que darme la misma educación que a mis hermanos; como esposo la igualdad de poderes que en todos sentidos me corresponde”.

Las que abrigamos en el alma el santo afán del engrandecimiento patrio y atesoramos en el corazón el inefable amor de una hija, no podemos renunciar a la grata esperanza de ver brillar en la frente de México esta nueva conquista de la libertad, // y en la frente de nuestras descendientes esta nueva conquista del progreso, llevada a cabo por la emancipación de la mujer. 59

Tal ha sido el móvil que nos ha impulsado a emitir nuestra débil opinión en un asunto donde tantas otras elocuentes y sabias han resonado, siendo nuestro único deseo colocar una partícula de arena en el pedestal del monumento reservado al perfeccionamiento común de la especie humana.

Fin

Educación errónea de la mujer y medios prácticos para corregirla

Por Laureana Wright de Kleinhans

Capítulo I. La mujer contemporánea

Si recorremos desde su principio la historia de la mujer en las naciones que se han internado en la senda de la civilización, si tomamos en cuenta las épocas en que era traspasada como mueble, vendida como esclava, cambiada como mercancía, relegada al claustro como estorbo y considerada en todos los actos más trascendentales de su vida como un ser puramente pasivo, nacido exclusivamente para someterse sin raciocinio ni discusión a las disposiciones, // arbitrariedades o caprichos, de su dueño y señor, el hombre; si recordamos en fin, los tiempos de la poligamia legal, encontraremos, a no dudarlo, que la mujer actual ha llegado a un alto grado de libertad, de estimación y de adelanto. Puede decirse que ahora es la reina en la sociedad, la señora en el hogar y la compañera que goza de respetos y fueros en el matrimonio. De hecho es libre y soberana; y esto comprueba que era tan grande la fuerza de la razón que la asistía, de la justicia que la amparaba, que aun sin protegerla equitativa y directamente, las leyes, la sociedad ha ido concediéndole por conciencia y por propia honra, lo que no le ha concedido por derecho todavía. [4]

El hombre, empujado por el impulso irresistible del progreso, ha ido, sin deliberada intención, arrastrando consigo a la mitad indispensable y gemela de su especie, que, en tiempos de barbarie y embrutecimiento, juzgó posible separar indefinidamente del mundo moral e intelectual del pensamiento, sometiéndola por completo al mundo material de la existencia física.

Rotas las cadenas de la esclavitud, abolidos los odiosos derechos del feudalismo, // los beneficios de la libertad general han recaído tácitamente sobre ella.

Han sustraído sus miembros al suplicio, han arrancado de su cuello el dogal de la servidumbre y han salvado su porvenir de la reclusión religiosa. Si en medio de la democracia no ha alcanzado aún los derechos, si goza de las franquicias de ciudadanía, su vida civil aunque no favorecida, ha sido libertada. Pero, ¿quién salvará su vida moral, quién redimirá su inteligencia oscurecida por la ignorancia, avasallada por la preocupación, invadida por la ligereza y nulificada por falta de ejercicio en los debates luminosos del saber?

Nadie, a no ser ella misma. Ni la sociedad ilustrada que la rodea exteriormente, ni la instrucción que la llama a sus aulas, ni la escuela que sin remuneración le abre sus puertas, podrán levantarla de su insignificancia presente y casi, por desgracia, general, si no acude a ellas, si no abandona sus hábitos de indiferencia y retraimiento, ante todo lo que no sea el deber ordinario del trabajo material del hogar automáticamente desempeñado, o el insustancial entretenimiento del ánimo entregado a frívolas diversiones.

6 Mientras la mujer se conforme solamen//te con pasar del hogar paterno al conyugal según la tradicional costumbre, con ser esposa según el destino común marcado por la rutina a su sexo, y madre según la naturaleza, sin concebir más deberes que los que no puede eludir, no cesará de ser en todas las demás fases de la existencia, concedidas por igual al individuo racional, la paria del arte, de la ciencia y de la civilización, porque todo encumbramiento tiene que conquistarse por el propio esfuerzo.

Comprendo perfectamente que el inmenso círculo de opresión que en otras edades la encerraba formó al romperse círculos concéntricos más reducidos que la oprimen aún, y uno de ellos es el que ha establecido la superioridad masculina en el hogar. Este círculo, que a título de protectorado la aprisiona en el último reducto de la tiranía doméstica, parece a primera vista el más invencible, porque ella ni puede ni debe elevar la bandera de la rebelión en la familia. Empero, no sólo no es invencible, sino que por el contrario, es fácil de romper por medio del convencimiento, de la dulzura y del amor, que son las armas poderosas de la

7 mujer. Sirviéndose de ellas casi siempre consigue sus deseos, con //sistentes generalmente en joyas, adornos y paseos, que implican por lo común, en las clases poco acaudaladas, una dificultad en su realización o un sacrificio pecuniario. Luego con mayor razón, y valiéndose de los mismos arbitrios, puede obtener entre los donativos y las concesiones de lo superfluo, lo útil y necesario.

Lejos de mí la idea de que la mujer, teniendo la oportunidad de poseerlas, se prive de esas mil inocentes fruslerías de gusto que forman su delicia, y que son otros tantos accesorios, tal vez, hasta necesarios a su cultura. Lo que yo anhelo es que a la vez atienda a la belleza de su persona, a la claridad de su mente y a la elevación de su dignidad moral, prendas que sólo por medio de una sensata, liberal y juiciosa educación puede adquirir. Lo que yo ambiciono, sobre todo

para la mujer mexicana a la que amo como congénere, como compatriota y como hermana, es que al solicitar del esposo y del padre que la conduzca a las fiestas, solicite que la conduzca a las academias artísticas y a los liceos científicos; que a la vez que le pida el libro que la distrae, le pida el que la instruya.

Sólo de esta manera llegará la mujer a lograr que el hombre deje de considerarla // como inferior; a ella toca elevarse al nivel intelectual de su compañero natural, para presentarse como igual suya. 8

A la mujer contemporánea está reservado demostrar que nuestro sexo no es, como comúnmente se cree, ni incapaz de recibir la ilustración que se le imparta, ni refractario al adelanto, sino que adolece de infinidad de vicios de educación, que trataré de analizar hasta donde me sea posible en otros capítulos, y que sólo son hijos del poco cultivo que hasta hoy se ha concedido a su inteligencia. Las instituciones democráticas han libertado ostensiblemente a la mujer; en la práctica sólo pueden libertarla las instituciones íntimas del hogar. //

Capítulo II. La mujer ignorante

[9]

Por regla general, el verdadero afecto es el que corrige y educa; el que detiene al ser amado en el camino del extravío y de la desgracia; el que le aparta del precipicio donde puede hundirse, combatiendo sus defectos y haciéndole ver que la felicidad privada y la pública estimación, los dos bienes más apetecibles en la existencia, jamás pueden encontrarse en la perversidad ni en el error, porque ellos tienen que ser forzosamente productos de la virtud // que engendra la satisfacción íntima, y de la sabiduría que engendra el conocimiento de lo cierto y de lo justo, poniendo al individuo en aptitud de observar una conducta que le haga apreciable ante todas las personas que le rodean. 10

Expuesta esta idea no extrañaréis, mis queridas lectoras, que mi afecto hacia vosotras, siendo como es verdadero y profundo, me incite a haceros ver las faltas en que pudieráis incurrir, poniéndoos de relieve las que en mis relaciones sociales he podido contemplar. Deploro que haya escritores que en vez de reformar con sus ilustradas opiniones las puerilidades y absurdos que empequeñecen a la mujer; en vez de hacerla conocer sus defectos para que los modere, antes por el contrario, los celebran, los aplauden y poetizan, haciéndola creer que obra como debe, que nació para ser débil de espíritu y apocada de entendimiento, y que su principal atractivo consiste en carecer de pensamiento y voluntad propias, abdicando en el hombre la facultad de pensar y de querer por ella.

11 Todos los favoritos de los reyes, desde don Álvaro de Luna hasta el cardenal Richelieu,²¹ estudiaban las malas inclinaciones, las pasiones bajas, las tendencias ruines // que se revelaban en sus reales señores, y luego las desarrollaban, incitaban y favorecían, a fin de anularlos encenegándolos en sus vicios, y de esta manera se apoderaban por completo del poder y los derechos que a aquellos correspondían, reinando a su nombre por ellos y sobre ellos. Tal parece que es la táctica que el hombre que adula y alienta las frivolidades femeninas, se ha propuesto seguir respecto de la mujer.

Yo, que no me siento guiada por más interés que el vuestro que anhelo fomentar y sostener, haré justamente lo contrario, tratando de delinearos algunos bosquejos tomados del natural, que quizá os sirvan de puntos de estudio para normar vuestra conducta.

Como estoy persuadida de que la causa principal, y quizá única del sufrimiento, perversión y nulidad de nuestro sexo es la ignorancia, comenzaré por presentaros a la mujer ignorante, que por desgracia abunda y se manifiesta bajo diversas fases en nuestra sociedad.

12 La mujer ignorante de nuestros días es la consecuencia necesaria de la mujer ignorante de principios de este siglo, hija legítima de la reclusa del monasterio y del // castillo feudal, importada aquí por España.

Todas vosotras sabéis por tradición que a nuestras visabuelas no sólo no se las enseñaba a escribir, sino que se les hacía considerar la escritura impropia y perjudicial a su buen nombre. Como ocupación no se les concedía otra que la costura o los quehaceres domésticos; como distracción la lectura del *Año Cristiano*,²² y como paseo las fiestas religiosas.

Desde que podían hablar no se les toleraba más trato que el de su confesor, y si acaso había visitas en su casa, no se les permitía salir a la sala porque las niñas no debían saber nada de lo que pasaba en el mundo exterior. Cuando llegaban a la edad adulta, el padre les intimaba el convento o el matrimonio, únicos destinos marcados para ellas. Verdad es que en cuanto a deberes de conciencia sólo se les exigía el cumplimiento de las prácticas católicas y la obediencia ilimitada e incondicional.

A la mujer de entonces se le imponía la ignorancia a la sombra de la opresión. A la mujer de hoy se le ha concedido una libertad relativa, sin la instrucción

²¹ Álvaro de Luna (1390-1453) fue un hijo ilegítimo de un noble castellano; como favorito de Juan III, se opuso a la tradicional oligarquía nobiliaria castellana, de entre quienes destacaban los infantes de Aragón, a quienes venció en batalla; perdida su influencia, fue decapitado por su ex protector. Por su parte el cardenal Richelieu (Armand Jean du Plessis [1585-1642]) a partir de 1624, como primer ministro de Luis XIII, dominó la vida política francesa: modernizó el ejército y la armada, alentó la colonización africana y caribeña y afianzó la autoridad real; su energía e inteligencia ayudaron a que Francia fuera la potencia europea más influyente de la época.

²² Periódico que estuvo a cargo de Juan Bautista Morales, *El Gallo Pitagórico*. Publicado desde 1835, se opuso a los cultos protestantes.

suficiente para sostenerse en medio de ella y aprovechar debidamente sus beneficios.//

En otra ocasión hablaremos de la falsa educación femenil que predomina en el hogar, concretándonos por hoy a tratar de la mujer ignorante, de la descendiente directa de aquella que miraba como un pecado la escritura y como un delito el saber. Esta pobre miope, hasta la que no han podido llegar los brillantes rayos del adelanto actual, representa ante la sociedad ilustrada los papeles más nocivos, más ridículos y más dolorosos que se puedan imaginar. Vive en el centro de la luz sin que su mente se esclarezca con el más leve de sus destellos. 13

Como hija es un mueble inútil que nada vale, que para nada sirve, que desvela a sus padres pensando en su porvenir, y de la cual éstos se apresuran a deshacerse aprovechando la oportunidad de que se le presente un matrimonio, sea cual fuere, que ella también se apresura a aceptar, porque se encuentra incapaz de proporcionarse la subsistencia. ¿Queréis mayor degradación, más triste miseria que la de vender la libertad y el amor a cambio de pan? He aquí el origen de los matrimonios desiguales y aun vergonzosos, en que una mujer joven y bella va a ocupar la plaza de niñera al lado de un viudo sexagenario, // de escasos recursos y lleno de hijos, o la plaza de mártir al lado de un hombre vicioso lleno de defectos físicos y morales. Esto en cuanto a los males que sufre ella; en cuanto a los que inocentemente produce, son todavía mayores, pues redundan en perjuicio de la familia y de la sociedad. 14

Como esposa, si el marido que la fortuna le depara vale algo, él será el mártir, pues verá su casa caminar de error en error, de torpeza en torpeza, y al buscar a la compañera del alma, a la interlocutora espiritual, hallará sólo a la doméstica vulgar que no le entiende ni es capaz de recibir las confidencias de su inteligencia, llegando a producirse el vacío moral que aleje al hombre del hogar y aun le hace perder muchas veces los santos afectos de la familia.

Como madre, fuera del amor innato y sublime que la naturaleza ha colocado en su seno, en todas las demás funciones de su sagrado ministerio no puede menos que ser inepta y pésima directora. Careciendo de toda noción de higiene, ¿qué puede hacer por la salud de sus hijos, que no resulte contraproducente y perjudicial? Desconociendo por completo las indicaciones de la fisiología, ¿cómo puede investigar sus tendencias para estimularlas o // combatirlos juiciosamente? Ignorando, en fin, hasta los rudimentos de la instrucción, ¿cómo puede apreciar sus ventajas y dárselas o apoyar con enérgica decisión la que reciban del maestro? La experiencia nos muestra diariamente que hace todo lo contrario en este particular. 15

Este es el tipo que la mujer de esta clase presenta en la vida familiar; en la social es un ente más desgraciado todavía, pues no lleva a ella más que el triste contingente de su atraso, su estupidez y su insignificancia civil.

En los cuatro estados legales en que la hemos examinado, queda demostrado que es nociva a sí misma y a su especie: hija, es la nulidad en el hogar; esposa, la inferioridad llevada a la servidumbre; madre, la oscuridad que nubla las inteligencias de sus hijos; entidad social, la rémora que ha detenido y detiene todavía la aparición del progreso. Y esto cuando hay quien la ampare, cuando tiene padres y esposos que la sostengan; cuando no, su ceguera y su inutilidad la hundan en más profundos abismos. Entonces ella, que debe ser ante todas las generaciones la institutriz de la virtud, la pureza y la honradez, va // a poblar con sus despojos las sendas del vicio y la prostitución.

¿De qué proviene todo esto?

De la ignorancia.

El día en que la mujer se acerque a la luz, sus destellos la salvarán.//

[17] *Capítulo III. La mujer indolente*

Su nombre no hace al caso. Temperamento linfático, impasible, apático. Cuando niña sus padres no contrariaron en lo más mínimo las propiedades brutas de aquella naturaleza, tan elásticas y dóciles en la primera edad, tan arraigadas e invencibles en las subsiguientes. Lejos de combatir sus tendencias sometiénolas al convencimiento de su inteligencia, no sólo las toleraron sino que las cultivaron y fortalecieron con una complacencia, que si no // fuese estúpida, sería criminal. Ni su parte intelectual ni su parte física fueron molestadas nunca. La flojedad del ánimo se enlazaba íntimamente a la del cuerpo, hasta su andar era lento y pesado, y los ágiles movimientos de la niñez no agitaban aquellos miembros que la inercia iba poco a poco entumeciendo y engrosando. Sólo le agradaban los juegos en que podía permanecer sentada y pasaba largas horas en esta posición frente a la casa de muñecas. La palidez mate de la inacción y la falta de aire se hizo endémica en su semblante agraciado y simpático; su cabellera blonda y abandonada tomó la costumbre de rizarse naturalmente, como naturalmente vegetaba todo su ser a imitación de las florecillas silvestres que se arrastran contra la tierra por falta de una mano que las levante.

Fue mi contemporánea; la conocí en aquella época de la infancia en que no se estiman los beneficios de la educación, y aun llegué a envidiar el consentimiento de que gozaba, cuando la voz severamente cariñosa de mi santo padre me obligaba a cumplir con mis clases de instrucción primaria; me hacía ver el triste porvenir reservado a la mujer ignorante, me repren//día mis perezas y me estimulaba al estudio, llevándome libros que me fuesen dando a conocer la historia del mundo y los combates de la humanidad.

Entonces habría querido cambiarme por ella, especialmente cuando, con ese candor sincero de la inocencia, me compadecía porque estudiaba y me contaba que su papá criticaba al mío, acusándolo de exagerado y ridículo, y diciendo que poco le faltaba para hacerme aprender latín. Entonces sí me consideraba infeliz y habría querido hallarme en su lugar... Más tarde no; cuando al llegar ambas a la juventud yo me extasiaba leyendo los poemas de Lamartine,²³ mientras ella permanecía con la mente vacía, sin tener ya el ligero entretenimiento de las muñecas; cuando yo acudía a los teatros los domingos, ávida de contemplar más al natural aquellos episodios históricos que habían estremecido mi corazón haciéndole palpar con tan variados sentimientos, mientras ella pasaba el monótono tiempo apoyada en la barandilla del balcón, mirando atónita las idas y venidas de los transeúntes y llevando cuenta de las entradas y salidas de los ea no [*sic*]; cuando en fin, durante los días de la semana, yo me sentía orgullosa y feliz // por haber logrado ejecutar alguna labor de mano o algún adorno que me alagaba, mientras ella pasaba aquel periodo en el triste fastidio de la ociosidad, sin sospechar siquiera que el trabajo es el constante divertidor del tiempo y el que proporciona vida al espíritu y actividad al cuerpo. 20

Aquella pobre alma pasó por la vida sin conocer ninguna de sus fases nobles y elevadas; no gozó de ninguna de sus grandes sensaciones; vivió y murió en la existencia puramente material y su ánimo no sufrió más conmociones que las producidas por los sufrimientos físicos, pues los espirituales no llegaron a abrirse paso a través del indiferentismo de su ignorancia.

Una vez, cuando tenía ocho años, le pusieron un maestro, pero con la precisa condición de que dejase a la niña en absoluta libertad para hacer lo que quisiera; y como la niña, naturalmente, no quería estudiar, apenas aprendió a conocer las letras lo suficiente para leer sus libros de devoción, únicos que sus padres pusieron en sus manos y que fueron los únicos también que conoció hasta su muerte.

En treinta años de existencia jamás otra clase de libros pasaron por sus ojos. Aquellos que le sirvieron para hacer la // primera comunión, le sirvieron para la última antes de morir. 21

Su aprendizaje de escritura comenzó y terminó en los palotes, y al recibir la primera carta amorosa, tuvo que recurrir a una amiga para contestarla. Casada, entró a la ligera y sin comprender todos los cargos del matrimonio, no se preocupaba en manera alguna por cumplirlos bien ni mal.

²³ Alphonse de Lamartine (1790-1869) inauguró —con su primer libro *Les méditations poétiques*, de 1820— la poesía romántica francesa. Su gran popularidad se aunó a su influencia en la política, donde se desempeñó como ministro de Asuntos Exteriores. Tras el golpe de Estado perpetrado por Napoleón III su fama se eclipsó y murió en un relativo anonimato.

Las criadas dirigían a su gusto el gobierno doméstico, y el esposo, hombre de edad, prudente y bondadoso, se conformó con aquel sistema, después de algunas observaciones que pasaron desapercibidas. Ni las grandes conmociones de la maternidad bastaron a desquiciar sus hábitos de apatía.

Cuatro niños robustos y bellos rodaban en torno suyo, vestidos o a medio vestir, en tanto que ella pasaba los días recostada en una mecedora, tras de la vidriera del balcón, cosiendo de vez en cuando algo cuya confección duraba indefinidamente, resultaba defectuosa o la pereza le impedía concluir.

22 Recuerdo que en una ocasión, habiendo recibido el más pequeño de sus hijos un golpe en la cabeza, más fuerte que los de costumbre, llamó un médico que comenza//ba apenas su carrera, el cual recetó al paciente una pomada. La madre, que no sabía leer, ni se cuidó de informarse del modo de aplicarla, ni revisó la receta, ni mucho menos pudo prever las consecuencias de aquel medicamento, que habría sido perfectamente sustituido por una fricción de árnica. Resultado, aquel pobre niño de tres años, después de pasar por terribles sufrimientos, perdió por completo la dentadura, porque aquello que se le había aplicado era mercurio.

23 En aquella casa, donde el jefe llevaba íntegro el honrado producto de su trabajo, nada bastaba y de todo se carecía. Los niños, que por la apatía de la mamá, no salían nunca a la calle y siguiendo la misma rutina vivían a lo natural, destruían cuanto hallaban a mano y cada uno seguía sus instintos primitivos sin corrección ni modificación alguna. Por la noche se acostaban como y cuando gustaban, en tanto que la madre se entregaba al único trabajo metodizado que se había impuesto, que eran sus rezos, y que generalmente terminaban a las once o [a] las doce de la noche, pues los prolongaba con la penitencia que se había marcado y que nunca dejó de // cumplir, de subirse sobre las sillas una a una para alcanzar a besar a todos los santos que pendían de las paredes. Los domingos, a las doce, iba con los niños a misa, para cumplir y enseñarlos a cumplir con este deber religioso.

Cuando solía inquietarla la pérdida de algún objeto que le hacía falta, en vez de buscarlo, desde su cotidiano sillón extendía la mano, encendía la vela de San Antonio, que siempre tenía cerca, y esperaba a que el santo le apareciese el objeto perdido. Su calma era inalterable; sólo dos veces la vi llorar antes de la época de su desgracia, una en su niñez, cuando se le murió un gato que por su pereza simpatizaba con ella, y otra cuando murió aquel esposo que había velado sobre ella como un padre y que le había evitado la molestia de tratar con el mundo, interponiéndose en todos los negocios como mensajero, entre ella y él.

Uraña con la sociedad, cuyos usos ignoraba en absoluto, al encontrarse viuda, aconsejada por una persona amiga, se atrevió a promover el arreglo de los intereses que le legara su esposo, y tres veces se volvió a su casa sin haberse

atrevido a entrar a la del licenciado que se le había recomen//dado, porque le daba vergüenza verlo y no sabía cómo hablarle. 24

Pasados estos días de actividad relativa impuesta por la necesidad y disfrutando de una pequeña pensión que escasamente la sostenía, volvió a su acostumbrado abandono. Sus hijos, hasta su muerte, no habían llegado a pisar una escuela. Como ella, se desarrollaban silvestremente, de la misma manera que se desarrollaban las plantas de los campos incultos, porque ésta es la trascendencia natural de la mala dirección materna.

¡Pobres arbustos abandonados! Ojalá que la desgracia de vuestra orfandad os sirva para pasar a manos que, aunque extrañas, cultiven o repriman con mejor acierto vuestras buenas o malas inclinaciones y facultades naturales. Ojalá que haya quien despliegue las alas de vuestras pequeñas inteligencias haciéndoos ascender en la escala de la vida moral e intelectual para que podáis dar a la sociedad familias mejor educadas y más racionales que aquellas de que descendéis. Y ojalá que lleguéis a comprender el gran axioma de Víctor Hugo: “No hay malos hombres ni malas yerbas; no hay sino malos cultivadores”. Esto será un bien para vosotros y vuestros hijos.//

Capítulo iv. La mujer atrabiliaria

[25]

Hija de los mismos padres y criada en la misma escuela que la mujer indolente, es otra planta parásita que vive a expensas de todos los defectos morales, hijos del defecto capital con que desgraciadamente la dotó la naturaleza, y que la carencia de educación desarrolló y acreció, dejando desbordar el fondo turbio de su carácter, cual se desbordan las aguas cenagosas del torrente por falta de dirección o de dique.

Hay quien cree que los instintos natura//les son indomables. Nosotros abrigamos distinta opinión y tenemos la seguridad de que someténdolos a un régimen moral e intelectual, adecuado y constante, se vencen o, cuando menos, se modifican. 26

El culto barniz de la educación destruye las tendencias rudas de la naturaleza, pule las asperezas de la inteligencia y refunde en el fondo del ser racional los arranques bárbaros del ser animal.

Esto es tanto más fácil cuando se trata de un niño al cual hay tantos medios para dominar, porque él descubre sincera y francamente todos los sentimientos que brotan en su interior.

Mi heroína, como todos los niños, descubrió los suyos en la tierna edad de la inocencia y el candor, pero tuvo a su lado una madre nula que no supo combatirlos y un padre descuidado que ni siquiera se fijó en ellos.

Por lo demás, ambos correspondían con mimos las primeras manifestaciones reprochables, y la niña creció displicente, voluntariosa e insubordinada. Durante el día meditaba y preparaba algunas frases groseras que decía por la tarde al maestro; era necesario rogarla para que saliese a recibirlo y casi nunca // daba la clase porque rara vez había querido estudiarla.

Aprendió a leer pasando los ojos por el libro, pues jamás consintió en hacerlo en alta voz; aprendió a escribir lo suficiente para formar y enlazar las letras, pero sin adquirir ningunas reglas de ortografía, y cuando estuvo a esta altura, declaró que sabía lo bastante y que no quería saber más. Por envidia, y no por estímulo, imitó a una amiga que concurría a la Academia de Bellas Artes,²⁴ y luego que pudo hacer algunos paisajes defectuosos, abandonó la pintura y se dedicó a la música, quedando satisfecha con tocar en el piano dos o tres piezas, de las cuales apenas conocía las notas.

Trataba de imitar cualquiera habilidad que veía en los demás, y de esta manera, al llegar a la edad de la presunción y la coquetería, inventó hacer vestidos mal confeccionados y que se ajustaba al cuerpo con alfileres por evitarse el trabajo de ponerles broches. Sin embargo, a primera vista parecían bonitos, y como sus complacientes padres le hacían constantes elogios, llegó a convencerse de su suficiencia y habilidad.

28 Seca y poco comunicativa, ni confesó // jamás lo que no sabía, ni preguntó lo que ignoraba, aunque tratase con amigas íntimas o condiscípulas. Recuerdo que leyéndole una vez un romance morisco, se le preguntó si sabía qué quería decir cimitarra y contestó que era una *planta*. Escribía a sus novios *efecto* en vez de afecto. Uno de ellos cortó sus relaciones con ella por este solo motivo; otro, porque la vio guardar el sombrero debajo del sofá, y por fin, el tercero que se hallaba poco más o menos a la misma altura que ella en instrucción y pulcritud de costumbres, le dio la mano de esposo.

Se creía conoedora del mundo, porque de niña, tanto en su casa como en las ajenas, se escondía maliciosamente tras de las puertas para escuchar las conversaciones de las gentes grandes. De todo acto pensaba mal; su terquedad no le permitía ceder en ninguna disputa, y su matrimonio era una serie constante de disgustos. Quedó viuda a los cinco años, y volvió al lado de sus padres y hermanas con el carácter más agrio, más áspero y duro que en su primera juventud.

29 Tenía dos hijos y, como sucede siempre con la mujer inculta, su amor de madre se convirtió en perjuicio para ellos. Después // de haberles transmitido perfectamente su modo de ser, nadie de la familia podía impedirles una travesura, sin que la madre y los hijos pusiesen el grito en el cielo; ella lamentando su

²⁴ Puede referirse a alguna escuela privada o a la Escuela Nacional de Bellas Artes fundada por la Ley Orgánica de Instrucción Pública del 2 de diciembre de 1867.

desgracia que la obligaba a vivir en aquella casa donde los niños eran mártires, ellos pateando y llorando, hasta que se les permitía hacer todo lo inconveniente que deseaban. De esta manea lograron almorzar sobre el piano, dormir sobre los muebles y tener gallinas en la sala.

Más tarde, cuando la abuela, causa primera de aquel sistema de educación, agobiada por la edad y desesperada por el desorden de aquel campo de Agramante,²⁵ aún se atrevía a objetar algo, los nietos le pegaban, y la displicente madre se contentaba con decir que eran *niños y huérfanos*.

No faltó quien repetidas veces tratase de convencerla de que precisamente porque eran huérfanos, era más necesario mandarlos al colegio para que se educasen y pudiesen bastarse a sí mismos, a lo que ella contestaba con acritud que no querían ir y que ella no los había de tyrarizar.

Cuando contaban diez y siete años uno, y doce la otra, dormían en el mismo lecho // con ella, porque no *querían* dormir solos; se escondían debajo de la cama cuando alguna persona la visitaba, y gastaban una renta en juguetes, que mutuamente se destruían en el acto que se enojaban.

Los abuelos y la madre murieron y hoy, aquellos niños semisalvajes son un joven de veinte años, tético y adusto, que cursa la educación primaria en una escuela de adultos y vive de un pequeño empleo concedido por lástima a su orfandad, y una joven de quince que nunca sonrío, que se esconde aún cuando alguna persona extraña llega a su casa, que no sabe contestar cuando se la saluda y que todavía no *quiere* aprender a leer.

Siguiendo la vida animal, el joven, a pesar de su juventud, de su insuficiencia y su escasez de recursos, tiene ya desde hace tiempo relaciones ilícitas con una mujer del pueblo. ¿Qué clase de familia formará? ¿Cuál será el porvenir de él y de su hermana? La contestación no es dudosa; la sucesión del descenso está perfectamente marcada. La ignorancia, la falta de educación y de civilización en dos generaciones ha producido multiplicados sus frutos, refinando las malas tendencias de la naturaleza y colocando a esos tristes seres en // medio de todos los elementos de caída, sin probabilidad alguna de redención.

La mujer, más que el hombre, tiene en sí las facultades de la sutileza, la perseverancia y la abnegación, que le dan la propensión de llevar al *máximum* sus pasiones y sentimientos. Por eso la vemos con tanta frecuencia llegar hasta la exageración en cualquier camino que siga y por eso abrigamos la firme esperanza de que el día que se la emancipe del oscurantismo en que generalmente vegeta, el día en que se le dé una perfecta educación, ella llevará a la exageración lo benéfico en todos sentidos, así como hasta ahora ha llevado lo nocivo. Y como la exage-

²⁵ Lugar en el que abundan las riñas y las disputas.

ración en el bien no puede ser mala, resultará de ella el engrandecimiento de la familia, de las sociedades y, por consecuencia, de la humanidad entera.

El día en que se dé a la mujer la luz suficiente para conocer y reprimir sus defectos, sabrá también reprimirlos en sus hijos, porque en el seno del hogar la madre es todo, allí está su imperio, y allí el padre, en materia de educación, representa un papel muy secundario.

32 Uno de los grandes alegatos del tipo femenino, que en estas líneas os he dibujado, // era que así era su genio y que así tenían que ser los de sus hijos. ¡Oh, madres de la presente generación!, no os apeguéis al fatalismo de estas tristes herencias. Tenéis el poder y el deber para destruir y modificar todo en esas tiernas naturalezas que se os entregan en la cuna.

La atrabilis, lo mismo que todos los gérmenes malignos de la humanidad, se curarán radicalmente entre vuestras manos cuando unáis a los tesoros infinitos de vuestro amor, los inmensos del raciocinio iluminado por la ciencia.//

[33] **Capítulo v. La mujer contraproducente**

Inteligencia despejada, carácter vivo, pero bondadoso; espíritu inquieto e investigador, memoria clarísima, constancia y aplicación en el estudio, temperamento nervioso, sensibilidad exquisita, sentimientos generosos, abnegación y amor, todas las dotes, en fin, que tanto en la parte intelectual como en la moral pueden hacer útil y productivo al ser humano, se hallaban reunidas en aquella niña (que ahora recuerdo con tristeza) tan llena de aspira//ciones y facultades para el saber, y tan llena de cualidades que la habrían hecho aplicar al bien propio y de los demás los caudales de instrucción que hubiese podido adquirir.

Desgraciadamente no sucedió así, porque todos los medios que la rodeaban eran contrarios a lo que ella necesitaba y el adelanto requería. De la madre no haremos mención. Era una de esas pobres mujeres criadas (aquí no cabe la palabra educadas) en la más crasa ignorancia y en la más completa vulgaridad; una de esas mujeres que conservan hasta la vejez, como dice Víctor Hugo, *toda la blancura de la estupidez sin la menor mancha de inteligencia*.

35 El padre era un ser excéntrico y ridículo, que desertando del convento para entrar en el matrimonio, seguía en el seno de éste todas las reglas de la orden de franciscanos a que debía haber pertenecido. Se levantaba a las cuatro de la mañana, se arrodillaba ante la imagen del seráfico padre y rezaba todas [las] oraciones de la comunidad y, además, varias novenas de su particular devoción que terminaban a las ocho, hora en que tomaba chocolate sin leche, porque así lo prevenía el orden, y // se iba a su empleo de donde volvía para seguir cumpliendo semiprofanamente todas las prescripciones de la misma orden. Ayunaba, fuera

de la cuaresma, la mayor parte del año; confesaba y comulgaba cada ocho días y era tan enemigo del progreso, tan refractario al adelanto, que asistiendo todos los días 12 a la villa de Guadalupe y a todas las fiestas religiosas de los pueblos inmediatos, iba y venía a pie por no montar en los ferrocarriles *que al fin eran obra de la ciencia moderna, perdición de las almas*. Odiaba a su esposa porque veía en ella al diablo tentador que le había hecho abandonar el hábito; en cambio adoraba a su hija, y por lo mismo no quería que se molestase aprendiendo lo que para *nada le había de servir*, pues en las mujeres era inútil hasta la lectura, *porque no se habían de parar a ver los anuncios en las esquinas, ni habían de ir a leer los periódicos en los cafés*.

Con tales teorías, cuando la niña tuvo la edad competente, la puso en una escolita donde se enseñaba el catecismo del padre Ripalda,²⁶ algunas labores de manos y escritura española. Además, como cosa muy extraordinaria, le llevó un maestro de piano, y como instrucción mental le dio por reci//tación la que él había recibido en su época de novicio: el Año Cristiano y el calendario religioso.

Pronto la alumna, con su buena inteligencia y su aplicación, terminó aquel monacal aprendizaje; hacía *lomillo*,²⁷ recitaba sin un punto el catecismo, conocía lo suficiente la vida de los santos, se sabía de memoria el calendario en su parte de fiestas religiosas, indulgencias, jubileos, etc., pero no sabía, ni sabe hasta hoy en su vejez, en cuántos meses y días se divide el año, ni qué significan las estaciones ni las fases de la luna.

En cuanto al piano, su natural disposición prevaleció y llegó a tocar en poco tiempo bastante bien, pero como el círculo que la rodeaba se componía de dos o tres sacerdotes y otras tantas señoras mayores, cobradoras de cofradía y que siempre estaban hablando con el papá a más y mejor de lo despreciable de las vanidades mundanas, de los escollos y horrores de la sociedad profana, y de que el cielo sólo se ganaba con el aislamiento de la devoción; aquí fue donde sus buenas facultades y cualidades comenzaron a volverse contra ella misma y a impedirle llegar al elevamiento que habría podido alcanzar. La humildad y la modestia que naturalmente sentía, se // alzaron hasta la exageración con el misticismo; su docilidad y acendrado amor filial la hicieron seguir ciegamente y con veneración las ideas que se le inculcaban, y fue verdaderamente un triunfo el que obtuvo su profesor, que deseaba a darla a conocer [*sic*] y hacer de ella una profesora, al convencer al papá y conquistar a la hija para que tocara ésta una pieza en un certamen musical. Desgraciadamente entre todos los jóvenes que tocaron ella fue la agraciada con el premio; y digo desgraciadamente, porque allí mismo juró mentalmente no volver a tocar en ninguna parte, por creerse indigna de recibir

²⁶ Se refiere al famoso *Catecismo y exposición breve de la doctrina cristiana*, del jesuita Jerónimo Martínez de Ripalda (1536-1618).

²⁷ Punto de bordado hecho a base de puntos cruzados.

aquella recompensa concedida al mérito, aquel estímulo a la aplicación, que estaba segura que toda aquella concurrencia que por primera vez miraba, estaría criticando en aquellos momentos.

Después de esto, no hubo convencimiento posible que la hiciese continuar aquella profesión; antes por el contrario, abandonó por completo su estudio, dedicándose a copiar música, es decir, a lo más inútil e improductivo desde que la imprenta multiplica por millares y a poco costo los ejemplares de cualquiera obra. Y esto sólo lo hacía porque su naturaleza, activa y adecuada para seguir la santa ley del trabajo, no podía permanecer ociosa.

Pasado algún tiempo, convencida de la inutilidad de aquellas hojas salpicadas de notas que sin objeto ni destino alguno se reproducían bajo su mano, abandonó esta ocupación y entonces se encontró con la mente vacía y sin saber en qué emplear la exhuberancia de pensamiento que la animaba.

Los libros se le prohibían como un pecado; su madre la reñía ya de antemano por dedicarse al piano que le antipatizaba y su padre, si alguna vez ella manifestó el deseo de prepararse de alguna manera para afrontar el porvenir, olvidándose por completo de la máxima evangélica que dice “ayúdate que yo te ayudaré”, le replicaba en el acto: “tú no tienes que preocuparte por nada; allí está la Providencia”. Entonces aquella juvenil inteligencia, apocada en todas sus ardientes inclinaciones, concentró todas sus fuerzas en el corazón, olvidó hasta la música y se convirtió en víctima voluntaria, ayudante y apoyo de todos los defectos y yerros de su familia.

Para que la madre no se disgustase ni reconviniere al padre, porque a pesar de sus ascéticas reglas regresaba a la casa // [a] las doce de la noche, ella con toda inocencia le facilitó la manera de llegar impunemente más tarde, esperándolo en vela, a oscuras y bajando a abrirle de puntillas para que nadie supiese a qué hora llegaba. Ella se atribuía la culpa de todo lo malo que pasaba en la casa, cubriendo los defectos de los demás, y ella tomaba sobre sí los deberes que todos sus parientes tenían que cumplir, relevándolos de sus respectivas obligaciones. Su trabajo era incesante, sólo que contribuía a fomentar el mal en vez de sostener el bien. Habiendo permanecido soltera, se dedicó al cuidado de los hijos de sus parientas perezosas, eludiéndolas así del pesado cargo de madres. Por fin, muertos sus padres, sola y con muy escasos recursos, al morir aquellas madres, adoptó como hijos suyos a los que dejaron, y como madres los ampara, acción sublime, pero que se torna en perjuicio de los huérfanos, porque sin cordura y sin sensatez hasta lo bueno se convierte en malo.

Si hubiese seguido su profesión, tendría ahora recursos suficientes para sostenerlos; no siendo así, consume diariamente su suicidio escatimando su preciso alimento para que ellos no carezcan de golosinas. Los ama tanto que es esclava de sus menores // caprichos; no manda a las niñas a la escuela porque *no tiene corazón*

para separarse de ellas ni un momento; no reprende a los hombres porque le parece que comete un abuso de autoridad que las sombras indignadas de las madres vendrán a reclamarle. Los más grandes, sin escuchar súplicas, se van como y adonde quieren, mientras ella toma a los más chicos y va a refugiarse a la iglesia, pidiendo a la Providencia que le ampare, mas sin poner de su parte los medios para lograrlo.

Entre tanto los niños crecen, pierden el tiempo y se pierden, y ella consume rápidamente su vida, aproximándoseles, sin comprenderlo, [a] una nueva y más solitaria orfandad.

He aquí una inteligencia desviada de su camino, una bondad descarriada de su objeto, una virtud que se propone la felicidad y da por resultado la desgracia. He aquí, en suma, a la mujer contraproducente en su amor, en su sacrificio, en su abnegación.//

Capítulo vi. La mujer inexperta

[41]

La mujer inexperta es la autómatas a quien se hace caminar con los ojos vendados; el gladiador que se arroja a la lucha maniatado; el impotente Prometeo en quien impunemente van a cebarse los buitres de todas las felonías, de todas las infamias que predominan en el mundo.

La mujer inexperta es aquella a quien se ocultan cuidadosamente hasta las más ligeras nociones del mal; aquella a quien se cría en la mayor reserva sin dejarla saber // nada de lo que pasa en los abismos nebulosos de la sociedad, nada de lo que bulle y se agita en torno de las tranquilas paredes de su hogar. Delante de ella no se habla, no se comenta, no se murmura por no ofender sus oídos, y si algo de los terribles dramas de la vida, en que ella forzosamente tendrá que ser actora más tarde, llega a ellos, se desfigurán los hechos, se la engaña y se desvía su conocimiento, a fin de que nada comprenda de la verdad.

42

Escondiéndole y trastornado hasta las transformaciones precisas de la naturaleza, se conspira no sólo contra su vida moral sino contra su vida física. Y cuando se ha logrado hacerla pasar ignorante y confiada veinte años entre los dulces mandamientos de la paz y la virtud; mientras ella se encuentra suspendida sobre el cráter de la maldad, dispuesto a estallar a cada momento bajo sus pies, sus padres y parientes se glorían de la educación que le han dado y hacen gala de la *inocencia de la niña*, cada vez que ésta suelta en sociedad una frase inconveniente o una pregunta tonta e indiscreta.

Estos padres, que así educan a sus hijas, no se han detenido a meditar que la inocencia no es sino una de las fases, y quizá // la más peligrosa, de la ignorancia, y que todos los actos que se ejecutan, para ser acertados, deben estar basados en

43

el conocimiento de la causa que los provoca y de los resultados que pueden o deben producir.

La inocencia conduce al niño a arrojar a su compañero o arrojarle él mismo en un precipicio, si no se le advierten las funestas consecuencias de estos actos, para evitar que se haga asesino o suicida inconsciente. Con tanta o mayor razón deben advertirse al adulto, conforme vaya avanzando en edad, los actos que le son permitidos o vedados, y por qué debe o no ejecutarlos, impidiendo así que caiga o precipite a los demás en los mil precipicios que le rodean. Las madres tienen el imprescindible deber de dar este conocimiento general de todo sin excepción, aun más que a sus hijos, que desde pequeños le van adquiriendo prácticamente por la libertad que tienen para acercarse a todos los círculos de la sociedad, a sus hijas, que permaneciendo por lo común en el retraimiento del hogar, no llegan a conocer de cerca sino un solo círculo escaso y reducido y que nada nuevo les enseña, porque se compone casi siempre de personas que concuerdan

44 // o se avienen a concordar con el modo de ser de la familia.

Esto no quiere decir que a la mujer se le deba instruir extemporáneamente en lo que a cierta edad es inútil y aun pudiera serle perjudicial.

La existencia civilizada, la existencia social, cuando sabe aprovecharse, es un libro abierto que va trayendo a cada época de la existencia humana las páginas adecuadas al aprendizaje de saber vivir en ella, dejando a la madre de familia el trabajo, no de ocultar o desfigurar esas páginas, sino de comentarlas trazando sobre cada una de ellas un cuadro de enseñanza objetiva que, de entre las negras y dolorosas sombras de la maldad, haga descollar la claridad noble y feliz de la virtud. Desgraciadamente, la idea de conservar esta ignorancia, apellidada inocencia, es tan común, aun entre personas ilustradas, que no hace mucho que, a propósito de una discusión en que se trataba de analizar, para estirparlas, las relaciones ilícitas que contraen algunas mujeres víctimas de la seducción proporcionada por la inexperiencia, un amigo mío, a pesar de hallarse a la altura de los mayores adelantos de nuestro siglo, decía escandalizado: “Yo no llevaría allí a mi

45 // hija”. Yo sí, le contesté, yo llevaré a la mía a donde quiera que se estudie el vicio con objeto de combatirlo, para que aprenda a conocerlo y atacarlo también, como deber particular en sí misma; como deber de humanidad en los demás. De esta manera la salvaré de que se extravíe en la práctica por falta de conocimientos teóricos. Debido a esto hay tantas catástrofes en nuestro sexo, luego que sale y aun antes de salir de la vigilancia paterna.

Comúnmente se cree que dar a la mujer las ilustraciones del mal es introducir en su alma la inmoralidad debilitando su pudor. Yo creo, por el contrario, que el conocimiento del mal sirve de preservativo, de estímulo y consolidación a la práctica del bien, y que el pudor, como todas las cualidades del ser humano, tiene que cultivarse con los despojos desmenuzados del mal, porque él es justamente la

oposición y la reprobación de la pureza contra la impureza. Pudor quiere decir, en sus principales acepciones, *recato*, *vergüenza honesta*, y mal puede recatarse ni avergonzarse la pureza ante la impureza si no la conoce ni sabe si es mala o buena, honrosa o deshonrosa. La que sí no solo debilita sino que mata el pudor, es la estupidez. La prueba la tenéis // en los salvajes que observan, hasta en su modo de vestir y con la mayor naturalidad, costumbres tales que harían morir de pudorosa vergüenza a cualquier individuo civilizado.

46

El pudor se siembra en el campo fértil de la cultura y de la propia estimación mejor que en el campo estéril de la estupidez y el abandono de sí mismo, y la mujer ensanchará más esa preciosa salvaguardia del pudor y de la honra cuanto más comprenda en qué consiste la imprudencia y la deshonra.

La higiene sería nula si no conociera los peligros a que se halla expuesta la naturaleza; la medicina sería ineficaz si no conociera las enfermedades que pueden quebrantar la salud, y aun la ley y la justicia en su solemne magestad serían incapaces en su ministerio si no conociesen y valorizasen a fondo los diversos grados de la criminalidad. Ya veis que el bien tiene que basar su acierto y su solidez en la controversia constante con el mal y que la mujer, que es la más perseguida, la más asediada y la más empujada a su abismo, tiene que ser la que más debe conocerlo para poder rechazar sus insinuaciones y librarse de sus acechanzas. Sin embargo, el tipo de // la mujer educada en la oscuridad moral, de la que no llega a conocer los sonrojos ni las podredumbres de la humanidad hasta que no cae en ellos y los comete sin comprenderlos, es tan abundante, que no he querido presentaros en este estudio, mis queridas lectoras, un tipo determinado, segura de que, buscándolos, hallaréis varios en vuestro derredor.

47

La mujer viciosa por inclinación, por natural perversidad, figura en más escaso número en las estadísticas de la degradación, que la mujer inexperta que gira aturdida en torno de la hoguera del vicio, hasta que, deslumbrada por sus resplandores, atraída por su fascinación, consume en ella su vida, su dignidad y su honor.

Si descendiésemos al origen de cada una de esas historias de cieno, encontraríamos como principio, en su mayor parte, la más crasa ignorancia moral e intelectual, pues no hay para que deciros que esta clase de mujeres son las que menos han tenido nunca un libro instructivo en sus manos, porque en cualquiera de ellos se habría visto un enemigo de su inocencia.

A la mujer inexperta que yo quiero presentaros para que estudiéis en su desgracia las consecuencias de la *educación inocente*, // no la busquéis en el hogar porque generalmente no lo tiene; buscadla en la calle por donde vaga mendigando pan o mendigando costura a la puerta de los grandes almacenes de *munición*.²⁸

48

²⁸ Artículos de consumo de baja calidad.

Víctima de la torpeza de sus padres, ella es la que desciende del elegante salón a la plaza pública; burla y ludibrio del amante a quien no supo exigir la garantía de su honra, ella es la que miráis pasar a cada momento a vuestro lado, pálida y demacrada, arrastrando tras sí una prole de seres infelices cubiertos de harapos, enfermos de hambre y de miseria.

La ceguedad del espíritu conduce al antro. Puesto que nuestras hijas no están destinadas durante esta vida a habitar en la soledad de las montañas ni en la atmósfera trasparente de las nubes, sino en el mundo práctico y real, eduquémoslas conforme a su destino; enseñémoslas a cuidarse y a defenderse, y entonces pasarán por entre los fangos humanos sin mancharse y sin perder la aureola de su inocencia efectiva.//

[49] **Capítulo vi. La mujer fanática**

Entre las innumerables víctimas del extravío religioso que desgraciadamente conozco, voy a elegir una cuya historia figure en la serie de sombríos modelos que me he propuesto presentar a vuestros ojos, mis queridas lectoras, para que sirvan de ejemplos prácticos a vuestra inteligencia, a fin de que podáis inspeccionar con el escalpelo de la sana y desapasionada razón los males que la ignorancia, la educación errónea y // las preocupaciones de todos géneros hacen pesar sobre la mujer mexicana. Estos seres colocados en la plancha del anfiteatro social os ayudarán a conocer y a curar las enfermedades que aquejan y degeneran a nuestro sexo.

Mi modelo presente nació y vegetó en una de las poblaciones más atrasadas de la República. Tuvo por directora a una tía solterona, crecida y envejecida en la sacristía, una de esas idiotas que hacen de la religión una costumbre inconsciente, única ocupación de su vida, y que no llegan a sentir jamás ni las pasiones del corazón, ni los afectos de familia, ni los deberes de humanidad.

La huérfana, recibida en su casa por orden del señor cura de la parroquia, tuvo a su lado por alimento lo que sobraba en su mesa, por ocupación, las faenas domésticas y los adornos de la iglesia; por instrucción el "Mentor de los niños" y el padre Ripalda; por deberes morales, la sumisión incondicional y la obediencia ciega, y por deberes espirituales, la misa, la confesión, el ayuno y las devociones caseras, que Dios sabe si eran variadas y repetidas en aquella bendita morada.//

Desgraciadamente, el carácter e inclinación de aquella novicia sin hábito no se avenían muy bien con tal sistema de vida y a los veinte años, a través de las persianas de la ventana, logró entenderse con un novio y pensó en casarse, lo cual fue para la tía un sacrilegio tan grande, que la arrojó inmediatamente de su casa como a una poseída de Satanás.

El novio, honrada y caballerosamente, se casó con ella y la trajo a vivir a esta capital, donde un mundo nuevo y deslumbrante se abrió desde luego a sus miradas, llenando su mente, hasta entonces vacía, con los más extravagantes delirios. La libertad repentina que la rodeaba despertó en su alma todos los malos sentimientos que nunca había manifestado, ni nadie se había cuidado de escudriñar para corregirlos y refrenar sus ímpetus. Exigente y altanera con su esposo, déspota e injusta con sus criados, inconsecuente y desagradecida con sus amigos, alejó de sí a todas las personas buenas o ilustradas que no podían transigir con ella y que quizá le habrían sido útiles con el ejemplo de su honradez. De todas las costumbres de su vida anterior solo le quedaba una, el fanatismo, porque no puede llamarse religión la que se sigue // en la forma y no en el fondo. Buscando, no instrucción sino entretenimiento a su mente, ocurriósele leer y se suscribió a un gabinete de lectura, pero antes consultó a su director de conciencias qué libros podía escoger. Y como en la prohibición eclesiástica sólo están comprendidas las obras que tratan asuntos filosóficos, científicos, históricos o religiosos, entrando en esta condena hasta la misma Biblia, origen y base de la religión católica, el sacerdote borró sobre el catálogo los autores que no debían ser leídos, tales como Víctor Hugo, Dumas, Sue,²⁹ y por sí o por no, todos los autores franceses, dejando a su disposición únicamente la escuela erótica y romántica española. 52

La antigua reclusa se entregó en cuerpo y alma a aquella biblioteca y, a manera del ingenioso hidalgo de la Mancha, comenzó a soñar con las aventuras de capa y espada, con los castillos feudales y, sobre todo, con los amores ocultos. Comenzó a juzgar desgraciada y monótona su existencia, prosaico a su marido, impertinentes a sus pequeños hijos y sombría aquella casa donde faltaba un encubierto trovador. Abandonó hasta sus devociones cotidianas, quedando sólo vigen//tes las muy necesarias para no irse al infierno, como la misa y la confesión y una lámpara que ardía ante la *preciosa sangre*, con la suplicante intención de que le concediese el anhelado amante. 53

Buscando, encontró por fin uno que le pareció apropiado para *amarle hasta la deshonra, para morir por él* o para que él *le mandase su último adiós salpicado con sangre*. Las citas se repitieron unas tras otras; el templo, santa morada de Dios, era el bendito asilo de sus amores y los santos eran los cómplices que velaban por su seguridad, porque ellos conceden a sus devotos todo lo que con afán y fe les demandan.

Algunas veces la asaltaban repentinos temores y sordos remordimientos, pero aquí era donde encontraba justamente lo heroico de su pasión, lo inmenso del *sacrificio de su virtud*, sin contar con que también hay poesía en dejarse tentar por el Diablo.

²⁹ Eugène Sue, nacido Marie-Joseph (1805-1857), autor francés de novelas de folletín, entre ellas *Los misterios de París*.

Ocurriósele de repente que faltaban a aquel deliquio encantador las conmo-
 ciones de la tempestad y comenzó a figurarse que su amante le era infiel, que ella
 54 debía descubrir su perjurio y presentársele confun//diéndolo con los vibrantes
 rayos de su indignación. Efectivamente, desde aquel momento tomó a su servi-
 cio un grupo de espías bien pagados, que acechasen constantemente los pasos del
 traidor.

Entre tanto, el marido que costeaba estos gastos, trabajaba sin cesar; era fiel,
 honrado, cariñoso, cumplía con todos sus deberes, pero tenía el delito de no ser
 poético ni soñador.

En esta parte, la virgen de Guadalupe fue la encargada de salir airoso en sus
 descubrimientos de infidelidad, en los cuales tuvo buen éxito, pues después de
 algunos meses hizo tantos y tan ruidosos, que no solo produjeron la tempestad
 que debía coronar el drama, sino que estuvieron a punto de llevarla a la tragedia,
 poniendo al corriente de todo al esposo ultrajado. Afortunadamente, el amante
 optó por poner término al asunto retirándose de la capital, mientras ella se ence-
 rraba a llorar románticos desengaños.

Aquí terminó la asquerosa novela y comenzó la triste historia de la desgra-
 cia. La adúltera quedó viuda y con una numerosa familia. El dinero dilapidado
 por ella para obsequiar al amante primero, para acecharle y perseguirle después,
 55 unido // al que por falta de gobierno se perdía en la casa, faltó y falta aún a los
 inocentes hijos, que sufren todos los horrores de la miseria.

En tanto esa madre culpable, esa madre manchada con uno de los más re-
 pugnantes delitos que puede cometer la mujer, esa madre que roba a sus hijos y que
 se halla más que ninguna otra en el deber no sólo de sostenerlos a costa de su
 propia vida si preciso fuese, sino de restituirles lo perdido, al encontrarse sola y sin
 amparo, volvió a refugiarse con mayor fervor en el fanatismo y acabó de dilapidar
 los intereses de los huérfanos, haciendo donativos a las iglesias para alcanzar el
 perdón de sus culpas. Si alguien le impartía un auxilio, en vez de comprar pan para
 sus hijos, compraba una misa para su salvación, y hoy que ellos comienzan a soste-
 ner con su corto trabajo un modesto hogar y que ella ya no tiene dinero, [se] le ha
 ocurrido ganar el cielo de otra manera y ayuna sin cesar y se pone cilicios, y pasa
 largas temporadas en las casas de ejercicios, castigando su cuerpo, que no ha sido
 más que el vil instrumento de sus malas pasiones, en vez de castigar su alma por
 56 medio del arrepentimiento y de la consagración constante del // sacrificio y del
 deber. Su reducida mente no puede abdicar las doctrinas del egoísmo religioso que
 obra por sí, en sí y para sí, ni comprender que la redención sólo se obtiene por
 medio de la expiación del trabajo y la amargura ofrecidos a los seres agraviados, de
 la penitencia ejecutada en provecho de ellos, y de la oración levantada por medio
 de caricias en aquel hogar que debiera ser el templo de su verdadera reforma.

Aislada de la sociedad como siempre, no trata con nadie porque teme contagiarse de herejía. Su casa es el templo, allí la veréis escualida y amarillenta, escondida en un rincón, ofreciendo a Dios el suplicio de sus rodillas y no el de su corazón, que es el mismo de antes, egoísta, ingrato y desamorado aun con los seres más íntimos.

Mientras la religión se comprenda en este sentido, mientras se crea que a Dios se le deben ofrecer palabras vanas y fórmulas absurdas en vez de obras, virtudes y sentimientos generosos; mientras se trate de halagarlo con miserias y pequeñeces en vez de grandezas morales y progresos en el bien, la humanidad no saldrá nunca del círculo vicioso de sus males.//

Capítulo VIII. La mujer consentidora

[57]

La frase vulgar que encabeza este artículo es tan conocida, que revela por sí sola lo común de tal defecto en nuestro sexo, especialmente entre las madres de familia que lo transmiten a sus hijos de la misma manera que lo han recibido de sus padres.

La mujer consentidora ha sido educada en un medio en que la oposición al mal le es absolutamente desconocida; carece de energía como carece de principios, y lo que se le ha establecido por regla es la condes//cendencia constante de sus padres con ella y de ella con sus hermanos, a los que se le ha enseñado a guardar toda clase de consideraciones sin oponer nunca la menor restricción a sus caprichos. Acostumbrada a la contemporización, la energía le parece imposible y completamente agena a su carácter, y la corrección una monstruosidad impropia de su misión de paz y de dulzura.

58

Poseída de estas ideas se casa, tiene una abundante prole y la educa en el mismo sistema seguido con ella y aumentado con las santas y más poderosas efusiones del amor materno, que es el más expuesto a caer en las mayores ceguedades imaginables, respecto de los defectos capitales de los hijos.

La mujer consentidora, por regla general, posee una calma inalterable. Se goza y se recrea, no en las gracias encantadoras de los niños, como es natural en todas las madres, sino en las groserías que desde muy pequeños comienzan a cometer. Los mira arrobada con los ojos de su alma, y no sale ni por un momento de sí misma para verlos con los ojos duros y fríos de la imparcialidad con que los juzga el círculo extraño que los rodea. No comprende el desagrado que causan y cree que todos se // complacen en celebrar con ella los actos inconvenientes y molestos a que se entregan. En la primera edad nada les corrige porque son *chiquitos*; después, no les reprime nada porque son criaturas y, por último, en la adolescencia se convierte en cómplice y encubridora de todas sus faltas, porque

59

los hijos duelen mucho, porque una madre no puede ser verdugo y porque hay otros jóvenes peores que los suyos.

- Desde que el padre los manda a la escuela comienza a reprocharle su dureza, llora y va a ver al maestro para suplicarle delante de los mismos ángeles que los mime y los contemple porque son muy delicados y pueden enfermarse del corazón. Al día siguiente todos los chicos amanecen quejándose de dolor de corazón, aunque no saben decir a punto fijo dónde les duele. La madre llora de nuevo porque el padre se empeña en que vayan a sus clases a pesar de la enfermedad, y deplora que los inocentes tengan un padrastro en lugar de un padre. Si éste flaquea en aquellos momentos y condesciende con las insinuaciones de la esposa, ya aquellos niños pueden contarse como otros tantos vagos futuros; si por el contrario se sostiene, tendrá diez probabilidades contra noventa de llegar a // sacar algún provecho de ellos, luchando por supuesto contra el obstáculo de la madre que los ampara decidida, aunque embozadamente, contra tanta iniquidad.

Pasan los días y cuando alguno de los niños se siente con mayor pereza que de costumbre, ya no recurre al papá que lo obliga, sino a la mamá que le ampara, para alcanzar el permiso de no ir ese día a la escuela. Ella accede a la solicitud encargándole que se esté *acostadito* y diciendo que tiene calentura. Apenas sale el padre cuando ya el doliente anda saltando sobre los muebles y volviendo la casa de revés. Esto se repite con todos los niños y la mayor parte de los días. Cuando desean algo extraordinario lo solicitan rompiendo lo que tienen cerca, golpeándose contra las paredes, pegando a los criados, aturdiendo con sus gritos y dejándose caer en el suelo, de donde va a levantarlos la madre cubriéndolos de caricias y de besos.

Cuando llegan a los diez o doce años ya no piden nada, porque todo lo toman sin consultar. Fuman puro, van a jugar a la ruleta las pesetas que se les dan, entran a las cantinas, se la echan de galanes por las calles y vuelven a su casa a las nueve de la noche.//

- Entretanto, la madre que llena de angustia los ha esperado en el balcón desde las cinco de la tarde, se decide por fin a darles un castigo; mas el gusto de verlos venir sanos y salvos le quita el enojo, y los recibe solícita con la cena servida, pensando que los *pobrecitos estarán muertos de hambre* y suplicándoles que no vuelvan a ocasionarle otro susto semejante. Al sentarse a la mesa resulta que nada les agrada, que botan los platos y que la mamá, implorando paciencia del cielo y exclamando ¡qué haré yo con estos niños!, llama al mozo para que vaya a traerle a cada uno el antojo que desea, rogándoles después que se recojan para que no vaya a notar su papá que llegaron tarde.

Cuando éste, al ir a pagar las mensualidades de los elegantes colegios donde se educan sus hijos (porque eso sí, la señora no quiere que se *juntan con cualquiera*), se entera de que los niños han asistido ocho días en el mes y viene dispuesto a

darles su merecido, ella le dice que será una injusticia, que no tienen la culpa, que los ha tenido ocupados y que siempre que han faltado ha sido con permiso suyo. // El esposo se enoja, la esposa lo calma con sus lágrimas y los hijos siguen creciendo y perdiendo el tiempo. 62

Llegan a la edad en que el estudio se hace imposible porque ha pasado su época, y el padre, desengañado por fin de la inutilidad de sus esfuerzos, deja de soñar con ciencias, con artes y con carreras profesionales, e interpone su influjo, su crédito y sus resoluciones para ver de conseguirles un empleo de a treinta pesos, generalmente en el gobierno, pues sólo saben leer, escribir y medio contar; si no es que uno se fuga de su casa, otro sienta plaza de soldado, y alguno toma otro camino peor todavía. Los que de entre ellos resultan más juiciosos y honrados, permanecen empleados una parte de su vida y cesantes la otra, quedándoles sólo el triste orgullo de exclamar al pasar junto a un médico notable, un ingeniero inteligente o un eminente escritor: “aquél fue mi condiscípulo de latín, ése de matemáticas y éste de literatura”. También se les oye con frecuencia murmurar: “mi pobre madre era un ángel, pero ojalá me hubiera impuesto los más terribles castigos cada vez que me negaba a concurrir a mis clases. ¡Otro habría sido mi porvenir!” //

Éstas son las honras póstumas que hacen a las madres débiles aquellos de sus hijos que, como antes he dicho, resultan juiciosos y honrados. Los que además de insignificantes son perversos, éstos no sólo reprochan de palabra sus yerros a los que así los han educado, sino que arrastrarán su nombre en las tabernas, en los garitos y también en los presidios, donde van a compurgar los abusos de confianza, las estafas y las falsificaciones de documentos, único giro en que han aprovechado los rudimentos de enseñanza que recibieron. 63

Nada digo de las hijas, si las hay en la familia, sino que desarrollan en otro sentido sus defectos, siendo mujeres insoportables para el marido si se casan, ligeras e inadmisibles en la sociedad si permanecen solteras, y madres pervertidoras a su vez, pues tienen que ser parecidas a su abuela e iguales a su madre.

Mientras las inteligencias femeninas permanezcan incultas, o sólo se nutran con absurdos, ridiculeces y vaciedades, la mujer no podrá adunar³⁰ nunca la ternura con el criterio, el amor con el deber. Seguirá, como hasta aquí, siguiendo sin escrutinio los impulsos de su corazón y como éste siente muy bien pero piensa muy mal, // errará de seguro en todas sus inspiraciones y sus yerros irán a reflejarse en la familia y pasarán multiplicados a cada generación. 64

La mujer que tolera y fomenta las impertinencias de sus hijos es una desgraciada delincuente que, creyendo hacerlos felices con su insensato cariño, atrae sobre ellos y sobre sí misma todas las calamidades del infortunio. Las malas

³⁰ Congregar, juntar, unir.

pasiones deben combatirse desde sus primeras manifestaciones, oponiéndoles, desde luego, los principios de la moral apoyados en la lógica de la razón, y la parte principal de la maternidad no es nutrir al ser físico, sino al ser espiritual; no es solo dar nuestra sangre y nuestra vida a nuestros hijos, sino darles también nuestra inteligencia, nuestra alma, nuestra rectitud.

Confiamos en que esto sucederá alguna vez, y trocando en esperanza el reproche del hijo detenido en el sendero del progreso por su misma madre, exclamamos con la esperanza que nos inspira el deseo ¡el día en que la mujer sepa pensar lo mismo que sentir, y educar lo mismo que amar, otro será el porvenir de nuestra patria! //

[65] **Capítulo ix. La mujer presuntuosa**

Esta ridícula variedad compuesta de la mujer ignorante y de la mujer mal educada reúne en sí la mayor parte de los vicios y defectos que en mis anteriores artículos os he escrito y otros nuevos que ni siquiera suponen las mujeres que se han formado en el naturalismo del abandono. Éstas, por lo común, son humildes y tímidas ante la sociedad, pues ni siquiera han formado opinión sobre sí mismas y sólo conservan el instinto indefinido de su poco valor. La mujer presuntuosa, por el contra//rio, luego que sabe leer, cree que vale algo; al aprender a escribir, cree que vale mucho; el día que vence una operación aritmética, cree que vale muchísimo. Cuando llega a tocar en el piano algunas piezas ambulantes de las que se ponen en circulación rodando de canto en canto por las calles, cree que ha dominado el arte, y luego que ha leído algunas novelas de Fernández y González y Montepin y *La Quijotita* de “El Pensador Mexicano”,³¹ cree que es un pozo de ciencia, de sensatez y de buen juicio, y comienza a ejecutar “La Quijotita” al revés y bajo otro tema del que se propuso en aquella magnífica obra su ilustrado autor. Desde aquel momento, su biblioteca queda elegida y sólo lee las obras de la misma escuela y parecidas a las primeras que formaron lo que ella considera su instrucción, quedando condenadas sin apelación las que no conoce o no acierta a comprender a la primera mirada. Ni por vía de entretenimiento lograréis sacarla de su genio. Critica el Quijote declarándolo insulso y se asombra de que el mundo le haya dado una fama que en su ilustrado criterio no merece; reprocha y ataca

³¹ El español Manuel Fernández y González (1821-1888) fue autor de alrededor de 300 novelas, la mayoría de corte histórico o costumbrista, como *El pastelero de madrigal* y *Los desheredados*. Xavier de Montepin (1823-1902) autor francés de folletines y dramas que, en su momento, fueron muy populares, como *La portense du pain* o *Le medecin des pauvres*. *La Quijotita y su prima* (1818) es una novela de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), quien adoptó el seudónimo de *El Pensador Mexicano*.

todas las creencias, todas las ideas y todos los adelantos en que ella, por su estupidéz, no // es capaz de tomar parte, especialmente los que se refieren a su sexo, cuyos avances en la vía del progreso ridiculiza y execra, escandalizándose de que la mujer se asocie o tome parte en algún estudio o práctica social de los que hasta hoy sólo ha especulado y aprovechado el hombre. Llama a las profesoras *bachilleras*, a las mujeres científicas *marimachos* y se espanta y se horroriza de que haya mujeres que pretendan estudiar medicina, astronomía, matemáticas o leyes, porque, según su juicio, estos estudios son propiedad exclusiva de los hombres. Aunque se jacta de hallarse a la altura de la despreocupación, de la libertad de pensamiento y de la tolerancia de la época, no transije con que la mujer ingrese en ese nuevo campo de instrucción, abierto recientemente para ella en México y gloriosamente recorrido ya por el sexo femenino norte-americano y europeo. Mas como su escaso entendimiento ignora todos los avances contemporáneos de la inteligencia y del derecho humanos, y aunque los conociese no sería capaz de comprenderlos, le parece un sacrilegio que la mujer ilustrada rompa la valla de vulgaridad que la encierra, que desarrolle su inteligencia fuera del límite de la rutina que // le marcaron su abuelos y que, cumpliendo con las leyes del adelanto y la sociabilidad modernos, se incline a buscar los medios de ser útil a sí misma y a la humanidad. Su intransigencia es tal, que la hemos visto cometer faltas de urbanidad de [las] que se avergonzaría una costurera, volviendo la espalda y negándose a saludar a personas honrosamente reputadas en la sociedad culta y que, indulgentes con su atraso y respetuosas con sus ideas, le habían honrado con su amistad. Verdad es que esto más bien es efecto de su natural grosería y que otras veces comete las mismas faltas sin más motivo que el estado más o menos irascible de su bilioso humor, de su envidia o de otras cualidades por el estilo.

Con semejantes maneras, ya comprendéis, lectoras mías, que su círculo amistoso se compone de alguna familia vecina que la trata con motivo de la proximidad, mientras recibe de ella alguna inconsecuencia mayúscula; de algún provinciano que de vez en cuando viene a parar a su casa y de tres jóvenes beatas que no saben hablar, si no es para murmurar; que apenas entienden lo que escuchan, que se escandalizan de todo, que elogian todos sus ac//tos, y ante las cuales despliega y luce todas sus galas artísticas, tocándoles piezas de la época de Zuloaga,³² y todos sus recuerdos aristocráticos, refiriéndoles a cada visita que su maestro de música fue un genio como no ha habido ni volverá a haber otro. Que ella siempre ha sido muy decente, que se crió en la opulencia, que su padre fue también un personaje eminentísimo, que tuvo una casa en el centro y que, por eso, ella no puede avenirse a vivir en otra parte que no sea la plaza de armas o catedral. Estas conversacio-

³² Félix María Zuloaga (1813-1898), militar mexicano, abanderó la causa conservadora. A raíz del Plan de Tacubaya ocupó la presidencia interina del país de 1858 a 1859.

nes suelen tener por tema de variación los errores del progreso y el horror que causamos a aquellas señoras las mujeres que en lugar de ocuparnos en hacer frutas de cera, que son tan bonitas, o en bordar un vestido al Santo Niño de Atocha, nos entretenemos en los asuntos de los hombres, queriendo saber dónde está tal o cual planeta, de qué se compone la atmósfera, qué hacen en China, y metiéndonos a investigar sacrílegamente qué podrá haber después de la muerte, cuando bien dicho tiene el Padre Ripalda que hay cuatro senos o lugares de las almas, que son cielo, infierno, purgatorio y limbo y, sobre todo, que estas son cosas que para nada nos importan.//

- 70 Ante la misma ilustrada concurrencia ostenta también la inteligente crítica sus grandes dotes para el gobierno interior de la casa, y su sistema de educación, que es el *non plus ultra* del acierto y la rectitud. Como ocasión propicia para comprobar lo anterior, llegan del colegio los niños en aquel momento (las niñas no salen de casa porque son mujeres y reciben allí mismo clases de una de las tres señoritas antes descritas); llegan en aquel momento los niños tendiendo sus manitas y sonriendo con sus caritas de ángeles, pero la mamá no los deja acercar a las visitas, diciéndoles con tono acre y altanero “¡fuera de aquí!, los niños no saludan a las personas grandes”. Para manifestar hasta dónde llega su rectitud y severidad materna, cambia de voz toda vez que les dirige la palabra, pone el semblante más agrio que le es posible, les habla de usted y se yergue, como para hacerles sentir mejor el peso de su soberanía. Al sentarse a la mesa le dice a cada uno con énfasis: “síntese usted y si no come lo que se le da, se le hará comer doble ración o no comerá usted nada”.

- 71 Usa todavía como argumentos convincentes el *cuero* y el *mecate* y, cuando co//meten alguna falta, les avisa por la mañana, a manera de encapillamiento, que tienen que recibir una *zurra* por la noche, pena que les aplica con toda exactitud, consecuente con su sistema de terror. Y consigue perfectamente su objeto; los niños, en efecto, son un modelo de quietud, obedecen la indicación de una mirada y pueden dejarse a prueba en cualquiera casa un día entero sin que causen el menor trastorno ni molestia, ni quebranten por un instante la disciplina de su quietud. En cambio, se manifiestan temerosos, tristes y encogidos, no se atreven a pensar ni a revelar sus ideas y sólo se deciden a moverse y a hablar tímidamente cuando están fuera de alcance de la vista de la mamá.

- 72 Todo lo que ejecutan es movido por los automáticos resortes del temor, sin comprender por qué deben obrar o no, de uno u otro modo, ni cuáles son los actos buenos o malos, ni por qué merecen castigo unas veces y otras no. Y esto depende de que entre las intransigencias gloriosas de la sabia y heroica señora, está la de no parecerse a las madres *machorras*, que tanto antipatizan a su buen gusto y que *se ponen a tú por tú* con sus hijos, explicándoles el motivo de sus determinaciones, // permitiendo y contestando interrogatorios y dejando que

los muchachos se enteren de los sentimientos e ideas de sus padres, que tampoco les importan para nada.

Entretanto, mientras obra sus efectos educativos este sistema tirano-inquisitorial elevado al clasisismo antiguo por la severa matrona, ella vive feliz y satisfecha. Impera en su casa sobre esposo, hijos y criados, como soberana absoluta; no va al teatro si no es con los requisitos necesarios a su alta alcurnia, segura de que por su notoriedad todo el público ha de fijarse en si lleva vestido verde o azul. Es vieja y cree que parece joven, es fea y se juzga bastante bella todavía; nadie detiene la vista en su insignificancia, pero ella se infla creyéndose objeto de la atención general y modelo de elegancia, de distinción y de buen tono.

Tal vez mis lectoras se hayan librado de la fatalidad de conocer a alguno de estos cuervos, que se creen revestidos con el plumaje del pavo real; si así es, les deseo que no los conozcan nunca, porque no harían más que perder el tiempo, la amistad y la paciencia. //

Capítulo x. La mujer frívola

[73]

Éste, que es también uno de los tipos más comunes y generalizados entre las mujeres de nuestros días, no es ya como los primeros que os he bosquejado, consecuencia directa del abandono ni de la carencia absoluta de instrucción, sino consecuencia lógica y clara de la educación a medias, superficial y limitada que, como gran concesión de adelanto ha otorgado a nuestro sexo este siglo de luz y reivindicación, que comienza a avergonzarse del atraso y a enmendar las iniquidades de sus antecesores. Lo mismo que la mujer presuntuosa de que antes os he hablado, su defecto capital no es la ignorancia, sino la falsa educación. ¿Queréis saber en qué consiste ésta? Pelletan³³ os lo dirá con todo el acierto de un criterio profundo y verdadero, en el párrafo siguiente:

Enséñase a la joven con especial cuidado lo que llamamos las artes de entretenimiento; de entretenimiento, ya com//prenderéis... La palabra indica suficientemente la mente de la cosa; es decir, que se la enseña a mortificar el piano, a cantar arias, a pintar a la aguada, a bailar con gracia, a saludar con todo refinamiento, a semi-sonreír (sólo la mujer casada tiene el derecho de sonreír por entero), a mantener el hombro derecho al nivel del izquierdo, a llevar su belleza con reservada coquetería y a encontrar la línea matemática de una sesgadura de talle, lo cual tiene cierta poesía tácita, dejando a la imaginación el cuidado de completar el cuadro.

74

Tocante a lo demás de la instrucción, no es más que un entremés colocado en la mesa del porvenir para que no remuerda la conciencia. Se consiente en que aprenda la joven algo de

³³ Véase nota 3, *supra*.

gramática, de historia, de aritmética, un poco de idioma o de idiomas extranjeros, pero sólo como fórmula, a la carrera, de tal suerte que, al salir la joven del colegio o del convento, sabe con corta diferencia la ortografía y recitar de memoria la tabla de Pitágoras.

- 75 Este sistema de educación a lo sumo basta a la joven para el prefacio del matrimonio; ármase en corso, hablando con propiedad, se le expide el sello de marcha // para capturar un marido. Empero, una vez capturado, firmados los capítulos matrimoniales, consumado el enlace y guardado en el arca el velo nupcial, la mujer vése precisada a desterrar en el fondo de la misma arca todo su pequeño ajuar de entretenimiento, debe desarmarse, pues si desgraciadamente quisiese hacer uso otra vez de su facultad de agradar, ¿cómo la emplearía? ¡Ay!, de todo su saber de un día y para un día, desde ese momento inútil o innecesario, sólo le corresponde arrancar de vez en cuando una plañidera nota a su piano, para acompañar la melancólica ociosidad de su ensueño.

Aquí tenéis, lectoras, brillantemente pintado por el sabio escritor francés, el origen de la frivolidad de la mujer; y esto que él dice de la falsa educación en Francia no es todavía aplicable a la falsa educación en México. Aquí, a esa educación de *entretenimiento* se le considera como el máximo de ilustración en la mujer, y la que por rara excepción, sabe siquiera la ortografía, algo de música y pintar a la aguada, sin saber una palabra de historia, de ciencia ni de filosofía, a ésa se la considera una notabilidad, y se dice que tiene una *brillante educación.* //

- 76 La mujer frívola tiene la cabeza llena de paja, de humo, de todo lo que se quiera, menos de raciocinio y de sensatez. Disparata locamente sobre todo lo que no sabe, se mezcla en todas las conversaciones que no entiende, habla sin cesar, ríe constantemente, va y viene, y tal parece que la volubilidad de sus ideas corresponde perfectamente a la inquietud de sus nervios.

He visto a una de estas jóvenes frívolas, que creen caer en gracia, interrumpir en una reunión de confianza, pero donde había personas de respeto, a un poeta que recitaba una poesía, para preguntarle *qué era eso de musas del Pinto*; he oído a otra que, repitiendo las palabras que oía sin fijarse ni en su pronunciación ni en su sentido, en vez de reumas articulares decía *reumas artificiales*.

- 77 La mujer frívola obra como habla, inconscientemente, sin pensamiento ni reflexión. Cuando soltera, en la casa de sus padres es, no la alegría juvenil y graciosa que agrada en una joven bien educada, viva e inteligente, sino el ruido y el movimiento que aturden y marean; cuando casada, en la casa de su marido, es la verbosidad vacía e insustancial que fastidia y // cansa. No puede sostener una conversación ni aun sobre los asuntos triviales que ella misma propone, pues sin ilación ni concierto y a manera de pájaro que salta de una rama a otra, veréis a aquella imaginación ligera saltar de la descripción de un baile o de un paseo a la muerte de *fulanita* o a la última encíclica de su santidad el Papa, de la cual ha oído decir *quién sabe qué*. O bien en medio de una discusión sobre literatura o astronomía, la escucharéis preguntar de repente *quién le hace sus vestidos a menganita*,

porque le gustan mucho. Cuando vieja, perdidos ya los atractivos de la juventud, la belleza o la coquetería que la hacían tolerable, aquella cabeza vacía se reclina en el seno del cansancio y el tedio, porque al debilitarse la vida física, no puede refugiarse en la vida intelectual, ni hay ya para ella amigos que se avengan a soportar sus sandeces.

Con las mujeres educadas en forma, sucede todo lo contrario, el talento no envejece nunca. Por eso, mientras Ana de Austria, que no tenía más dote que su hermosura, al llegar a la vejez, para atraer a sus tertulias a la corte y a sus mismos hijos tenía que valerse del subterfugio de rifar sus joyas, Mme. de Sevigné y Mme. // Staël,³⁴ que no tenían más aliciente que su inteligencia y su ilustración, estuvieron rodeadas hasta sus últimos días por lo más selecto de la sociedad parisiense. Con todas las mujeres cultas sucede lo mismo, cada una según su cualidad y condición.

La frivolidad, como todo vicio que se apodera de la naturaleza humana, predomina de tal modo en el carácter de la mujer, que en ocasiones me he quedado atónita al contemplar rasgos que, sin presenciarlos, me habrían parecido increíbles. Uno de ellos es el de una señora, de esta clase por supuesto, que acababa de sufrir la más cruel de las desgracias con la muerte de un hijo de veinte años, el único que tenía y que representaba para ella el objeto de su mayor adoración.

Mientras el cadáver se hallaba tendido, ella sollozaba desolada y aquel inmenso dolor oprimía el corazón y hacía brotar el llanto en los ojos de todos los que asistíamos a aquella tristísima escena. De improviso sus sollozos cesaron, quedóse un instante pensativa y volviéndose a mí, me preguntó con doliente voz *si quedaría bien su vestido de luto con olanes porque no le gustaban los vestidos lisos.* // Han pasado 14 años desde aquel día y este incidente, tan insignificante en apariencia, no ha podido borrarse de mi memoria, así como no se borra aún la impresión helada y punzante de horror, de desprecio y de lástima que, en mi doble calidad de mujer y madre, experimenté en aquellos momentos.

En la mujer frívola la ligereza de actos corresponde a la ligereza de ideas, no hay para qué decirnos que en todas sus obras es inconsecuente y atolondrada. Como madre es de las que se alucinan o se desalucinan con la relación que les hace cualquiera persona de tal o cual escuela, y sin pensar si puede o no, inscribe

³⁴ Ana de Austria (1601-1666) nació en España, hija de Felipe II y esposa de Luis XIII de Francia; una vez que lo obtuvo, cedió el poder real y terminó sus días en confinamiento. La marquesa de Sevigné (1626-1696), nacida Marie de Rabutin Chantal; la correspondencia que sostuvo con su hija (publicada póstumamente) es el mejor retrato que se tiene de la Francia de Luis XIV. Anne Loise Garmaine Necker, baronesa de Staël-Holsten, conocida simplemente como *madame* Staël (1766-1817), fue anfitriona de una célebre tertulia literaria en París, ciudad que se vio forzada a abandonar por circunstancias políticas. Su novela *Corinne* (1807) gozó de un gran éxito. Además, en otros escritos fue pionera de la crítica literaria con tintes sociológicos.

80 a sus hijos en el acto en ella y a los quince días los separa porque reflexiona que no puede pagar los honorarios, que la escuela está muy lejos, u otros inconvenientes por el estilo. Otras veces le ocurre que es mejor que aprendan en su casa y les pone maestros al efecto, para arrepentirse al mes, pensando que es mejor que estudien en la calle. Luego se propone mandarlos a la escuela en enero, mas como en ese mes cae su santo, será mejor en febrero; recuerda entonces que en marzo es el santo de su papá y decide mandarlos en abril, // al cabo que nada importan tres o cuatro meses más o menos. En el intermedio oye tocar las primeras lecciones de piano a los niños de alguna amiga, le encarga en el acto que le mande al profesor, y apenas han cursado sus hijos la música algunos meses, cuando piensa que no saben todavía la educación primaria y que siempre sería mejor que fuesen médicos o abogados que músicos. Entonces comienzan los niños a recorrer de nuevo las escuelas, y mientras ella se asombra de vez en cuando de lo grandes que están y murmura ¡cómo se va la vida!, ésta, en efecto, se ha ido; los niños son hombres y tienen principios de todo y conocimientos de nada.

Entretanto, el marido se conforma con exclamar, ya enojado, ya riendo, ya resignado, ¡qué loca es mi mujer! Pero nada hace ni puede hacer por los hijos, porque para ello sería necesario que quitase toda intervención a la madre. Por lo expuesto, se ve que la mujer frívola es otro de los perjuicios para la familia y para la sociedad, y que sólo puede reformarse con otro sistema de educación.//

[81] *Capítulo xi. La mujer coqueta*

82 Esa bella forma escultórica prendida con alfileres de oro, aprisionada en el caprichoso figurín de la última moda, perfumada, pintada con todos los colores que produce la naturaleza y con otros que ha inventado el refinamiento del arte; esa estatua de carne movable y voluptuosa, que ora se balancea lánguidamente con los ojos entrecerrados y la frente inclinada, ostentando grandes ojeras y pálidas mejillas; ora ágil y ligera cual brillante mariposa, atraviesa los sitios más concurridos luciendo sus vivas y tornasoladas galas, sin fijarse para nada en el sexo femenino y lanzando al masculino, a diestra y siniestra, miradas despreciativas y asesinas; esa graciosa mujer, modelo de lo instable, lo efímero y lo variable, que saca partido de todos los artificios, ensayando con dominador éxito unas veces el romanticismo, otras la alegría y otras la indiferencia para avasallar corazones o cerebros, inteligencias o idiotismos, almas o // vacíos, lo que para ella es igual, puesto que lo que busca son homenajes, cualquiera que sea el móvil que los produzca, ¿posee ella misma corazón, inteligencia y alma? Sí y no. Sí, porque todo cuerpo humano ha sido dotado con esas tres potencias indispensables y necesarias en la organización común de todo ser; no, porque no las usa, para nada le

sirven, solo las conserva como objetos inmuebles que no le es posible desarraig[ar]. Todos tres se hallan vacíos y atrofiados por falta de ocupación y de ejercicio; buscad en el corazón y solo hallaréis vacío; buscad en el alma y solo hallaréis frialdad, indiferentismo y soledad; buscad, en fin, en el conjunto, en el centro recóndito donde todas tres se reúnen y se comunican sus impresiones y su vigor, y sólo allí encontraréis algo, y ese algo es el exclusivismo individual, el *yo* en todas formas, bajo todos aspectos y en todas las ocasiones; el *yo*, afectando interiormente las mismas apariencias que afecta en su exterior. Si el traje es negro, aquel corazón, que allí sí no tiene más oficio que el de *bomba* impulsadora de la sangre que le señala Voltaire, se cree en el deber de palpar tristemente y de lanzar ahogados suspiros para hacer más interesante el romanti//cismo de su dueña, poniéndose en circunstancias de duelo; si el traje, por el contrario, es de colores alegres y vivos, aquella inteligencia, que ni siquiera conoce la definición del prisma, trabaja y se sutaliza, por decirlo así, para rodear a la imagen de todos los cambiantes del iris, y si el ropaje es blanco, entonces le toca al alma representar su papel de pureza y se viste de blanco también, espiritualizando con plateados reflejos la atmósfera vacía que la rodea.

83

Y, ¿qué es lo que se propone esta reina de comedia, siempre en *carácter*, con todas esas maniobras? La efímera gloria de uncir a su carro de papelillo una pléyade de esclavos de un día, que divierten con ella sus ocios, llevándose cada cual, al partir..., ostensiblemente nada..., pequeñeces..., un rizo de cabellos, un beso fortuito, un girón de muselina; íntimamente, mucho, porque cada una de esas bagatelas representa un girón de dignidad, de delicadeza, de crédito.

Verdaderamente parece increíble que una mujer, que ha pasado así su juventud, pueda reprimir la fiebre de la vergüenza cada vez que tropieza en sociedad con el grupo de sus antiguos adoradores, que sonrían maliciosamente al dirigirle su cortés saludo.//

La coqueta es una en su modo de ser moral y físico; por dentro un idilio eterno de prendas amorosas, de objetos de lujo, de utensilios de tocador, de bailes y festines que pasan en tropel o se suceden unos a otros; por fuera, un escaparate de blondas, de lazos, de volantes y pedrería que pasan incesantemente sobre su cuerpo, obligándola al trabajo de vestirse y desnudarse constantemente. Si la queréis ver contenta, agregad a su atavío algún adorno que sobresalga, que llame la atención general, que provoque cuchicheos (aunque no sean muy favorables) y que la haga el punto de mira general (siquiera sea por el lado de la crítica y el ridículo) en cualquier teatro o paseo público.

84

La exhibición y la contemplación de sí misma son su única ocupación. No perdáis vuestras palabras dirigiéndole la conversación en tertulia, pues no os escuchará. Su cabeza y su ser todo se hallan siempre concentrados en su idea fija y por digno de atención que sea el asunto de que tratéis, la veréis de repente tocarse la

85 cabeza para cerciorarse de que está bien el peinado, volver atrás a cada paso el cuello, como los condenados del Dante, para ver cómo caen los pliegues del vestido y dirigir continuas // ojeadas a los espejos, compañeros inseparables de su fatuidad. A la verdad, ¿no os parece demasiado grande la tarea que se impone esta pobre esclava de ajenos gustos para obtener la pequeña recompensa de la complacencia masculina?

No pretendemos apartarnos ni por un momento de los límites de aquello que es necesario, inevitable y muchas veces hasta justo en ciertas épocas y edades de la vida. Lejos de nosotras la mojigatería y la intransigencia; no somos afectas a que la mujer descuide el aliño y adorno minucioso de su persona, ni a que sea una puritana en su manera de vestir o en sus costumbres. Por el contrario, deseamos que sea elegante, que vista bien, que embellezca sus naturales encantos por todos los medios posibles; que estudie todos sus movimientos y que aplique las reglas del buen gusto hasta a su modo de andar, de llevar la cabeza y de reír. Todo esto debe aprenderlo desde la escuela y conservarlo toda su vida, modestamente y sin afectación. Buscar y producir la armonía y la belleza en todo y por todo es la principal tendencia de la cultura, y nadie tiene más necesidad y más deber de aparecer así que la mujer, que es la // representante natural de la hermosura sobre la tierra. Aun le concedemos el derecho de hacerse agradable con premeditación a los ojos del novio y del esposo, que de seguro harán lo mismo respecto de ella. ¿Quién no pretende agradar al ser a quien ama? Pero de esto a convertirse en aparador de mercería, en maniquí de extravagancias, haciendo del arte de agradar la ocupación única de la existencia y tratando de atraerse, no una voluntad sino todas las voluntades masculinas, hay una diferencia notable, que el buen juicio de la mujer señora comprende y evita desde luego.

La coqueta es un ser antipático y despreciable para la parte social no interesada en sus liviandades. Es indigna por sus miras, por sus actos y por sus consecuencias directas. Desciende del papel de reina del pudor, que corresponde a la mujer, al bajo lugar de seductora de oficio, de mesalina en ciernes, de amante a granel; lo mismo le da hacer la conquista del apuesto caballero, que del saltimbanqui, del cómico de la legua o del esposo ajeno.

87 Si por desgracia para la familia llega a casarse, tiene que ser necesariamente esposa infame y madre desnaturalizada; ella es la que entrega a sus hijos a la mercenaria // nodriza, porque quiere conservar a toda costa los atractivos físicos de su naturaleza; ella es la que olvida la cuna por el teatro y por el baile, que son los mostradores de sus galas; ella es la única que quizá siente pesar al encontrarse con un hijo entre sus brazos, porque cree que la Augusta aureola de madre la afea y la envejece.

Afortunadamente estas desgracias pocas veces se consuman, porque la coqueta generalmente no se casa; primero, porque no busca el exclusivismo sino la

popularidad en el amor y, segundo, porque raras veces encuentra marido como lo solicita su deseo.

Al final de su carrera, la expiación de su vanidad y su egoísmo es terrible; entonces comienza a sufrir y a sentir en su propio yo, en vez del orgullo, el dolor y la humillación de sí misma.

En pugna continua contra la edad, cada cana que aparece en su cabeza es una espina punzadora que se clava en su corazón. El aislamiento la oprime, el desprecio del mundo masculino la agobia; sin embargo, vencida pero no rendida, continúa la lucha; se presenta en primera fila en todos los espectáculos públicos, vestida de azul, de verde, de rosas, volteando los ojos en // blanco y compitiendo con las jóvenes de la nueva generación que la rodean.

88

Allí la veréis en los bailes, llena de flores y de lazos, exhibiendo por el escote del vestido las flacuras de la vejez, con las arrugas rellenas de albayalde y los cabellos, antes negros, hoy blancos teñidos de amarillo, esperando al galante compañero de otros tiempos, que en toda la noche no aparece, y regresando a su casa mustia y colérica, mirando que su reinado ha concluido y que nada de aquel mundo brillante y halagador le pertenece.

Entonces es cuando comprende y llega a envidiar a la mujer honrada, a la mujer sabia, a la mujer sensata, cuyo reinado no termina nunca, porque se reproduce en su familia, en sus obras, en sus pensamientos; entonces es cuando quisiera tener un hijo, una ciencia, una ocupación que llenase el inmenso vacío de su soledad.

En el océano del mundo, queridas lectoras, sólo flota y sobrevive la mujer útil, bien acondicionada y fuerte de espíritu, que sabe conducir su nave resistiendo al oleaje de las malas pasiones. La coqueta es sólo una navecilla imperfecta que se hunde al transponer las doradas playas de la juventud.//

Capítulo XII. La mujer ilustrada

[89]

En mi segundo capítulo traté de demostrar en pocas palabras el modo de ser de la mujer ignorante en general y las tristes consecuencias de la oscuridad en que vejeta, que la obligan a seguir tres destinos forzosos en la vida, marcados expresamente para ella, y que son los siguientes. Primero, no pasar nunca de la condición de niña inútil, de autómatas y de mueble, ni salir de la tutela del hombre, a quien en todas edades considera como superior, director y jefe de su inteligencia y albedrío, y al que jamás se atreve a mirar como igual, compañero y socio, ni en los arduos problemas de la mente, ni en los penosos deberes del hogar, la paternidad y la familia. Segundo, adquirido el primer grado de libertad y de igualdad de que hoy disfruta en el régimen interior de la casa, ser rémora, obstáculo y hasta elemento de perversión para el adelanto de sus hijos, e impedir o anular

90

con sus estúpidos actos los esfuerzos que intenta el hombre para hacerlos útiles, honrados y felices en el porvenir. Y tercero, ser la vergüenza de su familia por sus extravíos, y el ludibrio de la sociedad por su degradación de alma y de cuerpo, haciéndose a la vez mártir de sus torpes errores y víctima expiatoria de sus propios delitos.

91 En mis subsiguientes capítulos os he presentado, queridas lectoras, prácticamente de qué manera y por qué pendiente de desaciertos transmitidos de madres a hijas, contrariando la tendencia natural de todo ser dotado de raciocinio, desciende la mujer en vez de ascender en la carrera de la existencia, para caer por fin, al llegar a la edad madura, en los tres extremos de nulidad, incapacidad o pérdida que acabamos de mencionar y que no reconocen más causa ni más origen que la falta de cultivo de su inteligencia, el abandono y la oscuridad en que se la deja, o la falsa y superficial educación que se le imparte. Para // probaros hasta dónde esta educación es perjudicial e inconducente para la mujer y para la familia, sobre todo, porque es en ésta donde se extienden y multiplican sus vicios y sus defectos, vuelvo a apoyarme en la respetable opinión de Pelletan que en su obra titulada *La madre*, después de los párrafos que en otra ocasión os cité, dice a este respecto:

Hay, pues, que retomar o más bien completar la instrucción de la joven, instruirla no para un día, el cuarto de hora anterior al matrimonio, sino para el resto de su existencia; hay que considerar a la mujer otra cosa que como la muñeca ambulante del hombre, vestida o, mejor dicho, desnuda a la última moda y sepultada bajo un montón de raso; hay que considerarla a la vez mujer y alma y elevar dicha alma a su verdadera altura.

92 No cabe duda que al hablar del alma de la mujer, provocamos las sonrisas de ese pequeño mundo idiota que constituye la dorada juventud que trota por el bosque de Bolonia, el cual considera toda alma, sea cual fuere, como una injuria dirigida a él. Pero ¡qué importal, va en ello la salvación de la Francia, porque si la Francia ha podido caer en una vida desordenada, // si el carácter se rebaja más y más cada día, si invade el egoísmo más y más el presente, si el escepticismo devasta el porvenir en sus gérmenes, hay que reconocerlo, debémoslo en parte a la educación fútil de la mujer, a su alma frívola, a su desordenada concupiscencia en el vestir, a su profunda indiferencia por toda clase de heroísmo, así en la acción como en el pensamiento. No puede rebajarse una mitad del género humano sin que la otra se rebaje a su vez; tal mujer, tal hombre, es la ley del equilibrio.

Si esto dice Pelletan de la mujer francesa, a la que al menos se le enseña de toda precisión el arte de salir a la calle sola, de hablar y de tratar con la gente, de frecuentar y de conocer de cerca la sociedad en que vive, de confeccionar sus trajes y de ajustar a las reglas de la estética no sólo su tocado, sino sus maneras y movimientos, ¿qué diremos de la mujer mexicana a la que además de todos los defectos inherentes a la falta de instrucción teórica, sólo se la enseña el retrainien-

to, el encierro, la timidez, la preocupación que la impele a mortificarse por todo, a temer que se le reprochen los actos más sencillos y naturales que puedan tender al cambio // de sus costumbres y a la emancipación de sus oprimidas ideas; la inutilidad y la falta de conocimiento hasta en las artes mecánicas más vulgares y que de gran beneficio pudieran servirle? ¿Qué diremos de la mujer mexicana cuando en materia de oposición a su adelanto no sólo tiene frente a sí las sonrisas de *ese pequeño mundo idiota* compuesto del hombre retrógrado, del hombre tirano que trata de sostener su dominación por medio de la ignorancia, sino los ataques, las sátiras y las arraigadas necedades del vulgo de su sexo que la hostiga, poniendo en práctica la célebre sentencia de que el peor enemigo de la mujer, es la mujer? 93

Por eso, en el estado de preocupación y de atraso, que como triste reminiscencia del pasado conserva aún nuestra sociedad en la época actual, las mujeres que por excepción se atreven a trabajar por sí mismas y a salir de la vulgaridad, rompiendo las trabas de la rutina y los diques de añejas puerilidades, son verdaderas heroínas del porvenir a las que deberá nuestro sexo su reivindicación, nuestra sociedad su perfeccionamiento y su grandeza efectiva, nuestra patria. Verdad es que ellas tienen que pasar por el martirologio que la // ceguedad y la intransigencia imponen a todas las innovaciones iniciadas por el genio, la justicia, la razón y el derecho, pero ellas sabrán esclamar con Pelletan: “¡qué importa!, va en ello la salvación de México”. 94

Al proclamar dentro de los límites del decoro y la justicia la emancipación de la mujer, la igualdad de educación, de principios y de derechos entre ambos sexos por medio de una revolución intelectual que la mujer tiene que efectuar por sí misma y con el auxilio de sus propias fuerzas, como se efectúan todas las revoluciones, pues es inconcuso que ninguna dominación prestará nunca su sanción y mucho menos su apoyo a ninguna manifestación que signifique una sublevación o siquiera una protesta contra sus omnímodos poderes; al sostener la libertad intelectual y moral que en favor de la parte femenina comienza a difundir la cultura moderna, dos son los fines capitales que me propongo. Primero, dar a conocer a la mujer, conforme a la dignidad y [a] la razón, sus verdaderos deberes, sacándola de la condición de sierva, elevándola a la categoría de soberana en la misión común de esposa y madre que le ha designado la naturaleza, y po// niéndola a la altura de [la] ilustración y [la] libertad de que disfruta el hombre, para establecer la igualdad y la armonía en el matrimonio. Segundo, hacerla apta para atenderse y bastarse a sí misma, dándole la instrucción por salvaguardia, el trabajo por recurso y la dignidad por égida, y abriéndole las puertas de todas las ciencias, de todas las artes y de todos las carreras profesionales u oficios, que individual o colectivamente se sienta capaz de cursar, a fin de que pueda vivir por sí sola, sin necesidad de apelar al matrimonio como único medio de subsistencia. 95

La libertad que en este siglo ha comenzado a establecer su reinado en el mundo; las leyes liberales que, aunque adoleciendo de algunos vacíos, amparan a la mujer, y la prensa, ese inmenso fanal donde se reúnen los rayos luminosos de todas las inteligencias pasadas para concentrarse en la presente, facilitándole sus tesoros de sabiduría, iluminando su camino, estimulando su genio y desarrollando sus facultades, son otros tantos elementos de adelanto y de éxito con que cuenta la mujer de nuestros días para escalar la cúspide del progreso, para manifestarse por fin ante el // mundo tal como es y como ha debido ser desde hace mucho tiempo.

Libre ya de los fallos de los concilios en que se llegó hasta discutir *si se debía conceder a la mujer la posibilidad de tener alma*; exenta de los anatemas religiosos, que cuando osaba levantarse de su humildad la encerraban en los calabozos de la Inquisición con doña Josefa Ortiz o la lanzaban a la hoguera con Juana de Arco; quédale ahora sólo por obstáculo su propia preocupación, barrera fácil de vencer con los arietes poderosos de la voluntad y la energía moral. La mujer mexicana comienza a internarse ya en este sendero de vindicación.

Entre la noche de su atraso y su quietismo aparecen de vez en cuando algunas estrellas que van indicándole su verdadero camino. La mujer de genio separándose de la mujer vulgo, comienza a marcar las etapas de su grandeza, presentándose bajo diversas formas al frente de la civilización. Es a estas formas, nacientes apenas en nuestra historia, a las que dedicaré mis siguientes capítulos. ¡Ojalá sean ellos los primeros capítulos del libro de oro de la rehabilitación y la gloria femeninas! //

[97] **Capítulo xiii. La mujer timorata**

Es una idiota del terror a quien se ha hecho suponer a Dios como un verdugo terrible y cruel que se enoja por los actos más necesarios y naturales en la humanidad, y la tiraniza y la castiga a sangre y fuego, triturando sus huesos, atormentando sus sentimientos y haciéndola arder, por último, en las humeantes calderas del infierno. Es una sorda cuyos oídos se han cerrado para siempre a la voz de la razón y la esperanza, que hablan a la mente de toda inteligencia libre incitándola a levantarse y a buscar en todo lo que la rodea la luz indeficiente de la verdad. Es una miope cuya mirada se ha paralizado ante ese inmenso espacio atmosférico azul y diáfano, tachonado de soles y de estrellas, sembrando de mundos superiores al nuestro, que sonrío sobre nuestras frentes invitándonos a estudiarlo con el telescopio audaz de la vista y la deducción atrevida de la idea. Es, en fin, una mártir que tiembla encontrándose prisionera entre un cielo imposible, que se //

98 juzga indigna de conseguir, y un infierno probable, que se siente débil para contrarestar.

Para ella el saber es un precipicio al que le está vedado acercarse, so pena de contagiarse de heregía; la investigación un *pecado mortal*; la libertad de pensamiento un delito imperdonable que atraería sobre ella los rayos de la cólera celeste, y el avance de sus facultades intelectuales un crimen sin redención que la hundiría para siempre en las flameantes llamas del averno. Encerrada en la densa tiniebla de la *fe*, huye la luz como el peligro mayor para su salvación. No quiere oír ni saber nada, y sostiene *que vale más irse ignorante al cielo que ilustrada al infierno*, porque según su criterio, ciencia y condenación son sinónimos.

Jamás las grandezas inconmensurables del infinito etéreo que la rodea aparecen a sus ojos de otra manera que como la fragua inmensa, donde el Jehová vengativo y airado forja sin cesar las cadenas que deben atar las almas de los condenados. El dulce Tabor³⁵ de las claridades y los destellos se aleja y desaparece tras el terrible Sinaí de los relámpagos y los truenos. En esa alma embargada por el pánico místico, todo es tétrico y tenebroso. Las saetas de la orto//doxia se han esgrimido y embotado contra ella y en ella. Su culto es el suplicio físico, su moral el ascetismo, y su himno de amor, de alabanza y de gratitud al Ser Supremo, no es sino el grito de angustia y de temor arrancado a sus labios por la superstición del fanatismo, la nota eterna del *Dei-irae* que vibra constantemente en su corazón. 99

La mujer timorata sufre mucho. Es una pobre maniática acosada por el delirio de persecución. El diablo, agente de la condición de las almas, es a la vez su mayor espanto y su asiduo compañero. A su pesar duerme con él, sueña con él y vive con él, sin poderlo alejar de su memoria. Cada idea que le ocurre teme que sea inspiración suya; en cada acto que ejecuta espera que el diablo se interponga; en cada placer que experimenta, supone una seducción diabólica y en cada mal que le acontece, siente la influencia maléfica de aquel soberano de las tinieblas. En una palabra, en su vida interior, su conciencia es un caos revuelto incesantemente por el temor al diablo y en su vida exterior, su conducta es una máquina movida de continuo para combatir las asechanzas que le tiende.

Riega con agua bendita los rincones de su casa para desterrar a aquel terrible hués//ped, tapiza de santos las paredes para hacerle huir, cuelga reliquias a su cabecera para alejarle de su lecho, se come a Dios en la hostia consagrada para que no penetre en su cuerpo, y ni aun así logra tener la certeza de hallarse libre de su compañía. El mismo día de la comunión, tal vez no se lograría, a pesar de la coraza de gracia que se ha ceñido al cuerpo, que esta visionaria permaneciese sola 100

³⁵ De acuerdo con la tradición, en el monte Tabor (situado en Israel, al oeste de Jordania) se efectuó la transfiguración de Jesús.

durante la noche, ni que penetrase en una pieza a oscuras, porque creería hallarle escondido tras de las puertas o acurrucado en los tapices en forma de gato negro y erizado.

101 Y mientras lucha así, a brazo partido contra el espíritu del mal, oye en el cielo la voz de Dios que le dice implacable: “Yo soy el señor tu Dios, fuerte y celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la cuarta generación”. Entonces con mayor afán macera sus carnes, atormenta su estómago con el ayuno y permanece largas horas de rodillas, para aplacar el rencor de aquel ser omnipotente que la amenaza desde el cielo. Para ella todo es *anatema* y todo está tocado del demonio. El escrúpulo y la superstición dominan su alma de tal suerte, que he visto a una de estas infelices imbéciles levantarse // a media noche para rezar frente a un santo una oración que se le había olvidado por la mañana y corre precipitadamente a lavarse la mano que había tocado al saludarla uno de los reformadores de 57.³⁶

Para colmo de padecimientos, no encuentra refugio seguro en ninguna parte, pues el diablo es de una sutileza tal, que penetra en lo más sagrado, se acoge a la eficacia del catolicismo, y allí es donde más lo encuentra por todos lados poderoso y triunfante, ya destruyendo la obra de Dios en el paraíso, ya armando el brazo de Caín contra Abel, ya tentado al mismo Jesús en la montaña, ya apoderándose del ermitaño Juan Guarino,³⁷ ya viviendo lado a lado con santos de la talla de San Antonio.

¿Cómo salvarse entonces, ella simple mortal? La lucha es no sólo difícil sino imposible y en obsequio de la verdad, estas almas teológicamente posesionadas de los atributos y poderes omnímodos del espíritu del mal, son unas heroínas del miedo al intentar la más mínima defensa, hallándose solas con su flaqueza, entre un demonio que las pervierte y un Dios que las condena.

102 Verdaderamente admira a la ilustración actual, que los primeros escritores antiguos tuviesen la insensatez de marcar al Supre//mo Autor un papel tan ruin en la creación y la refinada crueldad de atestar de llamas y de diablos estas pobres cabezas ignorantes y crédulas, que aun hoy día, después de tantos siglos, no pueden todavía sacudir el yugo de aquella esclavitud.

Por supuesto que la mujer timorata, en la vida práctica, además de ser la más infeliz, es una de las más nulas en la sociedad y de las más nocivas en la formación de la familia. Todo su afán es educar a sus hijos, no en el amor, sino [en] “el temor de Dios”; no los manda a las escuelas nacionales, porque en todas

³⁶ Se refiere a alguno de los liberales radicales que participaron en el proceso reformador de 1857 y en las discusiones para elaborar la constitución de ese mismo año.

³⁷ Posiblemente se trate de san Guarino (escrito también Guarinus, Warin o Germino) quien, tras 40 años de reclusión, fue designado obispo de Pavia, cargo que eludió hasta que el papa Lucio II lo hizo obispo de Palestrina (la actual Preneste). Murió en 1159. Su fiesta se celebra el 6 de febrero.

ellas ve otros tantos antros de perdición para sus almas. Por lo común los lleva a los seminarios y conventículos y cuando allí mismo llegan a conocer alguna noción de ciencia y le preguntan por ejemplo, si en algún tiempo anduvo el sol para que pudiese Josué pararlo en la mitad de su carrera, los castiga “por herejes que comienzan ya a dejarse tocar del diablo”,³⁸ y se aterra pensando si aquella enseñanza no tendrá algo de *masón* o de *protestante*.

Pero donde se halla el colmo de sus terrores es en la muerte, en la cual no ve el fin natural de la materia para el cuerpo, ni el descanso, ni la esperanza, ni el consuelo en esta transformación ventajosa para el // espíritu, sino únicamente la boca del infierno o cuando menos del purgatorio, dispuesta a devorar su triste alma acongojada y suplicante. Y trémula de terror, en las postreras convulsiones de la agonía, termina la lucha interponiendo entre el demonio y ella un crucifijo de madera o una virgen de lienzo.

¡Qué felices somos los que creemos en un Creador Supremo y Absoluto, todo amor, dulzura y bondad, sin diablo opositor, y al cual nos vamos acercando gradualmente por medio de nuestro propio adelanto, por medio del saber, el trabajo, la fraternidad y la caridad. Y qué felices son los que llevando en su alma la religión natural de la virtud mueren, diciendo como Víctor Hugo: “Rechazo la oración de todos los templos; pido una plegaria a todas las almas. Creo en Dios!”

No hay para qué decir que la influencia diabólica de la mujer timorata se transmite a la familia, y por más que los hijos, con el transcurso del tiempo, lleguen ostensiblemente a despreocuparse y aun a ocupar puestos importantes en un gobierno liberal y laico, de vez en cuando aparecen bajo la banda del aguerrido general o del orador dantoniano, la medalla o el rosario preser//vadores del diablo. O si han olvidado este mito durante la vida, le recuerdan a la hora de la muerte y llaman un confesor para que los liberte de él. Éstos son los productos de la mujer timorata en el hogar; en cuanto a la sociedad, no preguntemos qué obras de provecho dejó a su paso, ni qué bienes hizo a la humanidad, sino cuántas misas pagó y cuánto legó a la Iglesia para responsos por su alma, pues en esta clase de misticismo no hallaremos nunca el texto del Evangelio puro, que nos impone como único deber religioso “amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestros prójimos como a nosotros mismos”, y que nos dice que “sólo se salvará el que tenga mayor caridad, *sea quien fuere*”. El diablo, creación de las tinieblas, tiene que desvanecerse ante la luz; y será ella la que le haga volver a entrar en el antro de la sombra, de donde sólo pudo sacarle la obscuridad.//

³⁸ Se refiere al pasaje bíblico (Josué 10:12-13) en donde se describe que Dios detiene el tránsito aparente del sol y de la luna, para permitir el castigo de los enemigos del pueblo israelita.

[105] **Capítulo xv. La mujer del hogar**

Entre los tipos de mujeres educadas en la sana moral del deber sin esclavitud, de la virtud sin escrúpulo y de la religión sin misticismo que, como modelo del porvenir comienzan a aparecer entre los blancos destellos del progreso actual, me complazco en bosquejar en primer término, por ser el principal atributo de su noble ministerio, a la mujer del hogar culto, a “la igual a su marido y dueña de sus hijos”; como la llama Girardin,³⁹ a la esposa digna e inteligente, a la madre augusta que sostiene los pasos vacilantes de los seres que empiezan a vivir y los guía por el camino del adelanto y de la honradez, uniendo para ello a la infinita ternura de su corazón, la inquebrantable energía de su rectitud, la sabia enseñanza de sus conocimientos y la acertada dirección de su buen juicio.

106 Copiado este retrato del natural como todos los que sucintamente he señalado a mis lectoras, si falta a sus contornos la // maestría del arte, sobra a su forma plástica la verdad de la justicia y la imparcialidad.

Del fondo del modesto hogar donde la lucha práctica y continua de la vida eleva el alma y engrandece la razón ciñendo la frente pálida de la madre con la santa aureola del sufrimiento, el sacrificio y la abnegación, es de donde he ido a sacarla como un ejemplo de gran entidad para el estímulo de la mujer madre, que aun no sabe llenar por completo esta sublime misión sobre la tierra.

Nacida en una fértil y risueña población del Estado de México, su primer estudio fue la naturaleza y en sus grandiosas páginas aprendió a leer la inmensurable magnificencia del Gran Artífice de la creación. Su mente, libre de toda ficción religiosa, se inclinó al culto naturalista innato en todo corazón, a la admiración del Creador en sus obras, que hacía estremecer a Chateaubriand⁴⁰ en los bosques vírgenes de la América; a la contemplación del infinito que hace deducir a la inteligencia humana la inmensidad de la inteligencia divina, y a la adoración espiritual de Dios inapreciable a nuestros sentidos, semejante sólo a sí mismo, que no tiene forma, ni espacio, ni // lugar, y que sólo puede caber en el templo interminable del universo conocido y desconocido.

107 La ley del trabajo a que la sujetaban los medios en que vivía fue su primer deber material; el amor a la familia, donde imperaban la paz, la honradez y la mutua consideración, fue su primer sentimiento moral; la fraternidad, madre de la indulgencia y la caridad, fue su primer mandamiento social y la estimación del bien por el bien mismo fue la primera costumbre, la primera obligación impuesta a su conciencia.

³⁹ Véase nota 2, *supra*.

⁴⁰ *Vid.* François René de Chateaubriand, *Viaje a la América*, Quito, Abya-Yala (Tierra Incógnita), 1994.

Sus sencillos padres no pudiendo darle más, pero teniendo el buen sentido de no atrofiar ni extraviar en ella las tendencias de natural encumbramiento que trae consigo todo ser pensante, después de formar su corazón, dejando libre el campo de la inteligencia para recibir el cultivo mental, la enviaron a un colegio donde aprendió lo que hace veinte años se calificaba como educación completa en una joven.

Poco era aquello, mas en cambio poseía el primer elemento de adelanto efectivo, la libertad de pensamiento, el permiso y el derecho de investigar y discurrir y con tales precedentes eligió un esposo, no disímulo sino semejante en ideas, aspiraciones // y sentimientos. Su unión tuvo por base el amor sostenido por la estimación y no la inconsiderada locura de la ilusión, el capricho, la frivolidad o el interés, que son por lo común los móviles que impulsan en tales circunstancias a la mujer vulgar.

Su educación acabó de completarse al lado de su esposo, avanzando sobre los principios progresistas que ya poseía. Ambos eran de los seres que ni se refunden en al obscuridad del pensamiento ni se estacionan sumergiéndose en los actos puramente materiales de la vida. En las horas de soledad y de reposo juntos leían, juntos estudiaban y juntos comentaban y discutían los nuevos conocimientos adquiridos, rechazando lo inconveniente y aprovechando lo que podía serles útil, en beneficio propio y de la familia.

Sus hijos, educados bajo aquel régimen de moral práctica y de instrucción progresiva, desarrollaron sus sentimientos y sus ideas en el mismo sentido. En aquel hogar libre de toda opresión corporal y de toda esclavitud mental, en la parte práctica, para encaminar a los niños a cumplir con sus obligaciones cotidianas y sus deberes filiales, jamás se emplearon la dureza, la fuerza física y el azote, sino la energía moral, // la rectitud del buen ejemplo paterno, el respeto al orden establecido, el convencimiento lógico y, sobre todo, la dulzura que conmueve y seduce, en vez del despotismo que aleja y lastima. En la parte teórica jamás se atemorizó su ánimo con lo sobrenatural para inclinarlos al cumplimiento de lo natural; jamás se emplearon el sofisma o la mentira para hacerlos virtuosos por hipocrecía, sino la verdad, la ciencia y la evidencia de la utilidad del bien para hacerlos buenos por el deber. Jamás se empleó el terror divino para hacerlos piadosos por miedo, sino el amor, la veneración y la confianza en el Padre universal para hacerlos religiosos por esperanza, por espíritu, por corazón, y no por fórmula. Y jamás se les presentó como castigo de las faltas que llegaron a cometer el infierno teológico, sino el infierno real y efectivo de la propia caída, de la conciencia que se avergüenza y tiembla ante sí misma, de la maldad que refluye contra el que la comete, del presidio que amenaza al criminal, de la miseria, el desprecio y el horror sociales que agobian al ser que se desprestigia y se degrada.

108

109

110 Si como arbitrio de moralización se apela a la amenaza de las penas futuras, siempre que se emplea uno u otro sistema, la // experiencia vendrá manifestando que entre estos dos infiernos es más eficaz que el primero el segundo, porque mientras éste se encuentra inmediato y se enseña y se palpa objetivamente, aquel, además de no hallarse comprobado por ningún hecho positivo, aparece cuando menos como lejano y dudoso.

La madre de mi relato, concedora de las nobles y levantadas filosofías modernas, como medio para alcanzar la felicidad eterna, no impuso a sus hijos por deber espiritual officiar junto al altar del templo en las ceremonias eclesiásticas, sino officiar en el altar de la humanidad junto al lecho del enfermo o junto a la cuna del huérfano abandonado. No los enseñó como auxilio de caridad a pedir amparo al cielo para los pobres y los afligidos, sino a dárselos partiendo con ellos su pan y sus consuelos.

111 Esto en cuanto a la vida religiosa y social; en cuanto a la vida íntima del hogar, trató en todo de purificar, por decirlo así, las inclinaciones y sentimientos de aquellos hijos a quienes siempre consideró como seres que Dios le entregaba para ayudarlos a acender en la escala eterna de la perfección humana. Mientras trabajaba sin cesar para confeccionar sus trajes, para atender por sí misma a sus alimentos, a sus quebrantos // de salud y hasta a sus juegos y distracciones, deliraba con los estudios que deberían seguir, con el porvenir que debería proporcionarles para hacerlos apreciables y felices por medio del trabajo y la virtud.

Y así sucedió en efecto, ¡apreciables y felices son ya los que a su lado quedan, como apreciables y felices fueron los que después de halagar su alma devolviéndole los perfumes que en las suyas había esparcido, volaron tempranamente a las regiones de la eterna luz, quizá por haberse despojado con demasiada rapidez de las obscuridades de la tierra!

112 La ilustración de entendimiento, la ciencia y el razonamiento siempre protectores y siempre benéficos, han sostenido y sostienen a esta madre después de aquel infinito dolor de los dolores; ella no apelará al suicidio lento producido por la desesperación a que apela la mujer que carece de una creencia convincente, porque sabe que su misión no está concluida, que no se pertenece y que se debe en cuerpo y alma al esposo amado y a los hijos sobrevivientes. Ella no se entregará al retrainamiento místico que era el método curativo de los grandes infortunios de la Edad Media, porque sabe que su templo es aquella mansión y // su adoración aquella familia, por la que tiene que velar hasta su postrer aliento, cumpliendo con las leyes de la naturaleza y la divinidad. El heroísmo del deber fortalece su espíritu y su cuerpo. Siempre recuerdo con admiración y ternura, que después de velar a la cabecera de sus hijos moribundos y de cerrar aquellos ojos queridos, me decía: “¡Oh!, si yo no creyera que la muerte es sólo una transformación de la envoltura material del alma, que la Suprema Inteligencia que rige los mundos del

universo no puede hacer nada injusto ni nada inútil; si yo no supiera que mis hijos viven con otra clase de vida, que me aman y me esperan, mi razón y mi naturaleza no habrían podido resistir a tan inmensa desgracia”.

Y sin desmayar un punto, sigue siendo la heroína, directora y sostenedora de aquella familia, que es un modelo de honradez, estudio, unión y cariño, cuyo núcleo es ella, apoyada y protegida por su esposo.

Ésta es la mujer del adelanto que está llamada a reemplazar a la mujer del atraso; ésta es la madre docta que está llamada a reemplazar a la niñera; ésta es, en fin, la mujer del hogar, que está llamada a redimir a las generaciones venideras.//

Capítulo xv. La mujer digna

A causa de la falta de instrucción y de la costumbre de inferioridad y sumisión que se la impone desde la infancia, la mujer en el matrimonio vive casi siempre despreciada, oprimida y humillada. La carencia completa de conocimientos prácticos, de un arte o profesión que la ayude a procurarse por sí misma la subsistencia, la obliga a sufrir con la resignación, o mejor dicho, con el abatimiento de la esclava impotente todas las injusticias, arbitrariedades y vilezas a que quiera sujetarla el hombre. Mujeres he visto colocadas en este estado, bajo tales condiciones, que me han hecho subir al rostro el rubor de la vergüenza y la indignación. Y no me refiero al pueblo bajo que más se acerca al animal que al hombre, sino a las clases que se tienen por cultas, a las que entre nosotros se distinguen con el nombre de decentes y en medio de las cuales veréis en sociedad aparecer con frecuencia a la esposa devorando la afrenta que le arro//ja la concubina, deteniendo en los ojos las lágrimas producidas por la injuria moral y hasta ocultando muchas veces sobre su cuerpo los cardenales de la violencia física.

Además de las causas que acabo de señalar como originarias de la degradación matrimonial en la mujer hay otra muy común y poderosa, hija también del falso criterio de su educación, que es la que haciéndola confundir el orgullo con la soberbia, el amor propio con la vanidad, la induce a sacrificar la dignidad íntima a la ostentación exterior, prefiriendo la apariencia a la realidad e imponiéndole el estúpido deber, no sólo de tolerar, sino de cubrir y disimular las faltas del esposo que públicamente la ultraja.

La depreciación de la mujer en este sentido ha llegado a tal extremo que en la estrechísima unión de voluntad, alma, cuerpo y hasta nombre con que se liga al soberano consorte, se le ha negado hasta el derecho de tener honra que perder. Y así se dice y estampa en letras de molde que *las faltas de honor cometidas por la mujer deshonran al hombre, mientras que las de éste en nada afectan a la mujer*, de donde se deduce que ésta, en la honorabilidad común del matrimonio, carece de honra

115 propia que de//fender, y debe cuidar del respeto de la honra agena, sin exigir para nada que se respete la suya. Y como la mujer se ha conformado hasta hoy con esta triste salvedad concedida a su insignificancia civil en la representación conyugal, se limita a sacrificar su orgullo a la necesidad o a la comodidad, y antes de interrumpir la problemática paz del hogar, se aviene a permitir el libertinaje del marido, consolándose con la idea de que ella permanece limpia de toda mancha, aunque sea la esposa de un prostituido o de un falsario.

Nosotras somos de una opinión enteramente contraria; creemos que el amor, el respeto y las consideraciones, así como los descréditos y vergüenzas, tienen que ser mutuos, y que tanto el hombre como la mujer que a sabiendas toleran uno en otro la inmoralidad o falta de atención, se rebajan y se degradan, incurriendo en la falta de estimación de sí mismos y de su delicadeza individual.

Más preciso es convenir en que el motivo principal que obliga a la mujer a someterse a esta clase de envilecimientos o a lanzarse a otros peores, devolviendo deshonra por deshonra, es la falta de habilidad para el trabajo, único opositor de 116 la // prostitución y la miseria, más que falta de amor propio y la necia vanidad de sostener al mundo una falsa posición. Cuando la mujer tiene un sostén material o moral, se apoya en él para salvar por sí sola y sin auxilio del hombre las situaciones críticas de la vida. Entre varias excepciones que como comprobantes de mi dicho pudiera citaros, os presentaré el ejemplo de una distinguida dama de nuestra sociedad, que después de alimentar desde su más tierna juventud, por espacio de once años, un amor profundo y constante, llegado el momento de su enlace tuvo la triste decepción de encontrar en su marido un ser grosero y venal, indigno de su cariño y de su estimación.

Pocos meses bastaron para que la diese a conocer todos sus vicios y tratase de hacérselos sufrir como una servidumbre obligatoria. La esposa ofendida tenía una familia que la amaba, un hogar paterno, cuyas elegantes puertas no se habían cerrado tras ella, como sucede con los hogares donde las voluntades o los recursos son escasos, y pudo salvarse de aquella opresión volviendo a él y sepultando en su alma hasta el recuerdo del miserable que la había ultrajado.//

117 No sucede así cuando la mujer no cuenta con familia que la ampare; entonces no tiene más salvador que el trabajo para poner a salvo su existencia y su dignidad, ya tenga que promover ella la separación, ya se encuentre abandonada por el esposo, lo cual es más frecuente, dados los muchos caprichos y volubilidades del sexo fuerte. Entre estas anomalías os referiré las de un esposo que después de haberse casado se sintió con más vocación para el celibato y para el misticismo que para el matrimonio, se arrepintió de haber caído en aquella acechanza del diablo y comenzó a tratar a la esposa fiel y amante que hallándose él gravemente enfermo, había sostenido su vida velando largos meses a la cabecera de su lecho, con toda la dureza y el desprecio que en contra del deber, la urbanidad y el

agradecimiento, le aconsejaba su fervor religioso. Afortunadamente la esposa, que pertenecía a una de las mejores familias de esta capital, además de sus cualidades morales y de su fina educación, poseía una clara inteligencia, y aunque sin pensar en formarse una carrera, había utilizado los años de su infancia y era una notable profesora de música.

Por manera que cuando el esposo timora//to, avanzando en su camino de santidad, volvió al lado de sus padres para entregarse por completo a sus prácticas religiosas, dejando abandonada y sin recursos a la joven compañera que voluntariamente había elegido, ésta apeló a su arte. Entre el escogido círculo de sus amistades obtuvo clases suficientes para ganar honrada y honrosamente su subsistencia, ciñendo sobre la corona del talento que ya poseía, la de la energía moral conquistada con el sufrimiento, la abnegación y la virtud.

Cada vez que visito aquella modesta pero risueña casita, donde el orden, la limpieza y el gusto artístico descuellan por todas partes, donde junto a los curiosos bordados y las bellas pinturas hechas por sus manos y dedicadas en la época de sus primeros amores al ingrato esposo, se ostenta el piano, su protector y su amigo, perfectamente cuidado y cubierto de papeles de música, compadezco la tristeza de aquel corazón, admiro la grandeza de aquella alma y aplaudo en mi ánimo a la mujer que sabe contestar a la vileza del extravío y la debilidad masculinos, con el reproche silencioso del buen juicio, la fortaleza espiritual y la rectitud de principios. Entonces es cuando más deseo que todas las mujeres // estén educadas bajo el mismo sistema de saber bastarse a sí mismas, para poder al menos resistir dignamente y sin descender de sus respectivas clases a las eventualidades del matrimonio. Pues ya lo veis, lectoras, que los maridos, además de hallarse expuestos a la mortalidad, como todo ser viviente, no son estables, y que si a unos puede, según fama, llevárselos el diablo por el lado de la perversidad, a otros también, como en el presente caso, puede llevárselos Dios por el lado de la santidad, quedando de todas maneras la mujer viuda y entregada a sus propias fuerzas.

Veinte años hace que la esposa noble y digna de que os hablo vive a expensas de su trabajo. Entretanto, el esposo, que posee una brillante profesión, trabaja también, pero emplea su trabajo en hacer donativos a su culto, en el cual ha adelantado mucho en este periodo; tanto que por su conducta piadosa tuvo la felicidad de ser premiado por el Santo Padre en persona, habiendo sido uno de los concurrentes de la reciente peregrinación a Roma.

Es, pues, preciso que la mujer se eduque convenientemente conforme a sus circunstancias particulares, ya sea para ampararse y amparar a sus hijos en todas estas // viudedades del matrimonio, ya sea para poder exigir que el marido la trate como debe, ya en fin, para salir de la abyección a que comúnmente se la sujeta.

118

119

120

Mientras la mujer, en general, no comprenda lo que vale y lo que merece, ¿qué queréis que reclame? Y si llega a comprender todo esto, y nada sabe y para nada sirve, fuera de los oficios vulgares que le marca la naturaleza, ¿qué queréis que haga? ¿A dónde queréis que vaya si sólo en aquel hogar encuentra el pan cotidiano, aunque sea ocupando un lugar intermedio entre el amo y el perro de la casa?

Para que la mujer en masa pueda levantarse a la altura de las mujeres dignas que con excepción aparecen hoy de vez en cuando, necesita antes proporcionarse los medios para sostener su dignidad cuando se pretenda arrebatarla, y nosotros no hallamos otros que la igualdad de instrucción y la reciprocidad de derechos entre el hombre y la mujer.//

[121] **Capítulo xv. La mujer esposa**

La que merece este honroso título no es, en verdad, la mujer que se vende o se entrega inconscientemente en manos del nuevo posesor, convencida de que no es lícito ni posible vivir sin un director que la lleve por la mano en el azaroso camino de la vida; no es la que ve en el matrimonio un negocio de interés de mayor o menor entidad, ni un sostén a su debilidad, ni un nombre que le dé ante el mundo la respetabilidad de que carece el suyo. Porque todos estos móviles que obligan al matrimonio a la mujer vulgar no pasan de ser contratos más o menos degradantes, que colocan a la contrayente en la condición de propiedad, de adquisición de *mujer* y no de *esposa* del hombre. En una palabra, la esposa, la compañera noble y elevada no es la que apela al matrimonio como *única salida*, sino aquella que sabe sus deberes y comprende sus derechos, aquella que siendo capaz de sostenerse y conducirse por sí sola, busca un ser digno de // ella y sólo se casa con el que ama, estima y aprecia, satisfaciendo, así, no los intereses de su vanidad, ni las mendicidades de su orfandad o de su miseria, sino las puras aspiraciones de su corazón y su inteligencia. Ella busca una mente que esté de acuerdo con su mente, una alma semejante a su alma, un amor que corresponda al sullo, antes que una posición social deslumbradora, pero falsa y muchas veces humillante. Ella busca un hogar honrado, tranquilo y feliz que halague sus sentimientos en el interior, de preferencia a una casa ostentosa que le proporcione la ruin satisfacción de despertar la envidia de la codicia o la bajeza de la adulación. Y si no encuentra estas condiciones indispensables en el ser a quien debe ligar para siempre su existencia, si no halla la homogeneidad que solicita, opta mejor por permanecer soltera, antes que sacrificar su lealtad y su modo de ser; antes de cometer el doble perjurio de engañar al hombre a quien elige por esposo y engañarse a sí misma con una mentida felicidad.

Mas para que la mujer piense y obre así, necesita que esté a la altura de su situación, que se califique a sí misma, que no se halle inbuida en los principios de que la mujer *tiene que casarse forzosamente*, quiera o no // quiera, porque nada es y nada vale por sí misma, y que no se halle efectivamente obligada al casamiento por su falta de aptitud para cualquiera otro destino.

123

Esto por un lado; por el otro, para que la mujer sea verdaderamente esposa y no *mujer* o doméstica del hombre, para que cumpla como debe con éste, se necesita que se alce al nivel de sus conocimientos, que pueda tomar parte en sus debates intelectuales, que sea [*sic*] *entidad* y no *ente* en la administración de los asuntos comunes, o de otra manera, no culpemos al hombre si la considera y la trata como a inferior, cuando ella misma se coloca en ese grado de inferioridad.

En estos puntos seguiré citando al eminente Pelletan, por ser en mi concepto uno de los escritores que con más imparcialidad y liberalismo ha juzgado a la mujer. Hablando de su educación a este respecto, se expresa así:

Decía en una ocasión Ninon de Lenclos,⁴¹ las mujeres solo debemos amar a los hombres de talento, pues en la comedia del corazón humano lo que más dura son los entre actos y débese evitar su monotonía. Lo que decía del amor Ninon de Lenclos en este estilo caballerezco, puede decirse con más exactitud del matrimonio. //

124

Ahí tenemos a un joven graduado, salido del colegio o de la universidad, que ha pasado por esa iniciación intelectual, literaria y científica a la vez indispensable en toda educación perfecta, el cual considerará en lo sucesivo como el primero de sus títulos cuanto tenga relación con el pensamiento y el estudio, supuesto que los conocimientos son los que hacen juzgar del mérito del hombre en sociedad y lo introducen en medio de la sola aristocracia abordable, la de la inteligencia. Y destináis por esposa a ese joven una niña, la cual tal vez haya pasado junto al árbol de la ciencia sin recoger ni un fruto siquiera. Si nada ha aprendido, si solo sabe bailar el *coñillon*, ¿qué resultará de tal desproporción de conocimientos? Resultará que en la interminable conversación que llamamos matrimonio, ni marido ni mujer tendrán nada que decirse.

No es el cuerpo ni menos aún el dote lo que constituye la unión, sino el alma, lo repito, sólo el alma. Es a ella y por ella que se ama, es por medio de un cange perpetuo de simpatía que se enciende y mantiene el sagrado fuego del altar y cuanto más radia el alma del marido en la de su mujer y con mayor fuerza devuelve ésta al rayo divino, más sensible es la vibración; en fin, más // unánimemente se piensa por uno y otro lado, más se ama y más empeño se contrae para sobrellevar las vicisitudes del porvenir.

125

Empero, cuando al marido sólo le es dado prodigar la confianza del corazón y ha de retener la confianza del pensamiento, cuando ha de ahogar dentro de sí mismo lo mejor que siente, lo que constituye su título honorífico en la sociedad, entonces vive dentro de su

⁴¹ Anne Ninon de Lenclos (1620-1705), desde muy joven demostró un talento y una sensibilidad inusuales. Su salón parisino atrajo a los personajes más destacados de la época. Célebre cortesana, Ana de Austria la confinó a un convento. Sin embargo, supo ganar un lugar entre los grandes por su agudo ingenio y su mecenazgo de las artes. Fue muy amiga, entre otros, de Voltaire y Molière.

propia casa en estado de separación, si no del cuerpo, a lo menos del espíritu. Para él, el matrimonio no es otra cosa que comer y compartir el lecho con su mujer.

De consiguiente, es necesario para más estrechar la intimidad del matrimonio, que se dé a la joven una instrucción que la ponga más cerca de su marido y la coloque en comunidad de inteligencia con él.

En México, más que en ninguna otra parte, es donde la mujer se encuentra casi exclusivamente reducida a la condición de criada de honor o, cuando más, de administradora gratuita.

126 La mujer, por deber directo que no elude y cualquiera que sea su posición, es la que dirige la casa, la que distribuye el numerario que llega a sus manos, la que cuida de la ropa y del menaje, la que confec//ciona o hace confeccionar los alimentos y la que arregla el sistema económico en general. Pero es necesario ser a un tiempo mujer y esposa, y para esto se necesita saber algo más que recetas de cocina y labores de costura, si no queremos representar en el matrimonio el triste papel que fielmente se nos describe en el párrafo que acabo de citaros, si no queremos que el esposo se encuentre a nuestro lado en una completa viudedad de espíritu y de pensamiento.

Y no creáis, lectoras mías, que esto es difícil; si sois casadas ya, en vez de hostigar al marido con exigencias injustas, con celos y prohibiciones infundados, en vez de coartar su libertad, en vez de horrorizaros y escandalizaros de sus ideas más o menos avanzadas, como la beata de la familia de León Roch (novela de Pérez Galdós, cuya lectura muy especialmente os recomiendo),⁴² uníos a él, aprended, aunque sea en globo todo lo que él sepa, estimulad sus estudios y estudiad con él, siquiera para ponerlos al corriente de lo que aquel ser querido siente, piensa y desea. En dos seres tan íntimamente ligados tienen que ser uno solo el corazón, la inteligencia y la aspiración.//

127 Esto que os digo es la fotografía de un matrimonio que tiene la fortuna de vivir así, de dos seres que se aman, se comprenden, se respetan y que han logrado perpetuar en el hogar el idilio pasajero de Lord Byron.⁴³ Juntos han combatido las contrariedades, discutido los asuntos domésticos y disfrutado las alegrías posibles en el mundo, juntos y de acuerdo han formado los sentimientos del ser que engalana su vida y juntos avanzan al fin de su misión de trabajo con el alma satisfecha y la conciencia tranquila.

Hay sectarios del oscurantismo y de la ignorancia que sostienen que la instrucción y la luz traen consigo la desmoralización y la perversidad. Y yo creo, por

⁴² En esta novela el protagonista homónimo se enfrenta al atroz fanatismo religioso de su esposa y de la familia de ésta, que los lleva a la tragedia.

⁴³ Probablemente se refiera a la vida sentimental del célebre poeta inglés (1788-1824) George Gordon, conocido como lord Byron, a quien se le atribuyen relaciones de todo tipo, incluyendo homosexuales e incestuosas.

el contrario, que esa luz que comienza a propagarse entre todas las clases es la que tiene que abolir el reinado del mal, es la que tiene que iluminar y dar a conocer todos los antros del vicio y del error, evitando que la humanidad vuelva a caer en ellos. Y nadie más que la mujer, que es ahora la sola rémora del progreso definitivo, necesita de toda la claridad de esos supremos albores.

Se nos citan luego como modelos de buen vivir los matrimonios del siglo pasado, en los cuales todo era serenidad y armonía. Los cónyuges iban a misa juntos, comían a hora fija, dormían siesta, rezaban sus devociones y se acostaban en santa paz y concordia. Esta similitud dependía de que entonces era el hombre el que se hallaba al nivel de la mujer, pues tan atrazado estaba uno como otro. Hoy que el hombre estudia, se instruye y adelanta, la mujer se ha quedado abajo, y para evitar el desnivel, causa de todas las malas inteligencias en el matrimonio, es preciso que suba, que siga al hombre en su ascensión intelectual y práctica, que lo alcance a donde quiera que llegue puesto que tiene la necesidad de caminar junto con él. No os detengáis a la puerta de su gabinete artístico o científico; penetrad y colaborad en sus obras, como lo hizo la digna esposa de Michelet.⁴⁴ Y si, como sucede con las obras de este gran escritor, llega a resaltar en las obras del porvenir la exquisita sensibilidad de vuestras almas y hay quien tache de afeminamiento a vuestros esposos, que éstos se consuelen pensando que ellos por sí solos, con su genio viril, han atestado ya las bibliotecas con tratados de tauromaquia, de cacería y de guerra; con obras legendarias de dogmas infernales, de metafísica casuística y de filosofía de la cabeza; en // cuyo caso, no hará daño a la variedad de dichas bibliotecas que aparezca en ellas la filosofía del corazón, representada en obras del género de “*La Femme*,” “*L’amour*” y “*L’oiseau*”, que Michelet autorizó con su nombre.

La esposa actual, limitada a las faenas domésticas, de hecho ocupa casi el lugar de la antigua esclava, y no pasa de ser el ama de gobierno, la empleada subalterna, la mujer-propiedad del hombre. La socia inteligente, la compañera intelectual, la esposa libre y voluntaria no aparece todavía o comienza apenas a presentarse en el seno de algunos hogares, donde ha logrado penetrar la instrucción y con ella el acierto, la equidad y el bienestar.//

Capítulo xvii. La mujer madre

Lo mismo que os he dicho de la mujer esposa, os digo de la mujer madre. Para llevar dignamente este augusto nombre, no sólo es necesario formar y alimentar la vida material de los hijos, no sólo es necesario subvenir a su vida física, sino

⁴⁴ Se dice que la esposa de este autor, Adèle Malaret, lo indujo a escribir sobre las ciencias naturales.

atender también y desarrollar bajo todas sus fases su vida intelectual y moral. El primero de estos deberes indicado por la naturaleza y ejecutado instintivamente, lo efectúa toda hembra, cualquiera que sea la clasificación que alcance en la escala animal, y toda mujer, cualquiera que sea la categoría que represente en la escala social. El segundo, concerniente sólo a el alma, a la inteligencia y [a] la razón, únicamente puede desempeñarlo la mujer dotada con los nobles atributos del saber y la instrucción, que no son asequibles a la vulgaridad.

131 La mujer que concreta su misión al cumplimiento de uno solo de estos deberes, además de ser indigna de representar en su verdadera acepción el santo significado de la palabra madre, desciende del alto trono de la maternidad al relativamente insignifi//cante puesto de ama de cría y de niñera o, por mejor decir, no asciende nunca a ese trono incomprensible e inaccesible para ella. Antes de pasar adelante veamos lo que dice acerca de esta *madre a medias* el docto escritor que repetidas ocasiones hemos citado:

—¿Acaso no es la madre la nodriza perpetua de sus hijos? ¿por ventura se reduce su misión a darlos a luz y amamantarlos durante doce meses? No, mil veces no, debe amamantar después al ser de sus entrañas con la leche del alma, formársela, abrirle las puertas de la inteligencia, enseñarle la primera frase de todas las cosas, inspirarle en fin, la curiosidad de los humanos conocimientos.

Esta es su obra; ahí está la gloria de la mujer, y para que pueda cumplir dignamente tan bendita misión, requiérese una instrucción tan desarrollada (supongo) como para conducir un establecimiento fabril o para mandar un escuadrón.

132 Por lo expuesto veréis, queridas lectoras, que la mujer de los tiempos modernos, para ser efectivamente madre conforme a la civilización y la cultura, tiene que salir del materialismo antiguo; tiene, por decirlo así, que espiritualizar sus tendencias, no ha//ciendo de las primeras funciones de la lactancia, de la nutrición y del cuidado material del cuerpecito infantil que arrulla entre sus brazos, la obligación exclusiva de su vida, sino antes bien, mirando en esta época de desarrollo puramente físico el campo preparatorio de sus trabajos, el embrión de sus deberes, el alfabeto apenas de la gran obra que va a escribir en aquellas animadas y tiernas páginas de la humanidad.

Por los párrafos siguientes debidos a la misma concienzuda pluma de Pelletan, veréis también lo que se necesita para resolver esta importante cuestión social, y que si delirio hay en hanelar para la mujer, y sobre todo para la *mujer-madre*, una instrucción amplia, plena y sin restricción de ningún género, no es mi cabeza, visionaria quizá, la única que sueña con semejantes idilios; no es mi corazón, tal vez demasiado entusiasta, el único que palpita con esta loable ambición. Cabezas firmes y corazones serenos piensan y sienten lo mismo en más categóricos conceptos, como lo hace el escritor aludido, diciendo:

—Si me fuese dado trazar un programa de estudios para la mujer, inscribiría en él no solamente la gramática, el solfeo, la aritmética, sino también la historia, porque la // historia es la sabiduría suplementaria que nos da cuatro mil años de experiencia. Además incluiría la historia natural, a fin de que la mujer viva en familia con la naturaleza entera y que ensanche su pensamiento a la medida de la creación; y después la higiene, primera ciencia de una madre, puesto que ha de velar incesantemente por la salud de sus hijos, y por último la filosofía.

133

No dudo que la filosofía sólo es para la mujer un privilegio o patente de ridiculez y, sin embargo, mirad que contradicción: inténtase que la mujer profese una religión y a no ser así, no se encontraría en esta sociedad en que vivimos oficialillo azás atrevido para pedirla en matrimonio. ¿Y la religión de qué nos habla? De Dios, del universo, del alma, de la inmortalidad, todos asuntos de la metafísica, y metafísica la más ácre. Debe la mujer estudiar y conocer todo esto si no quiere incurrir en anatema, mas si por casualidad lanza una mirada a hurtadillas en el dominio de la filosofía, mándasela cortésmente a sus faenas y tal vez sea acusada de destemplanza de espíritu.

¿La filosofía de qué trata? De lo mismo, exactamente de lo mismo que la religión, de Dios, del universo, del alma, de la in // mortalidad, etc. Si tiene capacidad la mujer para comprender esos problemas cuando los resuelve la religión, ¿por qué dejaría de comprenderlos desde el momento en que los aborda la filosofía? Capaz o incapaz, elegid. Si decretáis que es incapaz en filosofía la herís del mismo interdicto en religión.

134

Pero dícese, desde el momento en que la filosofía se ocupa de lo mismo que la religión, basta ésta. ¿Por qué motivo añadir una ciencia de lujo? Por igual motivo que se enseña esta ciencia al hombre, hay que contestar. Si la religión enseña al hombre a creer, la filosofía lo enseña a pensar, y también necesita pensar la mujer pues a cada paso la vida la pone en el caso de elegir entre el bien y el mal y, por lo tanto, entre lo verdadero y lo falso.

Empero contéstase, ésta es la mujer sabia o erudita, y la risa asoma a los labios de la humanidad. Perfectamente, es la mujer sabia. En verdad que me admira la lógica de la humanidad, quiere que la mujer instruya a su hijo y la priva de instruirse ella misma. ¿Tendrá pues que enseñar lo que no sabe?

Cualquiera inteligencia mediana, y sin más dotes que el sentido común, comprenderá desde luego la fuerza, la validez y la // lógica de estos argumentos. Yo os avanzo más aún en mi deseo, y no os asustéis si os digo que, en mi concepto, la mujer, si quiere desempeñar explícitamente la grandiosa misión del bien tiene que ser profunda conocedora y estudiadora del mal, para apartar de él a sus hijos; tiene forzosamente que analizar el vicio para marcar el camino opuesto de la virtud, y tiene, como el médico prudente y sabio, que conocer todos los venenos para poder establecer la terapéutica moral de la familia. Desgraciadamente, este punto es el de mayor atraso entre la mujer mexicana, y apenas si puedo mostraros algunos modelos de madres que, apartándose del sistema de *inocencia* hereditaria en el hogar, comienzan a seguir la enseñanza objetiva de la vida prác-

135

tica, comienzan a curar el mal con el mal mismo, dando a conocer los escollos en tiempo hábil para salvarlos.

136 Como uno de mis bellos idilios del porvenir, contemplaba yo hace poco en una sociedad de las más avanzadas en ideas y en adelantos prácticos, a una madre digna y venerable, cuya cabeza ha enblanquecido, más que el tiempo, el estudio y la meditación; cuyos años se han empleado en asegurar el porvenir de sus hijos, a los cuales // ha dado, sin distinción de sexos, una elevada y productiva educación. La madre y los hijos en una perfecta similitud de ideas y sentimientos, ingresaban aquella noche a la agrupación humanitaria y filantrópica, llevando a su seno el valioso contingente de su buena voluntad, su ilustración y su interés por la humanidad.

Aquella fiesta conmovedora e insinuante tuvo para mí, como mayor atractivo, el elogio de gratitud que los hijos, justos apreciadores del mérito excepcional de la sabia directora de sus vidas, dejaron caer como brillante cascada de perfumadas flores sobre la noble e inteligente cabeza de la madre. En aquel cuadro se reflejaban, libres de ignorancia, de egoísmo y de preocupación, las generaciones futuras. Allí estaba la mujer impulsadora del progreso en la familia; la maestra íntima, la directora espiritual que tiene que remplazar a la madre torpe, insuficiente y vulgar, que hasta hoy sólo desempeña casi totalmente la parte mecánica de la existencia animal.

En una palabra, allí estaba rodeada con todos los atributos de la suficiencia y la cultura la *mujer madre*, que está llamada a redimir a la que hasta hoy sólo ha sido procreadora de la especie humana.//

[137] **Capítulo xviii. La mujer artista y artesana**

Partidaria como soy de que la mujer, cualquiera que sea la clase a que pertenezca y las esperanzas en que pueda buscar su porvenir, tenga una profesión, arte u oficio que la ayude a salvar las dificultades prácticas de la subsistencia al hallarse sola y careciendo de la protección del hombre, única seguridad con la que ha contado hasta hoy en su común impotencia, grande es mi íntima alegría, al ver que, aunque en pequeña escala, algunas jóvenes comienzan a dar cabida en su mente al arte y a tomar en su mano utensilios de trabajos que por completo desconocían hace todavía pocos años.

138 Voy a permitirme unir en este capítulo a la mujer que trabaja ya sea por gusto, ya por necesidad, ya trate de su particular recreo, ya de buscar el medio de cubrir las apremiantes exigencias de su pobreza; a la mujer que saliendo de la inutilidad de la rutina, va entrando en la vía del adelanto // práctico o manufac-

turero, a la mujer artista o artesana que, según los medios en que vive, va tratando de utilizar en general sus actitudes en su campo más vasto y provechoso.

El trabajo, ley imprescindible y principal del universo, tiene que ser benéfico a todos, así como la ociosidad tiene que perjudicar tanto la parte intelectual como la parte física del ser animado que por naturaleza propende a la actividad de alma y de cuerpo inherente a la vitalidad. La mujer que carece de las múltiples distracciones callejeras del hombre, la mujer que pasa la mayor parte de su vida encerrada en la casa y que antes empleaba y entretenía su vida solitaria y ociosa en largas y prolijas devociones, que hoy las costumbres modernas van eliminando cada día más, necesita ocupar en algo el tiempo perdido, si es rica, y aprovecharle en beneficio propio, si es pobre.

En los salones de las clases acomodadas comienza a aparecer la mujer curiosa que ejecuta verdaderas preciosidades en labores de manos, que confecciona caprichos a la moda, en que la inteligencia, el ingenio y el buen gusto, entran por partes iguales con el estudio minucioso que estas obras // demandan; a la dibujante que se permite ya delinear lo que bosqueja su imaginación, a la pintora que retrata las formas que antes apenas le era dado contemplar, a la filarmónica que halaga su oído con las melodías de los grandes maestros, a la copiadora de la naturaleza que fabrica flores artificiales, que casi llegan a competir con aquellas que da la primavera, y a la inventora de adornos y frioleras que desarrollan la iniciativa y el estudio de que hasta el presente se había creído incapaz el sexo femenino.

139

En las pobres mansiones de las clases populares, con las máquinas de coser, aunque paulatinamente, ha comenzado a penetrar el adelanto y con él el atrevimiento que presta valor a la mujer para acercarse a demandar trabajo y pan, allí donde antes sólo se permitía la entrada franca al hombre. Verdad es que en estos tristes hogares, fuera de la pequeña industria de la costura y de los legendarios y nacionales tejidos de rebozos, no hay todavía otras industrias que atraviesen los umbrales de aquellas puertas que apenas comienzan a abrirse para que entre la civilización y el trabajo productivo. En cambio, si él no llega, la mujer va a buscarlo // a las fábricas, a las casas de modas y a alguno u otro comercio, asociando sus tareas a las del hombre.

140

El progreso desciende de las clases superiores a las inferiores. Los más sabios tienen que ser maestros, y a la sombra de la mujer artista tiene que irse levantando, y se ha levantado en mayor número, apremiada por la necesidad, la mujer artesana, la obrera, la trabajadora libre que antes no tenía más recurso que la domesticidad, si era sola, o la mendicidad, si arrastraba tras sí una infeliz familia. Lo cual es no sólo frecuente sino general entre las clases del pueblo, donde, como es natural, los deberes conyugales y paternos son mucho menos respetados y cumplidos que en las otras clases.

La mujer huérfana y viuda o víctima y abandonada por el hombre, la mujer que tiene que trabajar para vivir y sostener a su familia y que ha comenzado a tomar algunos de los oficios y empleos monopolizados por el sexo fuerte, hallará todavía otros muchos que la auxilien en su soledad, siempre que se haga el ánimo de ver en el marido, como es en realidad, un apoyo eventual, más efímero que durable, y con el cual no debe contar como infalible.//

141 Es seguro que ante las anomalías de nuestras costumbres, se juzgaría ridículo que una mujer se colocase como conductora en un wagón de circuito; pero no se arroja este ridículo sobre el hombre que permanece sentado tras un buzón de correos recibiendo cartas, o tras un mostrador de sedería despachando botones y midiendo varas de listón.

En la lucha por la vida, cuando la mujer se halla al frente de una familia y tiene que cumplir, que es con demasiada frecuencia, los mismos cargos que el hombre, creo que tiene los mismos derechos, y que debe apelar a los mismos arbitrios que él para proporcionarse la subsistencia por medio de todos los trabajos que se sienta capaz de desempeñar.

Si se alega en la mujer debilidad física para ciertos oficios, deberían cedérsele aquellos en que no se necesita de la fuerza varonil; mas, como en materia de concesiones pocas son las voluntades bien dispuestas, la mujer se encuentra en la necesidad de tomar lo que sin justicia se le niega, de recobrar lo que sin derecho se le usurpa y así, afortunadamente, va ejecutándolo ya, a medida que va comprendiendo lo que necesita, lo que puede y lo que debe solicitar.//

142 El paso más osado que han dado en este sentido algunas mexicanas, que atreviéndose a romper con estúpidas preocupaciones sociales y a desplegar el valor moral de que se hallan dotadas, han seguido el camino del progreso, buscando por sí mismas su bienestar, es el haber penetrado en las oficinas telegráficas y telefónicas, donde desde hace mucho tiempo las han precedido las mujeres europeas y norte-americanas, que antes que nosotras se han elevado en la escala de la instrucción que apenas comenzamos a subir.

Como decía muy bien en su periódico hace pocos días el ilustrado escritor Mr. Clark, muchos otros oficios de este género, entre ellos la escritura ejecutada con máquina, debía seguir el sexo femenino, que hoy se acoje en su pobreza al único recurso de la costura, con que se oprime, se veja y se explota su miseria.

143 Los que nos interesamos por el adelanto y la felicidad relativa de la parte más sufriente de la especie humana, deseamos que nuestras compatriotas, comprendiendo su propio interés, y luchando con todo el valor de que son capaces contra la amenaza constante de la indigencia y la prostitución que acechan su timidez, avancen con // paso firme por estos nuevos senderos de protección que se abren ante ellas.

El trabajo es el único salvador capaz de levantaros y de consolar vuestras amarguras, pobres de la tierra que no habéis nacido dotadas con los ricos capitales de una herencia paterna o que no habéis recibido gratuitamente los beneficios de la fortuna. Cruelmente han obrado con vosotras, sin comprender su delito, las pasadas generaciones que os apartaron del conocimiento de vuestras actitudes privándoos de los medios de subsistencia propia de que gozan hasta los más pequeños animales de la creación. ¡Pero estáis a tiempo de romper los últimos grillos de estas esclavitudes con el esfuerzo de vuestra propia voluntad! ¡Si en otro tiempo se os exigía sólo el humillante trabajo de la servidumbre, hoy se os incita al regenerador de la libertad!

En este campo siempre vasto y siempre fructífero podéis mejorar vuestra condición y atenuar vuestras penas. El trabajo, como antes os he dicho, tiene que ser benéfico para todos. Mientras la opulenta dama encuentra en él, haciéndose artista, solás para su ánimo, recreo y pulimento para su inteligencia, vosotros encontraréis, haciéndoos artesanas, todo esto y algo más noble, más // eminente, más sagrado: el pan, la honradez y la tranquilidad para vosotras y vuestros hijos.//

144

Capítulo XIX. La mujer científica

[145]

Con la tristeza más profunda tenemos que confesar que este tipo vindicador de la decantada *incapacidad* femenina e ideal de nuestras más elevadas aspiraciones es no sólo raro sino desconocido en nuestra patria. Mientras en los Estados Unidos del Norte y en casi todas las naciones europeas hay infinidad de mujeres que han cursado y ejercen gloriosamente la abogacía, la medicina, la ingeniería y todas las carreras profesionales que el hombre contra todo derecho había monopolizado en perjuicio del común de la sociedad, aquí, como sucede en todas partes donde el atraso y la preocupación han echado hondas raíces en el corazón de los pueblos; aquí, no sólo se ve con espanto que una mujer se atreva a penetrar en las sagradas aulas masculinas. Hay más todavía, si esa mujer, luchando contra todos los obstáculos que se oponen a sus estudios, vence y se levanta sobre el pedestal de la ciencia, no recibirá ni el aplauso ni el estímulo a que se ha hecho acreedora. Antes bien, la profesión // que en el hombre es un título honorífico y un mérito que le hace apreciable a los ojos de sus conciudadanos, en la mujer es un demérito, una especie de extrañamiento entre su sexo y de irónica reprobación entre el contrario.

146

Esto depende de que, a pesar de nuestro naciente adelanto, hay aún suficiente *pópulo bárbaro* que considera como un padrón de infamia, como un sambenito de ridículo, todo lo grande, todo lo atrevido que se alza de las bajas simas del estancamiento y la rutina. Y ya quisiera la mujer, que fuerte y heroica necesita ser

para lanzarse en estos tiempos a esta clase de trabajos vedados por el retroceso, contar al menos no ya con un elogio, debida recompensa a sus afanes, sino siquiera con la indiferente tolerancia de ese vulgo grosero que ruje a los pies de lo que se enaltece, escarnece lo que no posee, y ataca neciamente lo que no es capaz de comprender.

147 La oposición que en este sentido se hace a la mujer es tal que traspasa los muros del rancio y conventual hogar doméstico y llega hasta las esferas ilustradas de la prensa, donde no faltan escritores de veinte años, que ni siquiera han pensado aún en la creación de una familia, ni se han preguntado, en caso de tenerla, cuáles serán los deberes que // tendrán que cumplir, o esposos tiranos que conservan vivas las reminiscencias de los *derechos de vida y muerte*; o padres que se preocupan muy poco por la suerte futura de sus hijas, encaminando todas sus miradas a *cimentarlas* cediéndolas en matrimonio al *mejor postor*, o cumplen con morirse tranquilamente dejándolas entregadas a todas las fatalidades de la orfandad y la impotencia; o por último, escritores *graciosos* que reprueban y condenan los esfuerzos que el sexo débil hace por mejorar su condición, llamando desvarío, desatino y *chifladura* a sus primeros pasos en el camino de la redención.

Esto que se hace en España, por hereditaria afición se hace en México, en este siglo defensor de los derechos de todos, y frente a frente de la prensa de otras naciones verdaderamente cultas, donde concienzudos pensadores y filósofos profundos han proclamado y proclaman como primera base de su grandeza social ¡a la mujer libre, a la mujer igual al hombre, a la mujer reabilitada, a la mujer ciudadana!

148 Como única concesión que, obligada por la perentoria necesidad que la reclamaba en este ramo, se ha permitido a la mujer, ésta se ha encerrado como solo arbitrio en el profesorado de enseñanza pública, donde re//presentada, casi en general, por muy dignas y aptas eminencias, comienza a desempeñar un importantísimo puesto en el adelanto del pueblo y de sí misma. Pero otros muchos la reclaman igualmente en el vasto campo de la ciencia y no acude a ellos por temor a la necia sátira, unas veces; por apego a la apática rutina; otras, por falta de educación civil, de desarrollo en su dignidad, las más.

Una sola mujer se ha atrevido a penetrar con paso firme en la desconocida senda de las profesiones científicas; no os digo su nombre porque debe seros conocido como lo es en toda la República, justamente por ser él el que ha inaugurado una era nueva a nuestro sexo.⁴⁵ Y aunque ese título de la primera doctora mexicana que, como dijo un inteligente periodista, “debiera haberse grabado en bronce,” permanece casi oculto en el fondo del hogar de familia, aquellas de

⁴⁵ Se refiere a Matilde Montoya. Véase nota 29, en “Laureana Wright: vida y pensamiento”, en este libro.

vosotras, queridas lectoras, que sintáis arder en vuestra alma el fuego sacro de la aspiración, no debéis deteneros a medir los sacrificios que demanda una empresa de este género; no debéis arredraros ante la indiferencia o falso criterio contemporáneos. Antes bien, debéis sentir os estimuladas ante el éxito que la inteligencia, la constancia y el valor cívico han llevado a aquel hogar, // donde imperan el progreso, la caridad, el bienestar y la satisfacción del deber heroicamente cumplido. Debéis sentir os estimuladas al ver los beneficios del más necesario y noble ministerio llevados por la mujer a la mujer, y debéis sentir os capaces de alcanzar triunfos idénticos luchando contra nuestras actuales preocupaciones con idéntica entereza. Al tocar el punto que ahora tratamos, dice Pelletan:

149

¿Quién ha pensado nunca en negar a la mujer el permiso de exponer su cuerpo y trabajar lo mismo que el hombre? Por lo tanto, en virtud del principio de igualdad le será dado manejar la horquilla, maniobrar el rastrillo, romper la gleba al golpe de su azada, trillar y, a veces también, conducir una carreta al mercado. Se va haciendo tarde y apenas se ve el suelo que pisamos; allá abajo, entre el dudoso crepúsculo divisase algo extraño e informe que a primera vista no se comprende bien. Es una mujer doblegada bajo el peso de un haz de leña y que arrastra a su vaca con tardo paso de regreso del bosque.

Que también en otro sitio, en la ciudad o en sus inmediaciones, tenga la mujer señalado su puesto al lado del hombre en el gran obrador de la industria, nada hay en esto que // subleve nuestra delicadeza. Apenas alborea el día, humea la chimenea de la fábrica, y la mujer se encamina a tomar su puesto en el gran taller de hilados. En esa promiscuidad del trabajo en compañía del otro sexo, destruirá su juventud, pero se acepta esa colaboración de la mujer con la máquina de vapor como forzosa condición de la existencia. Entonces nadie se ocupa de detenerla en el hogar y aunque se quisiese mandarla a su casa no se podría, pues la miseria está allí para dar un mentís a la filantropía.

150

¿En qué se convierte en tal caso el argumento sacado de la debilidad de la mujer para mantenerla en el régimen celular del hogar doméstico? Si es débil, de seguro que lo primero que flaqueará será su cuerpo y, no obstante, la industria exige de ese cuerpo igual trabajo que al de su marido.

Y si se reclama para la mujer el derecho de tomar un estado, es decir, un oficio, oficio que dependa más de la inteligencia que de la fuerza muscular, entonces el hombre se niega a la partición y decreta que la mujer carece de suficiencia para ejercer ninguna profesión. Pero hay un filósofo a quien importan poco las preocupaciones, ese filósofo es el progreso. //

Es natural que el comerciante trate de disminuir los gastos de oficina. Primero paga un empleado para que lleve sus libros y sirva a sus parroquianos; pero reflexionándolo bien, no tarda en comprender que en su mujer posee un dependiente económico, y la instala para llevar el libro de caja.

151

Progreso por progreso; la mujer da pruebas en el escritorio de que tiene la capacidad requerida para hacer una suma y en el acto invístela la ley del derecho de comerciar, de abrir una tienda, de manejar un banco y hasta de pleitear ante los tribunales.

Puesto que se permite a la mujer ocupar un lugar en el comercio y dedicarse a la especulación, esto es, dar pruebas de su inteligencia, ¿a qué negarla que estienda la esfera de su

actividad? ¿Fuera de la actividad comercial no hay más de una profesión que pudiera desempeñar? ¿No sería apta para la medicina? Pero, ¿es propio pedir que una señorita siga un curso de anatomía sobre la losa de un anfiteatro y que aprenda lo que nunca sabrá demasiado tarde, las miserias del cuerpo humano?

152 ¿Y por qué no? No tenéis reparo en que una joven adquiera el diploma de profesora en obstetricia y penetre de esta suerte en el secreto de nuestro organismo. Para esto // ¿qué motivo invocáis? [¿]El pudor[?] Por igual motivo pudierais admitir que la mujer es quien debe cuidar a la mujer.

Pero esta es misión repugnante que crispará los nervios del bello sexo. ¿Por qué encargáis entonces a la Hermana de la Caridad el cuidado y la curación de los enfermos que gimen en los hospitales? ¿Quién no reconoce, por el contrario, que la mujer posee en mayor grado que el hombre la intrepidez de la abnegación, del sufrimiento, y que sabe colocar más delicadamente un puñado de hilas sobre una herida?

De acuerdo en todo con este justo apreciador y defensor de nuestro sexo, creo que la mujer es apta y tiene derecho de seguir todas las profesiones que sigue el hombre; creo que sus facultades intelectuales son iguales a las de éste, a pesar de la observación anatómica de un médico que asegura que el cerebro de la mujer es más pequeño que el del hombre; *creo* en fin, *en la mujer*, aunque para ello me vea precisada a contrariar la opinión de un muy sabio escritor compatriota, que un día al encomiar un hermoso poema, obra de una delicada pluma femenina, asentó las siguientes frases: “Nosotros diremos con la ruda franqueza que nos caracteriza, *que no creemos en la // mujer*. Podrá tener mucho talento, una imaginación privilegiada, una grande instrucción que haga la delicia de una sociedad distinguida; volará como las golondrinas y las alondras, pero pocas veces llegará a las altas cumbres del saber y del genio”.

153 Yo creo por el contrario, repito, que las grandezas de la inteligencia son comunes a la especie humana, y que la mujer, disponiendo de los mismos medios, puede ascender a todas las cumbres a donde ascienda el hombre. //

[154] **Capítulo xx. La mujer perfecta**

Pretencioso e insensato parecerá quizá el epígrafe de este capítulo a los que llevan al extremo el desprecio y la negación de las aptitudes y facultades de que se halla dotada la mujer. Empero, a nosotras no nos parece ni lo uno ni lo otro; no nos parece pretencioso porque la perfección que en la mujer deseamos es un acto de entera y debida justicia, y no nos parece insensato porque esa perfección es posible y está en la mano de la mujer, siempre que ella se empeñe en realizarla.

La mujer perfecta en nuestros días no es ya una utopía, es una esperanza probable que se tornará en un hecho en el porvenir; es una realidad que lenta y

laboriosamente // comienza a presentarse, pero que de cualquiera manera que sea, se inicia y aparece al fin rodeada del asombro, de la ignorancia, de la crítica, de la envidia y de la oposición que le suscitan la vulgaridad y la conveniencia que trafican con su sumisión. 155

La mujer perfecta, repetimos, no es un delirio, porque dados los grados de civilización, progreso y engrandecimiento porque han ido pasando o anhelan pasar las sociedades modernas, ella es una necesidad apremiante que más tarde o más temprano tiene que predominar tomando la parte activa que en los destinos del mundo le corresponde.

La mujer, al presente, no sólo aparece como imperfecta moral e intelectualmente, sino como nula y de ningún valor en los altos ideales que difunden la virtud y la ciencia, y que proclaman a cada paso la inteligencia y la razón. Pues si bien es cierto que como madre representa el principal papel en la familia, fuera de esta misión común a su especie y a todas las especies, e impuesta no por el pulimento de la educación ni por privilegio alguno que le halla sido concedido, sino por la ley imprescindible de la naturaleza, en todas las demás misiones sociales y civiles la mujer es la // masa inculta que carece de participación, de iniciativa y hasta del conocimiento de todas las cuestiones que en el mundo exterior se agitan en torno suyo. Por manera que la mujer, destinada únicamente a las tareas materiales de la familia, casi no ha salido de la animalidad en que vegetan las demás especies femeninas subalternas de la suya que pueblan el mundo. 156

Si al hombre se le hubiera impuesto el mismo vasallaje intelectual, si se le hubiera marcado las mismas restricciones en su camino, si no se le hubiera concedido más esfera de acción que la procreación de su raza, no habría salido aún de la vida rústica de la tribu, del salvaje patriarcado de los primeros tiempos. Mas lejos de esto, además de los deberes naturales que son su fin principal, él mismo se ha abierto todos los horizontes de la investigación, de la exploración, del trabajo y del engrandecimiento fuera del hogar, justamente para llevar a ese hogar mayores elementos de subsistencia, de comodidad y de inteligencia. Y ¿por qué la luz que él ha buscado para sí no ha de ser común a su compañera de alma y de cuerpo, y a la que le sigue en todas las peripecias y resiste con él a todos los embates de la suerte? //

Si el cumplimiento de los deberes materiales, si el cuidado de la familia, si la paternidad, en fin, no ha sido obstáculo para la elevación intelectual del hombre, no vemos la causa de que pueda serlo para la mujer, quien por la misma razón de tener que formar y que dirigir más de cerca a los nuevos seres que van brotando en su derredor, tiene más necesidad quizá de acaparar mayor cantidad de conocimientos generales, porque tiene que ser a la vez madre y maestra de sus hijos, así como tiene que hacerse apta para todas sus necesidades y sostenerlos en caso de que les falte el amparo paterno. Además, la mujer, por infinidad de circunstan- 157

cias, no siempre cuenta con la protección del hombre y vésele con frecuencia sola y abandonada a todas las miserias de su flaqueza e impotencia.

Para estas ocasiones es para cuando es necesario robustecer su ánimo y hacerla capaz de bastarse a sí misma y a sus hijos, que son la herencia ineludible de su destino directo, y es entonces cuando necesita de una educación adecuada a las circunstancias, de un arte, oficio o profesión que la ayuden a salvar los profundos abismos de la indigencia y la degradación.

158 En las naciones más cultas, el hombre // ha previsto para sí todos estos amagos de la variable fortuna, dando a todos los jóvenes una carrera, cualquiera que sea la condición social y la posición pecuniaria que representan. Sólo a la mujer, que ni siquiera dispone de la fuerza física que en último caso queda al hombre para engancharse en el ejército de tierra o de mar, sólo a la mujer a quien se califica de débil para esta clase de faenas y sobre quien pesan las mayores cargas porque la prole recae en ella, se la despoja de todos los arbitrios mentales de la ciencia, de todas las industrias comerciales, manufactureras, artísticas que pueden avenirse con su manera de ser. Lo mismo que se la priva del libro, del telescopio y del botiquín, se le priva de la cámara de fotografía, del buril y de la vara de medir, quedándole sólo, como representación humana, la maternidad; como representación social, la subyugación ante el hombre; como elementos de distracción y de trabajo, el tocador, la aguja y la cocina.

159 Delante de tal desequilibrio y de tanta usurpación, la mujer perfecta, hasta donde puede serlo nuestra raza, será la que tomándose los derechos y los recursos que indebidamente se le niegan, se levante de la inutilidad en que vegeta, la que sea digna // de las altas misiones a que puede hallarse obligada, la que sea capaz de dirigir por sí sola al puerto de salvación la frágil embarcación de su porvenir. En una palabra, la que lo mismo sepa ser esposa que socia, mecer la cuna del tierno infante y educar al párvulo, que formar al adulto conforme a la razón y a la ciencia; la que lo mismo sepa invertir el capital del marido según las reglas de economía doméstica, que ganarlo a falta de éste, según la profesión u oficio que posea y la que, en fin, extendiendo la alegría, la moral y la virtud del hogar a la sociedad entera, lo mismo sepa dar lucimiento a una *soire* con su distinción y su gracia, que asistir a una asociación filantrópica, mutualista, progresista o cívica.

¿Qué necesita la mujer para llegar a esta perfección? Fuerza de voluntad, valor moral, amor a la instrucción y, sobre todo, amor a sí misma y a su sexo, para trabajar por él, para rescatarle de los últimos restos de esclavitud que por inercia conserva.

160 Cultivar su alma, su inteligencia y su corazón con todos los conocimientos posibles, iluminar su mente para poder derramar la luz sobre las generaciones venideras y combatir osadamente contra las pequeñeces, // rutinas, manías, aberraciones, errores y frivolidades que a manera de entretenimiento se le han pro-

porcionado, a fin de que no tome parte en nada serio, de la misma manera que algunos favoritos reales proporcionaban distracciones a sus monarcas para que abandonasen en sus manos las riendas del gobierno.

En la constante reproducción de los seres, de la misma manera que las madres ignorantes y vulgares multiplican sus defectos en sus hijos, cuando algunos centenares de madres sabias y sensatas aparezcan en nuestra sociedad, multiplicarán a su vez en todas las clases las altas enseñanzas de su genio, su virtud y sus costumbres prácticas, que irán ensanchándose en vastas ondulaciones populares de adelanto y bienestar materiales.

Con la lealtad e interés que por vosotras experimento, os presentaré en adelante, mis queridas lectoras, algunos medios y teorías que en mis pequeñas observaciones puedan caber, y que me parezcan de utilidad para el adelanto de la instrucción femenil, no dudando que acogeréis con benevolencia estos insignificantes trabajos, y que muchas de entre vosotras os sentiréis con la suficiente voluntad y energía de alma // para llevar a cabo, en vosotras mismas, la perfección educativa de nuestro sexo, que en este momento no pasa de ser una factible esperanza, una grata aspiración.

¡Ojalá seáis vosotras unas de las primeras estrellas que iluminen con sus argentados destellos la hasta hoy triste, difícil y dolorosa senda de la mujer mexicana! //

Capítulo xx. La lectura

En una sociedad como la nuestra, que comienza apenas a entrar en la vía de la paz, del adelanto y de la prosperidad, la lectura goza aún de muy poca aceptación. La costumbre común en los jefes de familia es impedir que los jóvenes, especialmente tratándose de la mujer, conozcan las obras científicas, filosóficas, positivistas, críticas o impugnadoras de los principios establecidos desde siglos atrás y, por lo mismo, hondamente arraigados en todas las clases de nuestro pueblo. Éste no comprende todavía, en toda la extensión de su importancia, que el alimento del alma es tan necesario como el del cuerpo, si queremos vivir moralmente y formar una sociedad culta, y no un rebaño de ilotas privados de raciocinio y de pensamiento propio.

Para que cada sujeto pueda formar un criterio particular y exacto sobre las cuestiones de vital interés que en estos momentos discute el adelanto moderno, es preciso // que conozca primero el origen, naturaleza e historia de lo hoy existente, y que escuche el pro y el contra en cada asunto de los que hoy se proponen al jurado de la razón para ser reformados, sancionados o abolidos por el gran tribunal de la verdad, la justicia y el progreso.

La mayor parte de las personas provecetas consideran la instrucción variada que proporciona la lectura, como una desmoralización y un peligro para la juventud. Yo creo, a este propósito, que lo único que puede ser nocivo es el mal sistema seguido en la instrucción, y que la lectura, tomada como estudio y juiciosamente escogida y apropiada a cada una de las edades y estados del individuo es no sólo benéfica, sino precisa e indispensable para formar el corazón y el alma de la humanidad, que desea elevarse al mayor nivel que le ha sido concedido por la Inteligencia Infinita, creadora de la suya.

164 El método y el absolutismo en la lectura son los que constituyen la verdadera ilustración, pues es evidente que si ponemos en manos de un niño la química, o cualquiera otra ciencia experimental, comenzará por no comprenderla o hará un uso muy torpe de lo poco que pueda com//prender. Si al llegar a la pubertad le dejamos empaparse en las aventuras de capa y espada de la Edad Media o en las exageradas tragedias del romanticismo erótico, haremos de él un héroe de novela, un Quijote y tal vez un suicida, porque hay efectivamente un inminente peligro en desarrollar la fantasía antes de cimentar el buen juicio. Esto en cuanto a las lecturas recreativas, en cuanto a las instructivas, si dejamos al adulto apearse sin réplica ni términos de comparación divergentes a un solo sistema o teoría, en cualquier ramo que sea, haremos de él un exclusivista obsecado, un fanático intransigente que, estacionándose en los primeros peldaños de la sabiduría, se declarará infalible a los veinte años, rechazará todo lo que no conoce y negará todo lo que se halle fuera del límite de sus escasos conocimientos.

165 Mientras que, si consecuentes con las exigencias y aptitudes de cada edad, damos al niño la fábula inocente y divertida, únicamente para entretener su imaginación y despertar en él la afición a la lectura; al adolescente las ciencias exactas, inductivas, abstractas y filosóficas que le den a conocer generalmente y sin subterfugios el universo físico, vital, material, espiritual, // moral e intelectual en que gira y se desarrolla la existencia de la especie humana, habremos pulido su inteligencia, robustecido su razón, afirmado sus tendencias y moralizado sus sentimientos, por medio de un sólido convencimiento lógico y racional.

Entonces, justamente para completar su instrucción, debemos dejarle leer todo lo que ha producido el ingenio, la fantacía, el lirismo, la locura y aun la perversidad humana, en la seguridad de que sabrá dar a cada nuevo conocimiento que adquiera el lugar que le corresponde, separando lo útil de lo inútil, lo verosímil de lo inverosímil. No pretenderá neciamente, cualquiera que sea su sexo y condición, traer a la vida práctica las quiméricas ilusiones del idealismo, que no deben salir jamás del santuario espiritual del pensamiento. Una vez establecida en ese corazón virgen y sincero la estabilidad de principios y la rectitud de ideas, lo malo servirá sólo a su vista para formar el fondo obscuro de lo bueno, la tenebrosa lobreguez de lo inicuo, de lo infame, de lo deforme, hará resaltar en

su ánimo la radiante claridad de lo noble, de lo justo, de lo bello. Y cuando ese niño o niña llegue a la edad viril, podrá ajustar en su alma la religión a la lógica y a la // verdad comprobada, la ciencia a la modestia y la virtud a la indulgencia y a la caridad cristianas, porque someterá todas sus creencias, deberes y aspiraciones al juicioso discernimiento de una conciencia bien organizada.

166

A vosotras, mujeres mexicanas, en quienes admiro la bondad, la nobleza y la abnegación de nuestro sexo, a la vez que deploro que hayáis carecido hasta hoy de los elementos necesarios para elevaros a la altura intelectual de que sois capaces y que de derecho os corresponde; a vosotras, a quienes amo con toda la efusión que produce la igualdad de circunstancias y la comunidad de sentimientos; a vosotras, madres de la generación presente que en el fondo santo y laborioso del hogar doméstico sacrificáis a la familia vuestro reposo, vuestra salud y vuestra vida, y a vosotras, jóvenes estudiosas, que seréis madres de las generaciones del porvenir, dedico especialmente estas ligeras consideraciones para excitaros a que, despojándoos de la injustificada costumbre de ver la ciencia y la ilustración como derechos exclusivos del hombre, y la mayor parte de las veces como peligros inminentes de desmoralización para ambos sexos, instruyáis vuestra // mente y os convirtáis en mentoras de vuestros hijos.

167

A vosotras me dirijo para que, desechando pueriles temores que la rutina os ha impuesto, no privéis a esos seres adorados del saber, que es el don más precioso que les ha concedido la naturaleza. No pleguéis las alas de esas nacientes inteligencias que Dios ha creado libres para volar y recorrer todos los horizontes de su grandiosa creación. No los detengáis, dirigid únicamente su vuelo, como hace el ave con sus polluelos, para enseñarlos a cruzar el espacio y, una vez enseñado por vosotras el camino, no temáis que se extravíen.

Mas para que podáis ilustrar a vuestros hijos es preciso que adoptéis para vosotras mismas la instrucción general, que hasta hoy desgraciadamente os ha faltado. Esa instrucción está en los libros, que son la historia siempre viva del mundo, la recopilación de todos los actos de la humanidad. Aprended en ellos y seréis verdaderamente sabias y útiles a vuestras familias y a la sociedad, que espera de vosotras su regeneración y su perfeccionamiento, que no ha podido alcanzar porque le ha faltado vuestra cooperación.

¡Sacerdotizas de la humanidad!, com//prended vuestra verdadera misión. Sin vosotras no hay progreso posible. De vosotras esperan los siglos venideros la religión perfecta, la moral irreprochable, la virtud infalible. Y vosotras se las daréis si estudiáis y profundizáis, aplicándolos a la ciencia y a la historia, estos tres capitales principios que sólo superficialmente conocéis, y que sólo podréis encontrar, como antes he dicho, en los libros, de los cuales voy a hablaros para terminar, como de la parte más importante de la humana sabiduría.//

168

[169] **Capítulo xxi. Los libros**

Con este título publiqué hace tiempo en un periódico literario un artículo, que quizá no llegó a vuestras manos, queridas lectoras, y que por lo mismo repito aquí, deseando que vuestras opiniones, en éste como en otros puntos, concuerden con las que, para nuestro bien común, sinceramente os expongo.

170 “La lectura es el pasto del alma,” ha dicho algún escritor cuyo nombre no recordamos, y nosotros añadimos: la lectura es más que eso todavía respecto del alma; es su engrandecimiento, su noble horizonte, su perfección. Ella hace que nos remontemos a los nobles espacios de la imaginación, que atravesemos cruzando por entre // variados panoramas, los siglos remotos de lo pasado, que nos adelantemos al tiempo, y partiendo de las probables deducciones de lo presente, penetremos en los velados siglos de lo porvenir.

El hombre que lee, piensa y raciocina; el hombre que raciocina, comprende; y el hombre que comprende, siente. La lectura cultiva el cerebro y el corazón, a la par [que] enseña y moraliza, instruye y recrea. Y no se nos diga que cierta clase de libros es perjudicial, porque para nosotras no hay ninguno que no produzca provecho a la instrucción humana.

Aunque los que contienen teorías erróneas o inmorales sirven para patentizar el mal, haciéndole aparecer en toda su horripilante desnudez, son la llaga abierta donde el facultativo puede estudiar los corrosivos cánceres de la sociedad, el proceso de las malas pasiones, de donde puede el legislador derivar sus leyes, aunque el autor no haya puesto en ellos junto con el mal, el antídoto; juntamente con el vicio, la manera de evitarlo y su consiguiente castigo.

171 Para nosotras no hay libros perjudiciales. Los malos, ya sea por su forma o por su idea, sirven cuando menos para hacer resaltar los buenos o para producir la controversia, de donde dimana la ilustración y el conocimiento de lo malo y de lo bueno, lo mismo en literatura que en moral y en religión. De los inverosímiles y ridículos libros de Caballería, brotó el inmortal Quijote; ellos proporcionaron a Cervantes la idea de oponer una bellísima fábula a las disparatadas mentiras que habían extraviado el buen juicio de los escritores de su época, dándole argumento para criticar en un *loco cuerdo* a los *cuerdos locos*, que habían atestado de enanos y gigantes la fantasía española.

No hay libro, por insulso e insignificante que a primera vista aparezca, al que no se le encuentre algo bueno o algo nuevo, porque los libros son la historia completa y acabada de la humanidad, en todos sus tiempos, sus transformaciones y sus fases. Ellos son los compiladores de todos los actos perdidos, el cuadro donde se graban todas las imágenes invisibles, la antorcha que ilumina la mente, y nos hace ver hasta el fondo de las más oscuras profundidades del cerebro universal.

172 Los libros son el tiempo, el espacio, el infinito, a donde a cualquiera hora podemos penetrar. En ellos se hallan todas las // grandezas y las miserias, todas las alturas y los abismos que forman el mundo de lo intangible y lo impalpable, que el ánimo se complace en recorrer. Ellos son, en fin, el vasto kaleidoscopio, el encantado cosmorama que hace eterna la idea e inmortal el pensamiento que la creó.

Para nosotros una de las mayores desgracias es la de no saber leer, y tanto como compadecemos al ciego que no puede contemplar el sol, compadecemos al que no puede ver ese bello luminar de la divina razón, que es el sol de la vida cognoscitiva, pareciéndonos más *negra* la ceguera intelectual que la física.

Aunque pueda acusársenos de exageración, al recorrer las páginas de la historia, lo mismo que nos indigna y entristece la destrucción de una ciudad o de una raza, que la destrucción de una biblioteca, y acaso más, por ser mayor el perjuicio que se origina en el presente. Puesto que de todas maneras aquellas generaciones no habrían llegado hasta nosotros, mientras su alma, su ingenio, su pensamiento eran nuestros, formaban parte de la herencia que nos habría legado el pasado.

El que atenta a la vida física nos parece criminal, el que atenta a la vida intelectual nos parece sacrilego, porque extinguir la primera es sólo apresurar el fin de lo pasajero, y extinguir la segunda es truncar las fojas de lo durable, robar sus tesoros al mundo, empobrecer a la humanidad.

Por eso cada vez que el libro, que es nuestro mejor amigo, consuela nuestras tristezas o aumenta nuestras alegrías, al renacer nuestro estigma contra los destructores de los productos de nuestra inteligencia, nuestro corazón levanta un himno de agradecimiento a la memoria del inmortal Guttemberg, que vino a fijar con la imprenta el reinado indestructible del pensamiento y la sabiduría.

Esto pensaba yo hace algunos años, y el tiempo transcurrido no ha hecho más que aumentar, si posible es, mi amor a los libros y mi veneración por todos los monumentos de instrucción, de trabajo, de amor y buena voluntad hacia la humanidad, que en ellos nos legaron y nos legan diariamente los pensadores antiguos y modernos.

No es extraño pues, que con todo el afecto que les profeso os lo recomiende, recordándoos que su influencia en la vida del // ser inteligente es tan necesaria y tan poderosa que Sor Juana Inés de la Cruz, al separarse de ellos para entrar en el convento, estuvo a punto de morir por su ausencia, y que sólo la devolución que de su biblioteca se le hizo, como un privilegio sólo a ella concedido, pudo sostenerla en la vida, y hacer que aquella ave canora siguiese cantando y que aquella elevada alma se manifestase al mundo desde el fondo de la triste tumba que apricionaba su cuerpo.

Nadie ha hecho a la humanidad más grande beneficio que los que han legado sus obras instructivas a la posteridad. Sin ellas nos hallaríamos casi en el estado primitivo de incertidumbre, de ignorancia y duda que atormentó a los primeros hombres, y tendríamos que comenzar de nuevo todos y cada uno de los conocimientos que hoy tenemos ya descubiertos, inventados, discutidos y fijados en los libros por las generaciones que nos han precedido, sobre cualquiera punto de los que para poder llamarnos seres civilizados necesitamos saber, siquiera sea por medio de nociones generales.

173

174

175 Triste es mirar que en México, donde los libros han llegado a circular con una abundancia relativa, donde hay gabinetes // de lectura al alcance de todos por su módico precio, la mayor parte de nuestra sociedad, especialmente femenina, ignora hasta el origen de su raza, de sus costumbres, de sus creencias, ya por propia apatía, ya por la oposición que el retroceso, que teme el despertamiento del pueblo, opone a los libros, únicos maestros imparciales de la humanidad.

Entre la masa común de esta sociedad si se nota un pequeño adelanto en ideas, éste es sólo un lijero barniz adquirido insensiblemente por el roce de los que no leen con los que leen, quienes en su trato común difunden sin apercibirse de ello, algo del extenso caudal de sus conocimientos generales.

Penetrada de los graves males que la ignorancia produce, yo os excito, queridas lectoras, a que desconfiéis de toda educación doméstica, civil y religiosa que os prohíba los libros, porque ésa, como os indicará la simple razón natural, en vez de conducirnos a la luz quiere reteneros en la obscuridad, para dominar, dirigir y explotar vuestra ignorancia.

176 Si queréis tener firmeza de principios y acierto en vuestras obras, para llegar al pleno bienestar en la vida, aprended en la // historia profana y religiosa lo que ha sido, es y puede ser el mundo en su existencia práctica; luego, buscad en la filosofía los anales de su existencia intelectual y moral, y cursados estos estudios, de primera necesidad, podéis pasar a la novela, a los libros de todos géneros, que una vez cimentada, no podrán dañar vuestra razón, porque ésta sabrá darles el lugar que les corresponde. En una palabra, si cumplís con una misión en el mundo, investigad por qué y cómo podéis desempeñarla mejor, si poseéis una teoría, profundizadla y comprendedla, si profesáis una religión, afirmadla con la lógica y no con el fanatismo.

Todo esto lo hallaréis en los libros, que son el genio de la inteligencia.

Fin

Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright se imprimió en diciembre de 2005 en los talleres de Formación Gráfica, Matamoros núm. 112, Nezahualcóyotl, Estado de México. Su formación tipográfica estuvo a cargo de Julio César Gómez Fernández